Milagros Oregui

¿Por qué no pasa el pasado?

La desmemoria melancólica

Psicoanálisis

APM
BIBLIOTECA NUEVA

Milagros Oregui

¿Por qué no pasa el pasado?

La desmemoria melancólica

Psicoanálisis

APM

BIBLIOTECA NUEVA

¿POR QUÉ NO PASA EL PASADO?

La desmemoria melancólica

Colección Psicoanálisis Editorial Biblioteca Nueva y Asociación Psicoanalítica de Madrid

Comité editorial: Manuela Utrilla, Martina Burdet, Begoña Gállego, Juan Hernández, María Herrero, Benigno Prado y Javier Ugarte

Milagros Oregui

¿POR QUÉ NO PASA EL PASADO?

La desmemoria melancólica

Asociación Psicoanalítica de Madrid BIBLIOTECA NUEVA

grupo editorial siglo veintiuno

siglo xxi editores, s. a. de c. v.
CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS,
04310, MEXICO, D.F.
www.sigloxxieditores.com.mx

siglo xxi editores, s. a.
GUATEMALA, 4824,
C 1425 BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

salto de página, s. l.
ALMAGRO, 38,
28010, MADRID, ESPAÑA
www.saltodepagina.com

biblioteca nueva, s. l.
ALMAGRO, 38,
28010, MADRID, ESPAÑA
www.bibliotecanueva.es

editorial anthropos / nariño, s. l.
DIPUTACIÓ, 266,
08007, BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

Cubierta: A. Imbert

© Milagros Oregui, 2013
© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2013
Almagro, 38
28010 Madrid
www.bibliotecanueva.es
editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-9940-664-0

Edición en formato digital: mayo 2013
Conversión a formato digital: Fotocomposición Márvel S. L.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

PRÓLOGO, Milagros Cid

INTRODUCCIÓN: EL TRAUMA EN EL ORIGEN DEL PSIQUISMO

1. EL TRAUMATISMO EN EL PSIQUISMO Y EN LA CULTURA

Presentación. ¿Se transforma la psicopatología con la cultura?

Concepto de trauma psíquico en psicoanálisis

Premisas de la teoría analítica

Trastornos narcisistas

Pulsiones de vida y de muerte

El complejo de Edipo

II. DAR LA PALABRA A LA PSICOPATOLOGÍA: LAS NEUROSIS TRAUMÁTICAS

III. DAR LA PALABRA A LOS TESTIMONIOS

El sujeto psíquico y la cultura

Cultura y violencia

El nacimiento psíquico surge de la relación con el otro

La cultura es el marco que significa los intercambios entre los hombres

Cómo se transmite el trauma psíquico

¿Qué significa la deportación del saber inconsciente?

IV. OBJETIVOS

V. Los OBSTÁCULOS TRAUMÁTICOS EN LA CLÍNICA (LOS TRASTORNOS NARCISISTAS)

Helena

Dolores

Esperanza

VI. EI.'I'RABAJOPSICOANALÍTICO A LA ESCUCHA DE LA PULSIÓN DE

Elaboración en el trabajo interpretativo

El colapso narcisista enfrentado al reconocimiento del objeto perdido

La violencia pone en acto el odio por indefensión frente al abuso

VII. LA META ES EL TRABAJO DE DUELO

Lo traumático de la pulsión en los síntomas clínicos

El trasvase de lo traumático en la cultura

Trabajo de cultura, trabajo de la cura

Paso de la identidad a la identificación

CONCLUSIONES: LOS OBSTÁCULOS TRAUMÁTICOS EN LA GESTACIÓN DE LA MATRIZ. PSÍQUICA

ANEXO: TODESFUGE

BIBLR)GRAFÍA

A la memoria de mi padre

Prólogo

A lo largo de la lectura de este libro, denso y muy documentado, y al mismo tiempo accesible a la comprensión, la autora va realizando un recorrido a través de distintos conceptos psicoanalíticos, conceptos complejos y de difícil articulación, conceptos que se van enlazando a lo largo del libro en un trenzado rapsódico, apasionado y comprometido con la ética del psicoanálisis y con la cultura.

El trauma psíquico, las heridas narcisistas, los mecanismos defensivos en juego en dichos traumatismos, como la escisión y renegación, atrapan al sujeto en la identidad de víctima destinada a la repetición incesante de lo traumático no integrado en el Yo.

La seducción melancólica sería la trampa que impediría que el pasado deje de ser presente.

En una difícil y permanente articulación con la violencia traumática ejercida en la cultura, toma como paradigma la Shoah, la deportación y eliminación de millones de seres indefensos ante una civilización incapaz de protegerles. El pacto de silencio necesario para permitir el ejercicio de la violencia, pervertiría (en el sentido de reemplazar por un fetiche) el pacto narcisista de protección de los sujetos indefensos. La ley protectora del individuo y de los valores transmitidos y preservados por la cultura quedaría eliminada y subvertida. La cultura es el relato que construye la sociedad con los intercambios edípicos que la originan y que se transforman en los fantasmas originarios, que dan cuenta narrativa de la filiación, de las diferencias de los sexos y de las generaciones)

El traumatismo psíquico, extensamente estudiado, y que en cierto modo representa el leitmotiv alrededor del cual se estructura el libro, es entendido desde la perspectiva psicoanalítica, como lo que provoca un desbordamiento de la excitación que rompe las barreras defensivas, creando zonas de fracturas psíquicas.

Desde una perspectiva finamente metapsicológica, se analizan los avatares en la organización pulsional, los componentes de la pulsión y la función del otro, como intruso necesario en la creación del Yo pulsional, marcando la radical diferencia entre instinto y pulsión. De las cualidades de los intercambios entre la pareja parental y el bebé dependerá la posibilidad de una organización psicosexual más o menos lastrada por la presencia intrusiva del objeto en el Yo.

La función paterna, con toda la connotación de ley, de tercero que impide la fusión, y la unción materna, que permite la suficiente intricación pulsional entre el amor-odio, permite la creación de fronteras psíquicas, marcadas por los mecanismos defensivos de represión, con un Yo suficientemente unificado.

Otros mecanismos defensivos más radicales, como la renegación, que elimina la

percepción intolerable fuera del psiquismo, dejarían una parte del Yo atrapado en el objeto y confundido con él, impidiendo que el sujeto pueda desarrollar sus propios proyectos vitales.

El componente inevitablemente traumático de la sexualidad, estará presente en el desarrollo psicosexual del individuo, desarrollo en el que se entrecruzaría lo intrapsíquico, lo interpersonal y lo cultural.

Esta instancia tercera, o cultural, que regularía los intercambios interpersonales, representaría un garante para el individuo desprotegido en su desvalimiento inicial, instaurando unas leyes que impedirían que los padres se apropien del hijo para su exclusivo uso y disfrute. El término cultura es utilizado en el sentido específico que Freud le da en Malestar en la Cultura, como el malestar que la cultura impone al sujeto al limitar la libre descarga de su pulsionalidad.

Siguiendo esta línea de trabajo, y la hipótesis de que los crímenes contra la humanidad perpetrados a lo largo del siglo xx han dejado una renegación en la percepción de la realidad, con la consecuencia de pérdida de los lazos de confianza entre generaciones sucesivas, la autora analiza extensamente las repercusiones en la organización del psiquismo y de la psicosexualidad, mediatizada por el funcionamiento psíquico de los padres y su relación con el Superyó cultural.

Él riesgo de confundir el contexto de la cultura con el trabajo clínico psicoanalítico es tenido en cuenta por la autora, preocupada por diferenciar ambos ámbitos, en una interrelación permanente a lo largo de los distintos capítulos.

La elección de material clínico a través de varios casos de nombres evocadores: Helena, Dolores, Esperanza, nos permite acercarnos al trauma psíquico. Estos casos no están relacionados de forma mani fiesta con una violencia en la Cultura con mayúsculas de la historia, lo que permite diferenciar ésta del ámbito de la práctica clínica con su especificidad, que es la elaboración de la realidad psíquica.

Situándose en el plano de la difícil articulación teórico-clínica, con el encuadre como elemento terciario, y con la interpretación con la relación transferencial como telón de fondo, nos muestra desde su propia experiencia con pacientes heridos narcisísticamente, y marcados por fuertes traumatismos psíquicos, los riesgos de quedarse secuestrados en el espejo de la identidad de la víctima.

El desamparo, si se convierte en el eje existencial del sujeto, le deja clavado en el movimiento circular de eterno retorno de lo idéntico, encerrado en la trampa del narcisismo herido, y en la identidad de víctima que repite eternamente los traumatismos.

La inclinación a refrendar la identidad de víctima, riesgo que se oculta bajo actitudes falsamente humanísticas, o de contención, es muy acertadamente señalada por la autora, que no se deja seducir por los cantos de sirena del desvalimiento, esgrimido como arma al servicio de la repetición.

Solamente la palabra, nos recuerda Milagros Oregui, cuando puede restablecer puentes asociativos, recuperando el sentido sobre la fuerza, permite salir de ese circuito circular y esterilizante.

El espacio de la sesión psicoanalítica crea un marco que permite restituir el narcisismo roto, creando represión, susceptible de retorno, donde antes sólo había escisión y renegación. Este espacio potencial podrá devolver al sujeto cautivo en la seducción de la melancolía, la posibilidad de crear su propio presente y dejar un espacio para un futuro liberado de un tiempo apresado en la fidelidad al objeto.

La importancia del trabajo de duelo es señalada como esencial, para permitir al sujeto apropiarse de sus propias luces y sombras. La responsabilidad, a nivel individual y social, emerge como resultado de esta recuperación, que pasa por la asunción dolorosa de la pérdida.

El llamado por la autora «trabajo de cultura» consistiría en restablecer los lazos simbólicos rotos por los procesos traumáticos, creando puentes para recuperar el paralelismo entre el funcionamiento psíquico individual y el tejido social, consiguiendo sin embargo no confundir ambos procesos, que se presentan como el resultado de un flujo libidinal entre lo individual y lo colectivo, en un movimiento de resignificación retroactivo.

Termina este extenso recorrido con una referencia a la sublimación, cuya finalidad sería poder ligar el ataque pulsional que supone la realidad de la indefensión, cuando se hace un uso perverso de la seducción, con el acceso a la representación psíquica en el lenguaje simbólico, procurando la renuncia a la satisfacción de la descarga.

Siguiendo esta idea, podríamos decir que la autora, mediante su propio trabajo de sublimación, nos permite dar sentido a múltiples e inquietantes interrogantes, dejando abiertas vías de reflexión para poder avanzar en estas complejas y apasionantes cuestiones.

MILAGROS CID

Introducción
El trauma en el origen del psiquismo

El psiquismo no viene dado con el nacimiento del bebé humano, se construye en la relación con los progenitores y su cultura. El espacio psíquico se crea en la relación, de extrema dependencia, del recién nacido con los cuidados y mensajes que le procura su entorno. La matriz del aparato psíquico se forma por el despertar de los deseos que nacen de la satisfacción de las necesidades. El bebé llega a un mundo que está cargado de expectativas conscientes e inconscientes acerca de él, y al mismo tiempo él está despojado de recursos mentales protectores. De este encuentro tan desigual es del que surgen las pulsiones psíquicas. Es en este entrecruzamiento, del pequeño retoño que necesita del adulto para sobrevivir y del adulto que espera del niño que llene las expectativas de su vida psíquica, donde se gesta el espacio psíquico. La constitución de esta matriz se funda en un nudo de comunicaciones vertebradas por el lenguaje simbólico.

Por eso no nos escandaliza escuchar a la madre cuando cambia el pañal a su hijo y le dice con júbilo: «este culito es mío, me lo voy a comer». El lenguaje es el vehículo que recoge la gran afluencia afectiva de las interacciones que circulan en la génesis del espacio mental. El destino del lenguaje simbólico es ser el portavoz del sujeto y de la cultura que él crea para regular, como un árbitro, este choque tan asimétrico del retoño del hombre y su entorno parental.

La gestación de la matriz psíquica tiene una vertiente de encuentro, donde surge la ilusión que da lugar al deseo, y de desencuentro, donde queda el exceso traumático de una excitación que se descarga. Los mitos de la creación recogen en un entramado simbólico transmisible las representaciones que dan sentido a este choque, que por su violencia genera las pasiones (pulsiones) humanas.

Este preámbulo introduce la noción que el psicoanálisis tiene del funcionamiento mental, que en su dinámica transita desde el adulto al bebé y entre los adultos por la cultura que regula los intercambios conscientes e inconscientes.

La matriz del psiquismo deriva de una paradoja inherente al desencuentro fundador de las representaciones mentales. Los adultos creemos que el bebé necesita un amor incondicional para gestar los deseos que brotan de la fuente de sus cuidados frente al desamparo, sin embargo, en la circulación de las interacciones retoño-parentales, los adultos se enfrentan a las condiciones impuestas por la vigencia intrapsíquica de la indefensión de la condición humana. La paradoja funda el psiquismo, porque anhela un amor sin condiciones, cuando nace en extremo condicionado por el desvalimiento inicial. La psicosexualidad de los adultos mantiene lazos paradójicos con sus componentes infantiles (perverso-polimorfos).

Este desamparo que late en el origen de los procesos psíquicos constituye el

componente traumático ineludible de la vida mental. El trauma psíquico reclama un lugar, tanto en el funcionamiento mental normal y patológico, como en la historia de nuestra cultura.

La patología mental cambia con los tiempos, pues es un reflejo crítico de los modos de relación, consciente-inconsciente: reprimido-clivado, en el seno de las familias y de la sociedad. En la clínica de hoy, que es la que cuestiona nuestra teoría psicoanalítica, nos vemos empujados a pensar el trauma psíquico que desliga el funcionamiento mental y lo expone a un exceso de violencia que nos vulnera. La precariedad de las estructuras mentales que vemos en la clínica hace que los elementos traumáticos externos se retroalimenten por la carencia de mecanismos amortiguadores internos. El incesante movimiento de fuerzas pulsionales que se desatan por la violencia no representada circula desde el desamparo intrapsíquico a los vínculos intersubjetivos que no pueden contenerlo, y se desborda en las relaciones interpersonales que colocan fuera la amenaza catastrófica.

El propósito de esta indagación en la teoría de la clínica psicoanalítica es reconocer los mecanismos que funcionan en la transmisión de los traumas psíquicos en la cultura y la patología.

Tendremos que navegar en la intersección de diferentes aguas territoriales (de la cultura y del sujeto) y tender los puentes que alcancen a dar significado al trasvase inconsciente que circula entre las distintas instancias.

Trabajaremos desde ese lugar, donde se gesta el Superyó, precisamente en la encrucijada de los conflictos pulsionales y el mundo exterior.

Freud dice en el Esquema depsicoanálisis (1938): «su excesivo rigor no es debido a la imagen del modelo real, sino que corresponde a la intensidad de la lucha defensiva emprendida contra las tentaciones del complejo de Edipo».

I

El traumatismo en el psiquismo y en la cultura

Presentación: ¿Se transforma la psicopatología con la cultura?

e El hecho clínico de hallarnos hoy ante un número creciente de trastornos narcisistas, que se caracterizan por su tendencia irreprimible a la actuación, la precariedad de su autoestima y la dificultad de representación simbólica, cuestiona el trabajo psicoanalítico. Estas patologías, que por su inconsistente definición recopilan numerosos nombres (desde trastornos límites o bordeline a patolofaía comosi o pseudoself), dan al traste con el espejo narcisista que 'a debe sostener para garantizar el funcionamiento mental. El psiquismo como reflejo del mundo nos reclama una atenta mirada al desmembramiento vigente en el sujeto y en la cultura tras la barbarie del siglo xx. Con la deportación de miles de personas a los hornos crematorios se transportó la condición humana a su extremo más inhumano, con la legitimación de los sistemas totalitarios.

Como dijo Imre Kertész en su discurso de agradecimiento del premio Nobel en 2002:

> Cuando pienso, pues, en el efecto traumático de Auschwitz, pienso paradójicamente más en el futuro que en el pasado. Cuando vivo Auschwitz como un trauma, trauma que no sólo ha cambiado mi vida, sino también radicalmente la vida en general, llego a las cuestiones fundamentales de la vitalidad y la creatividad del hombre actual.

El sujeto es producto de la articulación de una historia singular y la gran historia en cuya cultura confían los padres. La psicopatología es un espejo deformante de las relaciones del individuo con la sociedad, y al mismo tiempo es un reclamo de responsabilidad por la cultura; pues señala sus brechas, su sinsentido, los márgenes a los que se empuja a los sujetos más vulnerables. ¿Podemos hablar pues de Auschwitz o de su presencia: de un pasado proyectado en el futuro, que mantiene la deportación del saber del inconsciente? El acontecimiento Auschwitz es el derrumbe del ser humano que hizo visible lo invisible. Aniquiló en el hombre su condición, a manos de quienes «legitimados» por la cultura perpetraron el atropello de su singularidad: su psiquismo y el lenguaje que le da sentido; creó una «neolengua» que expulsa a la vida psíquica del interior del sujeto. El trauma se transmite más allá del lenguaje simbólico, con un pseudo-lenguaje perverso que cosifica al sujeto.

El quebranto de los lazos que dan cobijo al amparo psíquico en una cultura que atropella al semejante borra las diferencias de generaciones y de sexos. Nos ofrece la falsa igualdad de pertenencia al sistema: ser uno de los nuestros o quedar excluido. Es la ilusión de tener una identidad inquebrantable como defensa antitraumática. El

contrato social debería con su autoridad moral sostener una ley que impida el abuso, que es inherente al funcionamiento psíquico, porque en las relaciones se despierta la voracidad y todo vínculo dual tiende a reproducir la dialéctica del amo y el esclavo sin una ley que represente al tercero. El sujeto psíquico tiende a apoderarse del objeto para su satisfacción. En la interacción entre un sujeto y su objeto debe mediar una instancia que tercie en la deriva del tú o yo, tu palabra contra la mía y la ley del talión. La instancia que dirime las querellas entre dos da cuerpo a una ley que introduce la justicia, diferente de la venganza entre dos. En el psiquismo esta ley se denomina función paterna, que prohíbe a la función materna usar a su hijo como si fuera de su propiedad exclusiva.

El odio que como energía ciega impulsa al apoderamiento del semejante y lo convierte en una cosa, es paradójicamente la fuente de la fuerza que impulsa las actividades creativas. Que esta fuerza pueda ser llevada de la ceguera a la luz tiene que ver con el trabajo de duelo: por los ideales de la Ilustración y por las renuncias al control omnipotente de lo extraño que nos enajena. El bien y el mal son partes igualmente fundamentales de la condición humana y de su capacidad de elección; es la tentación absolutista la que crea la barbarie.

Dice Piera Aulagnier en La violencia de la interpretación:

> La relación que mantiene la pareja parental con el niño lleva siempre la huella de la relación de la pareja con el medio social que la rodea. El sujeto, a su vez, busca y debe encontrar en ese discurso referencias que le permitan proyectarse hacia el futuro, para que su alejamiento del primer soporte constituido por la pareja paterna no se traduzca en la pérdida de todo soporte identificatorio.

Para sostener las diferencias entre los distintos niveles del funcionamiento mental consciente-inconsciente, infantil-adulto y masculinofemenino, las fronteras tienen que cumplir su función de filtro y amortiguar los atropellos. Estas fronteras pueden ejercer una función amortiguadora al servicio de la discriminación o de muro al servicio de la renegación o repudio de las diferencias. La incorporación de estas barreras dentro del psiquismo da lugar a las instancias intrapsíquicas.

Hay dos modelos tópicos para representarlas: el primero es el que separa el inconsciente del preconsciente y de la conciencia a través de la represión; el segundo es el que construye un Yo que arbitra y unifica las pulsiones del ello y los ideales del Superyó.

El retoño de la pareja parental no debe estar sometido a la fuerza de las pulsiones, sin la barrera protectora que ejerce la cultura, para impedir su apoderamiento. Por tanto hay que diferenciar dos modos de responsabilidad con respecto al bebé del hombre, uno que corresponde al funcionamiento de la gestación intrapsíquica de la psicosexualidad. Esta matriz surge de las relaciones de la pareja parental con su retoño. Éstas no están sin embargo fuera del entramado de la sociedad que regula

estos intercambios y salvaguarda al bebé que, por su desamparo es susceptible de ser objeto de abuso. De este modo lo singular de cada encuentro queda preservado de la fuerza universal del inconsciente, que lo violenta.

Así el funcionamiento intersubjetivo, entre sujetos que sostienen su mundo psíquico, queda legitimado por el respeto a una ley simbólica que iguala a todos y prohíbe el libre disfrute de las pulsiones.

Cuando en la cultura se quebranta esta ley y se separa en una doble moral, en la que rigen unas normas distintas «para los nuestros» que para «los extranjeros», se corrompe su estructura y se legitima el abuso. Así se abre una brecha en el lenguaje que separa lo que se dice de lo que se hace.

Es este trabajo sobre la cultura lo que nos lleva a pensar en el aniquilamiento del contrato social que sostiene las diferencias, no sola mente produce amargura y desolación, sino que procura el resquebrajamiento de las reservas éticas. El trabajo psicoanalítico es deudor de este deber moral y busca responder del funcionamiento psíquico en la cultura y en los pacientes, preguntándose por la responsabilidad compartida de ambas instancias. Deber de la ética del psicoanálisis que reconoce en el origen del inconsciente el incesto y el parricidio (tentaciones edípicas) y su represión como motor del deseo.

El psicoanalista busca esclarecer en la relación transferencial con sus pacientes los obstáculos al crecimiento y los estancamientos libidinales. En la cultura su tarea es construir una teoría desde la clínica, para representarse los procesos psíquicos en los que está involucrado. El lugar que ocupa el psicoanalista en la encrucijada de la historia que conforman su cultura y la singularidad del psiquismo intrapsíquico se renueva en cada encuentro intersubjetivo.

Concepto de trauma psíquico en el psicoanálisis

El propósito de esta investigación es doble: indagar en los mecanismos que perpetúan y transmiten como una herencia los traumas psíquicos y esclarecer cómo el psicoanálisis se ha convertido en una herencia traumática. El concepto de trauma psíquico enlaza la perturbación como agente externo invasor con la respuesta del sujeto a esta fractura. Es, por tanto, una noción fronteriza entre el individuo y su entorno, ente el sujeto psíquico y la cultura en la que se desenvuelve. El trauma psíquico se define como el acontecimiento que penetra en un sujeto psíquico y rompe su Yo porque atraviesa la barrera protectora. Es, por tanto, la fractura del Yo debida a un impacto exterior que al dejarle sin sus mecanismos de defensa, le produce una conmoción. Este quebranto del Yo se refleja en un comportamiento de shock que oscila, dependiendo de la singular constelación psíquica previa del sujeto, entre la hipervigilancia y la somnolencia. La primera reacción frente al estímulo invasor es de un desbordamiento de excitación que cada individuo intentará contener en el registro que su personalidad haya construido. Estas manifestaciones pueden ir desde el polo inhibitorio, mostrándose el sujeto estuporoso, paralizado, como ajeno al dolor, hasta

el polo agitado por desbordamiento maníaco en crisis de angustia y actuaciones automáticas.

Tras estas primeras exteriorizaciones del shock sufrido y, por tanto, pasivamente soportado, el sujeto intentará expulsarlo o, por lo menos, aislarlo en su interior para controlar su impacto. Este pri mer tiempo el psicoanálisis lo denomina avant-coup o primer golpe, que no puede ser expresado con una ideación psíquica propia. Es tan sólo el efecto de una invasión, causada por la excitación desbordada en el psiquismo, que viene del exterior y rompe el equilibrio preestablecido.

Para el sujeto, el trauma propiamente dicho es este primer golpe, pero no se podría llamar psíquico, si no habláramos de la repercusión que éste tiene en su desorganización y las respuestas mentales que desencadena. Este cuadro es el que algunos autores en su afán discriminatorio llaman traumatismo psíquico. Lo que Freud nombró neurosis traumática está caracterizado por el segundo tiempo, o après-coup y son los mecanismos que el sujeto pone en marcha para controlar el exceso de excitación producida por la ruptura del Yo y poderle dar un sentido.

El Diccionario de psicoanálisis de Laplanche y Pontalis da la siguiente definición:

> Trauma, traumatismo (psíquico): «Acontecimiento de la vida del sujeto caracterizado por su intensidad, la incapacidad del sujeto de responder a él adecuadamente y el trastorno y los efectos patógenos duraderos que provoca en la organización psíquica. En términos económicos, el traumatismo se caracteriza por un aflujo de excitaciones excesivo en relación con la tolerancia del sujeto y su capacidad de controlar y elaborar psíquicamente dichas excitaciones.»

¿Podemos, por tanto, definir el trauma por la dimensión fenomenológica de su potencia? El psicoanálisis cree que no, que depende de cada sujeto lo que pueda ser objeto de traumatismo. La muerte de un ser querido puede ser traumática o no, dependiendo de la capacidad elaborativa del psiquismo del sujeto y del modo de relación sujetoobjeto. Hay raros acontecimientos que por su dimensión violentadora lo serían para cualquier individuo, como un atentado terrorista. Pero, aun así, la respuesta dependerá de la constelación intrapsíquica e interpersonal que el sujeto haya establecido y de las fantasías que la acompañan. Esto nos lleva a otra consideración esencial: el efecto traumático está en relación con el previo equilibrio establecido en el Yo del sujeto. El «Yo» es la instancia psíquica que se ocupa de desarrollar los mecanismos de defensa para transformar el «Ello» y establecer relaciones con el mundo circundante. Esta primera instancia no es innata, sino adquirida a lo largo del desarrollo, desde el naci miento hasta la adolescencia, tras la cual queda estructuralmente constituida una personalidad o conjunto de caracteres, modos de relación y relaciones intrapsíquicas entre el sujeto y su medio. El Yo es el mediador dentro del psiquismo entre el «Ello» y el «Superyó», y es el portavoz de la relación con la realidad material.

En consecuencia, la vulnerabilidad es un factor relevante en la posibilidad de sufrir un trauma. La fragilidad del yo en términos psicoanalíticos dependerá de lo que Freud denominó las series complementarias. Diremos que el yo de un individuo se compone de elementos constitutivos prenatales y perinatales, que forman un componente somático y un soporte relacional para establecer los primeros vínculos con su entorno. A través de las interacciones con su medio, primero parental y después social, el niño irá adquiriendo una realidad psíquica. Esta es producto de la complejidad del desarrollo de una historia propia, construida por las experiencias singulares y las fantasías que estas despiertan. Si a lo largo de estos años de formación de las instancias psíquicas se produce un impacto conmocionante, su repercusión en la gestación del Yo tendrá consecuencias más definitivas o configuradoras. Es decir, a mayor precocidad del acontecimiento traumático, la vulnerabilidad del Yo por la precariedad de su constitución será mayor, y el impacto será más determinante en la construcción del Yo, cuya fragilidad dará la cara en la formación de la personalidad.

Volviendo a las series complementarias vemos que éstas tratan de dar cuenta de la paradoja del funcionamiento mental donde lo externo y lo interno del psiquismo se imbrican hasta confundirse y la causalidad lineal pierde su sentido. Por eso, para la teoría psicoanalítica es tan relevante el concepto de trauma psíquico, porque ofrece un modelo capaz de dar cuenta de la constitución del psiquismo en dos tiempos. El primer tiempo, de una invasión de excitación desbordante, y el segundo tiempo, de ligazón, donde el sujeto trata de apropiarse de la excitación dándole un contenido representacional. Pero el psiquismo sólo tiene acceso a este segundo tiempo que está construido desde el lenguaje. El primer tiempo queda irrepresentado y sólo podremos darnos cuenta de lo sucedido a través de la resignificación. El golpe queda mudo, es el tiempo de la acción, el acontecimiento que quiebra, sólo conocemos su sentido a través de las sombras, es el resto que queda tras la estela de la vida, lo que denominamos pulsión de muerte. Y la paradoja del funcionamiento mental consiste en que todo proceso de resignificación es secundario, aun siendo éste lo primero que oímos del sujeto, tras un proceso primario que cae arrastrando su ciega descarga. Y ese proceso primario es donde quedan los golpes que en la vida no pudieron ser elaborados, no representados por el lenguaje del Yo que les diera sentido, y tiran de él en su quebranto, reabriendo la herida que les dio entrada. La atracción de lo primario tiene una función paradójica: busca la resignificación y repite el sinsentido que reitera la fractura para adueñársela y despojarse del golpe.

En'1920 Freud escribe «Más allá del principio del placer», un artículo que muestra un giro en la teoría pulsional para marcar la tensión ente las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte. A través del estudio de las neurosis de guerra (Primera Guerra Mundial) descubre un funcionamiento enigmático que denomina compulsión de repetición. Se caracteriza por una tendencia a la repetición ciega de los procesos traumáticos, que contradice el funcionamiento del principio del placer guiado por la búsqueda de la satisfacción del deseo. ¿Qué guía al sujeto traumatizado a repetir ciegamente en sus sueños, en los actos o en las alucinaciones el acontecimiento traumático? Es la descarga, el deshacer lo sucedido, el intentar borrar la experiencia

por lo insoportable que resulta su elaboración psíquica para el sujeto.

El suceso traumático convertido en un «cuerpo extraño» dentro del psiquismo del paciente trata de ser expulsado, ha quedado aislado por la fractura del Yo, fuera del tiempo y del espacio psíquico. Lo que el sujeto sufrió pasivamente trata de hacerlo desaparecer activamente, tanto que permanece, en la actualidad, sin memoria ni deseo. Esta presencia irritadora que reclama los mecanismos más extremos para su evacuación, produce un punto ciego en el Yo y en la capacidad de representación de la realidad. Nos encontramos con un territorio encriptado dentro del sujeto, que reclama una permanente defensa para mantenerse fuera del transcurso del tiempo, inmóvil y fuera de la percepción de la realidad, escotomizado. El trauma produce una escisión en el Yo. De un lado queda la cripta que aísla el impacto, y en ella queda obturada la pérdida, y de otro lado queda una excitación desbordada en actuaciones y distorsiones de la percepción de la realidad, a la medida de la renegación del quebranto impensable.

Este esfuerzo requerido al funcionamiento mental para retirar de la consciencia lo insoportable se mantiene con mecanismos de contracarga narcisista. El Yo escindido busca una recomposición mirándose en el espejo de un mundo distorsionado a su medida para no ver sus carencias. De este modo, el trauma psíquico que escinde al Yo se mantiene clivado, con el soporte de unas relaciones a las que exige una reparación narcisista. Exige a su entorno que no despierte su angustia, que es catastrófica, y que le reconforte, devolviéndole una imagen de sí mismo sin fisuras. Este tipo de relación se llama narcisista, porque el Yo que ha sufrido una fractura queda perdido como fuente de reconocimiento propio, y se le busca incansablemente en las relaciones a las que se demanda una restauración de sus grietas insoportables. En el lenguaje manifiesto se expresa como búsqueda de una compensación (narcisista). Estas exigencias de restauración narcisista que intentan compensar las fracturas que el Yo no se representa, están sostenidas por un ideal de reinado absoluto, que seduce al Yo frágil con una falaz unidad.

Freíd (1914), en Introducción al narcisismo, lo formula así en el párrafo final:

> Enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricción de la voluntad propia no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación. His Majesty the Baby, como una vez nos creímos. Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres; el varón será un gran hombre y un héroe en lugar del padre y la niña se casará con un príncipe, como tardía recompensa para la madre. El punto más espinoso del sistema narcisista, esa inmortalidad del Yo que la fuerza de la realidad asedia duramente, ha ganado su seguridad refugiándose en el niño. El conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres, que en su transmudación al amor de objeto revela inequívoca su prístina naturaleza.

El significado que tiene el trauma desde la óptica de la estructura intrapsíquica, es el colapso de las instancias, donde quedan confundidos los procesos y amalgamados por una cicatriz psíquica que no puede ser registrada por el lenguaje simbólico y queda abreaccionada en la acción. Es la fuerza frente al sentido en lo paradójico de un encuentro que es al mismo tiempo desencuentro. Del funcionamiento mental escuchamos las palabras que tratan de ligar los procesos que golpearon al Yo. Accedemos al trauma en su aprés-coup, que es el modo en que el Yo trata de restablecerse de la herida infligida y darle un sentido. Pero el quebranto del golpe sigue atrayendo por la fuerza de su imperiosa evacuación, sigue reclamando reiteradamente un acto de violencia que repita el primer tiempo del impacto. Las palabras no alcanzan a revestir con el disfraz del sentido, una fuerza que va más allá del principio de la realidad, de lo que es conveniente o adecuado y sólo busca golpear para borrar el golpe. La atracción traumática se perpetúa a través de la violencia que desliga al sujeto de su objeto, y al Yo de su represión, sucumbiendo una y otra vez al clivaje (fractura) y a la renegación que subyace. Renegar del derrumbe es hacer como si lo que pasó no hubiera pasado, lo que significa que está por pasar. Su manifestación es el miedo, el miedo es el sentimiento que deja el trauma. «Miedo al derrumbe» escribió Winnicott en un esclarecedor artículo de 1963 donde dice que el miedo pone en el porvenir lo que ya le ocurrió al sujeto, porque no quiere darse por enterado. El concepto del trauma en el psicoanálisis nos coloca en la frontera entre lo interno y lo externo, en la organización desorganizada por las pulsiones de muerte que cuestionan las de vida. La pulsión de muerte es el exceso de excitación que desafía la capacidad de integración de la pulsión de vida. En este límite se juegan las representaciones simbólicas que sostienen el lenguaje que da cuenta del sufrimiento que da sentido al dolor. Es en este linde donde la cultura sostiene los mitos que reconstruyen la realidad compartida. Y es también en esta fractura donde el psicoanalista se ha visto llevado a escuchar el quebranto narcisista. Aceptar que las transformaciones del siglo xx con la radical violencia ejercida por los hombres desde la industria de la muerte cambian nuestros paradigmas sobre el funcionamiento mental, es tratar de pensar la transmisión traumática en su dimensión elaborativa. A. Creen:

> La clínica Freudiana es esencialmente una clínica de lo interno, no prestando atención más que al mundo interno del analizado. La clínica contemporánea que incluye las estructuras no neuróticas, es, sobre todo, una clínica que articula lo de dentro y lo de fuera por la consideración que se da al rol del objeto. Por lo tanto, al rol del psicoanalista en la cura.

Esta función del psicoanalista incluye su teoría, construida por su interpretación del lugar que ocupa en la sociedad con la que trabaja. Incluye su representación de la dinámica que se establece en la producción del inconsciente en sus relaciones para pensar el desarraigo como compensación melancólica frente a la exclusión con y en la cultura. Porque hoy el inconsciente se concibe como un modo de funcionamiento que circula tanto en las relaciones interpersonales (cultura) así como dentro de cada individuo.

Freud en 1920, después de la Primera Guerra Mundial nos señaló el camino destinado a pensar en las consecuencias de los traumas psí quicos. Nos hizo pensar en la fuerza desligadora de la pulsión de muerte que tiende a la descarga, a deshacer los lazos entre el sujeto y el objeto, a violentar la construcción del pensamiento simbólico. Nos hemos resistido a seguir pensando en la violencia irrepresentable porque rompía el marco del encuadre del Yo, del principio del placer y de la escucha de las asociaciones de palabra.

Pero la violencia se nos impone en la patología intrapsíquica de los casos límite (patología del narcisismo) y en la sociedad que fracasó en sus mecanismos de mediación para contenerla, por la desautorización de sus mentiras. La crisis del psicoanálisis, que se manifiesta en los límites de lo analizable, no es ajena a la crisis de la falta de confianza en la cultura y de la fragilidad del Yo de los sujetos alienados en patologías actuadoras. La transmisión de los traumas no representados deja un legado de violencia desatada que resquebraja el tejido social y a sus ciudadanos. La carga que soportamos tras las atrocidades del siglo xx nos lleva a seguir pensando para que el punto cero alcanzado por la violencia del exterminio no se convierta en el trauma del futuro. Porque la vigencia de esta violencia extrema está sostenida por mecanismos que empujan al sujeto a no pensar, para impedir que penetre en el lenguaje simbólico. Porque representarnos estas fracturas es hacer un duelo doloroso acerca de lo inhumano de lo humano, de la tensión no erradicable entre las pulsiones de vida y las de muerte, duelo por los ideales de la Ilustración, que se olvidaron de que los sueños de la razón producen monstruos.

La razón que olvida o reniega del desconocimiento que la interroga, queda desligada del sinsentido que la sostiene y lo ataca muy razonablemente.

El descubrimiento que nos legó Freud de la pulsión de muerte nos advierte de la tendencia a deshacernos de las vivencias insoportables para el equilibrio del Yo.Vemos en su aviso que la tentación de poseer la única razón obedece al absolutismo que es una manifestación de la desligazón de la pulsión. Nos coloca sin escudo frente a la Gorgona de la compulsión de la repetición, ciega descarga reiterada de los acontecimientos traumáticos. Introduce lo aberrante de un funcionamiento que busca invertir el tiempo, que deja al sujeto violentamente atrapado en un lugar fijado al dolor. Freud nos legó su testimonio como los avisadores del fuego (Benjamin, Kafka, Scholem, Rosenzweig) de los obstáculos al análisis. En Análisis Terminable e interminable, estos obstáculos (la etiología traumática, los clivajes del Yo, la roca de lo biológico, la fuerza de la pulsión de muerte y el análisis del analista) son abortivos por su resistencia al cambio y causan desaliento. En el funcionamiento psíquico, esta inercia frente a los cambios impide un trabajo de duelo (de diferenciación entre el pasado y el presente, entre lo propio y lo ajeno, entre el objeto perdido y el reencontrado en la identificación), esterilizando el proceso de separación del sujeto de los objetos que lo constituyen.

Esta ciega descarga coincide con las manifestaciones trabadas de la maternidad, hoy tan complicadas por procesos que la instrumentalizan, y por la tendencia

esterilizante de la pulsión de muerte. Podemos preguntarnos: ¿qué deseo de fecundidad? ¿quién es ese hijo?, cuando la economía libidinal queda atrapada por el goce de la duplicación narcisista y no hay verdadera alteridad. Este movimiento pulsional arrastra con su fuerza de desligazón las transformaciones destinadas a dar un fruto fecundo. Se trata del imperativo esfuerzo de lo vivo por regresar a lo inerte. Freud dice que un último escollo al análisis es la «desautorización de la feminidad» en ambos sexos, debido al temor a la recepción pasiva, que es vivida como pérdida de control. Este terror a la castración se reviste con rasgos de carácter tales como la reivindicación fálica en la mujer, por la envidia del pene, y la protesta masculina con su cortejo de exhibición falo-narcisista en el hombre. Debido a esta sobre-compensación desafiante frente a la falta que se siente como fragilidad extrema, el individuo erige una defensa del carácter que contrarresta la tendencia a la pasividad. El paciente se resiste a aceptar las palabras que curan en la relación transferencial. Estas resistencias que defienden del sometimiento al padre (terapeuta), producen una reacción terapéutica negativa. Es una defensa infantil contra la curación porque es vivida como debilidad, pérdida del poder controlador de la enfermedad, intromisión violentadora de una autoridad médica que despoja del juicio propio. El paciente negativiza lo que viene del analista porque le remite a su propia negatividad renegada por inaceptable. ¿Qué palabras alcanzan a restablecer un contenido simbólico en la herida narcisista que se abre por miedo al derrumbe?

¿Cómo trabajar en análisis con esta manifestación de la pulsión de muerte? Es la pregunta que subyace en este trabajo y que tiene una doble dimensión intrapsíquica (especificidad de la relación transferencial) e intersubjetiva (especificidad de la transmisión cultural). El poder atractivo del goce que producen los síntomas psíquicos tiene que ser enfrentado por la satisfacción que procura la sublimación.

Aceptar los límites es pensar los obstáculos, para ponerles otro final, que transforme su meta pulsional. El fin del análisis es lograr que las funciones del Yo alberguen los conflictos psíquicos que la fuerza pulsional busca deshacer. El cambio de meta de la pulsión de muerte es la base de la sublimación, al inhibir la descarga y llevarla al terreno de la creación. Los psicoanalistas no podemos dejar el proceso de análisis en manos de lo infinito (sin fin). Esta idealización lleva a la muerte del pensamiento. Debemos hacernos cargo de nuestra herencia traumática y pensar qué cambios impone en nuestra teoría y técnica, para no dejar que el psicoanálisis sea lastrado por el trauma. La crisis del psicoanálisis nos permite pensar en las resistencias de los psicoanalistas a hacer sus duelos y sostener el compromiso social que su trabajo requiere.

Si queremos que la palabra siga curando, esta tiene que hablar de nuestras carencias, de los obstáculos para escuchar el sufrimiento y de la pérdida de las certezas que nos devuelven a la pérdida de la razón.

Las certezas de la razón analítica cierran el camino al inconsciente.

Premisas de la teoría analítica

Trastornos narcisistas

El narcisismo es el resultado de la operación psíquica de reunificación de los distintos autoerotismos en un objeto total llamado Yo. Es la consecuencia de poder invertir la libido en un objeto total, que está construido por la reunificación de la imagen que se percibe de forma especular.

Se le da este nombre en alusión al mito de Narciso, amor a la imagen de sí mismo.

v Freud (1911): «El sujeto comienza tomándose a sí mismo, a su propio cuerpo, como objeto de amor», lo que permite una primera unificación de las pulsiones sexuales. Tal unidad viene precipitada por una cierta imagen que el sujeto adquiere de sí mismo basándose en el modelo del otro. El narcisismo sería la captación amorosa del sujeto por esta imagen. Desde este punto de vista, según el cual el Yo se define por una identificación con la imagen de otro, el narcisismo no es un estado en el que faltaría toda relación intersubjetiva, sino la interiorización de una relación.

El narcisismo es el momento de la constitución del Yo como instancia que recoge sobre sí mismo el reflejo que la relación con los padres evoca. Este proceso dependerá del modo en que cada uno fue amado por sus padres, de la imagen que ellos proyectan por sus ex¡ gencias conscientes e inconscientes y de la tolerancia a la separaciónindividuación.

Cuando hablamos de trastorno narcisista aludimos a las dificultades para que se constituya un Yo sólido, cohesionado, capaz de sentirse querido y separado del entorno como fuente de aprobación. Lo que la psicología llama autoestima.

Los pacientes que no logran establecer esta separación respecto del espejo del mundo para que les devuelva su propia imagen, sucumben como Narciso ahogándose en una imagen que, por ser enajenante, no reconocen como suya. En el modo de funcionamiento narcisista el sujeto permanece secuestrado por un objeto no apropiado por enajenante: intrapsíquico y al mismo tiempo intersubjetivo: interno y externo, que violenta la construcción de la subjetividad. La confusión del sujeto con el objeto usurpador que le extravía, lleva al sujeto, como a Narciso, a una huida incesante por el desprecio del amor.

Cuando el Yo no alcanza a recoger las cargas libidinales en una unidad, queda fracturado, y la parte traumática se descarga en una percepción que le completa encajando lo que quedó renegado. Con este modo de funcionar, el narcisismo de muerte deja un abismo impensable entre el yo-espejo y el no-yo. Este abismo señala dónde quedaron rotos los puentes representacionales y evacuados en la acción, que reniegue de un reconocimiento insostenible. En este abismo no hay retorno de lo familiar que se vuelve extraño, hay despojamiento de una parte clivada y renegada del yo que se confunde con el extranjero. En el esquema psicoanalítico lo patológico

no es un agente externo, sino un obstáculo traumático que en su empuje conserva un efecto traumatolítico de repetición, que busca la elaboración psíquica. La plasticidad del espacio psíquico está en la belleza de una mecánica que puede recrear espacios de transmisión donde había abismos, si cabe, la esperanza de representarse el sufrimiento en una relación transferencial, porque se permite el reconocimiento del dolor del duelo.

La herencia traumática es el modo violento de exigir que la carga se deposite en el porvenir, pues no hay otro modo de tramitarla.

Cuando en la relación precoz de la pareja parental con su retoño prima la exigencia imperiosa de salvación, reparación por las pérdidas u olvido de un sufrimiento insoportable, el espacio y el tiempo dedicado a la nueva vida queda atenazado por la ceguera de la desesperanza.

Esta ciega descarga colapsa el nacimiento de un nuevo espacio psíquico por la imperiosa urgencia de recuperar para sí una vieja pérdi da impensable, hipotecando la relación intersubjetiva por la pesadumbre de una carga que ensombrece al Yo.

Estas heridas en la construcción del narcisismo no sabemos si se heredan en los genes, pero si que se transmiten en las exigencias, en la imperiosa necesidad de depositar en el objeto las carencias insoportables que el sujeto no puede asumir. Esta exigencia no está articulada con la representación de palabra en el idioma de la pérdida, porque es una gran desconocida para quien la ejerce.

Pulsiones de vida y de muerte

El término pulsión marca una diferencia fundamental con el de instinto. Es un concepto que recoge la especificidad de la psicosexualidad del sujeto compuesta por: una fuente somática que se despierta en la relación con el otro y constituye las zonas erógenas, una energía o fuerza llamada libido y una meta que va variando con la complejidad de la renuncia y la satisfacción, que pasa de ser inmediata a representar un aplazamiento. Este funcionamiento pulsional implica que el hombre no está marcado por un programa biológico, sino que la sexualidad se desprende, por las representaciones que componen la pulsión, de las fijaciones biológicas, para fijarse a representaciones de palabra y de los afectos.

El dualismo que enuncia Freud entre las pulsiones de vida y las de muerte es inherente al funcionamiento mental, que se mueve, desde el polo más desimbricado que desliga al sujeto de sus objetos, al más unificador que va creando unidades más complejas. La pulsión va desde el funcionamiento más radical de la destrucción como modo de evacuar el conflicto, hasta la imbricación pulsional donde se ponen en marcha mecanismos amortiguadores como la represión, que procura metas pulsionales más elaborativas y la capacidad de asumir la carga afectiva de los conflictos. A través de mecanismos de defensa que permitan pensar el dolor, la exclusión y las pérdidas se transforman los deseos ligados a la fantasía.

Las pulsiones de vida recogen el conjunto de pulsiones anteriormente distinguidas por Freud: pulsión sexual, pulsiones de autoconservación y pulsiones del Yo.

Son estos extremos del funcionamiento de la pulsión desde la vida a la muerte los que también encontramos en la cultura que llegó al punto cero del exterminio industrial en las fábricas de la muerte. Es a través del trabajo del duelo, como el análisis puede dar una res puesta a la responsabilidad del sujeto psíquico para apropiarse de los extremos de su vida pulsional, y la cultura sostener su responsabilidad por los crímenes perpetrados en su seno y darles una respuesta legislativa.

El complejo de Edipo

El complejo de Edipo además de tener un relato que todo el mundo conoce tiene una estructura que contiene el germen de la psicosexualidad. Es un triángulo de amor-odio donde se juegan las pasiones de una pareja parental con su retoño. Este complejo se inicia en un bebé que, sin embargo, ya formaba parte del imaginario de los padres y en el que van a depositar gran cantidad de expectativas conscientes e inconscientes. Además, los progenitores se hallan ellos mismos presos de sus propios complejos edípicos que les antecedieron. Esta es la causa de la organización del psiquismo en fantasías que dan cuenta de la rivalidad, el miedo al rechazo, la exclusión, es decir, los deseos amorosos y hostiles que el niño experimenta hacia sus padres.

El complejo de Edipo reúne en un sujeto la libido transmitida por dos padres que forman la pareja parental y entre los que hay una diferencia de sexos y de cultura (familiar). Hay un componente asimétrico más llamativo que el número (pues son dos haciendo uno), que es la diferencia de generaciones. El bebé tiene que organizar sus pulsienes sexuales desde la intromisión del adulto con todo su bagaje. Este universo de pasiones desgarradas o agarradas a fantasías de realización de deseos acompaña al nacimiento de una nueva vida. Del componente tan desigual de la sexualidad de la pareja parental, que posee capacidad genital, y de su retoño, que nace de experiencias corporales diversas, surge la pulsión en sus enigmáticos extremos: traumático y placentero.

Cuando el enigma, que provoca el despertar sexual, deja restos de desorganización traumática en el psiquismo estos pueden descargarse o pueden ser el motor de nuevas respuestas si atraen al placer el enigma del sujeto capaz de apropiarse de su psicosexualidad.

En la tragedia de Edipo esa enigmática función la ejerce la esfinge a las puertas de la ciudad sitiada por la peste. El enigma que ella le plantea a Edipo se responde desde el reconocimiento de ser el animal que sufre las heridas del tiempo de las generaciones.

1 La rivalidad hace que todos los componentes de este triángulo tiendan a hacer alianzas para dejar al tercero excluido. Porque en las relaciones duales se sueldan las

carencias y se deja fuera al que amenaza con romper el idilio. El triángulo edípico tiene un componente legislador de los intercambios para frenar la voracidad de las relaciones duales que se quieren completas. La ley del Padre es la que prohíbe a la persona que ejerce la función Madre apoderarse del hijo para dar satisfacción a su deseo de sentirse plena, sin carencias. La importancia del tercer componente del triángulo amoroso es esencial pues, lejos de sucumbir a la exclusión, se convierte en el portador de la ley.

Buscamos establecer con estas premisas las funciones que el Yo construye para amortiguar o renegar de su pulsionalidad.

El Yo se niega a reconocer tres cosas:

La incapacidad del sujeto para autoengendrarse: el mundo le preexiste; ello implica la diferencia entre generaciones.

La diferencia de sexos: supone el reconocimiento de que cada sexo refleja la incompletud el otro.

La alteridad, que no es el Tú ni el Yo, sino una instancia tercera que legisla y conquista metas distintas a las individuales. Es el territorio de la cultura, la Ley.

En la teoría psicoanalítica éstos son los fantasmas originarios: seducción, escena primaria y castración; que integran las angustias que surgen en el origen del Yo. Dando lugar a los fantasmas que acompañan la construcción de la realidad psíquica del sujeto.

Las fronteras que el Yo erige para ¿constitución son de dos tipos:

1. Represión. El Yo queda integrado por el filtro de la represión, puede escuchar su inconsciente y buscar soluciones de compromiso para darle satisfacción. Esto significa que reconoce la Ley, que se siente vulnerable y es capaz de buscar el amparo que precisa. La renuncia al libre ejercicio de sus pulsiones le procura la satisfacción de pertenecer a la cultura y la valoración y el aprecio por su capacidad de ser uno más entre los semejantes. El sujeto que integra el empuje de su inconsciente con la represión pierde omnipotencia y gana un lugar en la colectividad.

2. Clivaje y renegación. El Yo que quedó fracturado por el impacto traumático está apresado en una coraza que le defiende de una fragilidad que no se puede representar. No se reconoce vulnerable y actúa sin capacidad de amortiguar la fuerza de la descarga. El Yo acorazado en un pseudo-self busca relaciones que mantengan su ceguera, que anestesien el dolor y que evacuen el sentimiento de estar perdido. No hay compromiso con la Ley, porque no pueden sostener ese amparo internamente y la trasgresión retroalimenta una huida hacia delante, que les deja inmóviles. De lo que tratan de huir es del resto traumático que

paraliza su Yo y se lo arrebata, impulsándoles a errar ciegamente, porque buscan escapar de lo que está incrustado como un secuestrador interno de su Yo. La fuente de su extravío es la perdida de la representación de la ausencia del objeto por el Yo. El sujeto dividido cuenta con la fuerza omnipotente de la ciega descarga que no conoce los límites y se desprende de su parte vulnerada en cada colisión que lo enajena. El abismo que separa las partes no reconocidas por el quebranto del Yo se repite en las relaciones adictivas, a las que se exige compensar el sentimiento de vacío. El Yo amurallado no recibe el clamor de su dolor, que no está transformado en una representación de su sufrimiento, y necesita sentirlo encallado en relaciones que lo tapen anestesiándolo. Con este modo de funcionar el Yo-partido logra invertir la causa en consecuencia y así repetir el impacto, que una y otra vez vuelve desde fuera. El atropello queda así presente en la actualidad de las relaciones; porque esta descargado en la pesadumbre de la no representación de la excitación desligada que no deja que sea pasado. Este funcionamiento de un Yo ensombrecido es debido a que el objeto perdido no se logra representar en su ausencia y este Yo-partido queda apresado por el arrebato de su reconocimiento como objeto capaz de apropiarse de su unidad subjetiva. Es lo que Freud nombró en 1915 como la melancolía que es debida a que la sombra del objeto cae sobre el Yo.

II

Dar la palabra a la psicopatología: las neurosis traumáticas

El trabajo de hacer un lugar en la mente a un cuerpo extraño

Ésta es una extraña neurosis, que aparece como consecuencia de un impacto externo que rompe la barrera protectora antiestímulos del psiquismo, introduciéndose en él por la fuerza. La clínica que aparece es, sin embargo, significativamente parecida a una neurosis histérica con síntomas conversivos, pero sin bella indiferencia y en cambio con un exceso de cantidad de angustia que paraliza los procesos psíquicos.

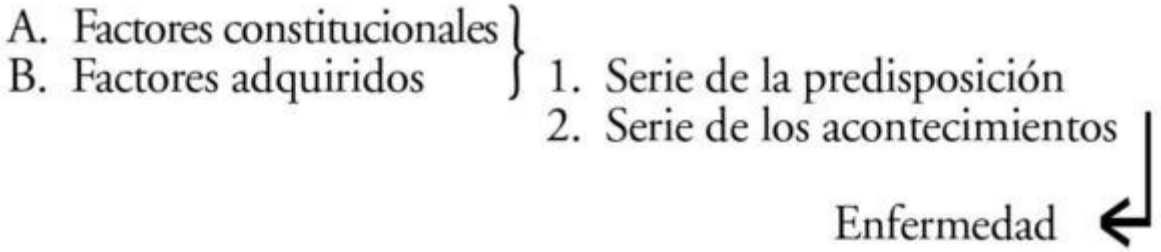
Para ilustrar este cuadro nosológico, complejo por presentar una gran diversidad de componentes, les mencionaré un caso que vi hace años en el hospital, que es donde se ven estos pacientes.

Se trataba de un chico joven enviado desde el servicio de oftalmología por presentar una ceguera sin causa orgánica objetivable. El joven vino a la consulta acompañado, porque no podía ver y en un estado de envaramiento tal que nos sentíamos frente a un robot. Presentaba una tensión muscular que contraía todo su cuerpo, y mostraba un estado de alerta tal, que su acorazamiento daba miedo por el exceso de fragilidad que encubría. Estos síntomas, la ceguera y la hipertonía muscular, eran los más llamativos de un cuadro al que se añadían sueños repetitivos, desconexión con el entorno, aislamiento, y otros. A lo largo de varias entrevistas descubrimos que esta sintomatología era reactiva a un traumatismo psíquico; el jo ven había presenciado la muerte de su padre a manos de un grupo terrorista.

No nos confundamos, lo que podríamos pensar que eran síntomas simbólicos de no querer ver, de poder contener la rabia por medio de la rigidez muscular; eran síntoma de descarga actual de una tensión impensable, es decir, no nos encontramos ante una neurosis histérica con síntomas conversivos, sino ante una neurosis actual, reactiva a la no-representación de un exceso de violencia, que se descarga a través del cuerpo. Estos síntomas no tienen un valor simbólico sino abreactivo.

Debemos pues investigar las peculiaridades de esta neurosis que en primer término nos sorprende por su origen externo, por su etiología actual y por su carencia de representaciones ligadas a la represión y su retorno. Es importante que no perdamos de vista que nos encontramos en un claro extremo (exógeno) de las series complementarias que introdujo Freud (1916-1917) en Lecciones de introducción alpsicoanálisis.

Éste es un término utilizado por Freud para explicar la etiología de las neurosis. El concibió dos grandes series que se complementan:



1.Serie de predisposición, integrada por la constitución hereditaria y las experiencias infantiles.

2.Serie de los acontecimientos externos traumáticos, que al colisionar con la personalidad previa desencadenarían la enfermedad neurótica.

Aquí nos encontramos en el origen de la llamada neurosis traumática, ocasionada por un acontecimiento de tal fuerza invasora, que rompe la organización psíquica. Ello produce una fractura (de ahí el término médico de traumatismo) y desencadena una sintomatología (sin latencia) que, aunque pareciera de síntomas histéricos, sólo los imita. En el caso que consideramos, los síntomas están formados por desbordamiento de energía, y están lejos de ser expresión de un conflicto intrapsíquico. Los síntomas de las neurosis traumáticas, constituyen la expresión de un Mas allá delprincipio delplacer (Freud, 1920). Lo que no impide que la interacción de las series se transforme en síntomas de apariencia psiconeurótica, pues el trauma actúa como elemento desencadenante, que pone en marcha la estructura neurótica preexistente. Hay que distinguir dos tipos de síntomas en la neurosis traumática:

Los que son debidos a la predisposición neurótica del sujeto que se mostrarán a través de soluciones de compromiso entre el deseo y la defensa, junto con los que puedan ser objeto de represión y por lo tanto de transformación en síntomas neuróticos como retorno de lo reprimido.

Los síntomas propiamente consecutivos al traumatismo psíquico con la ruptura de la organización mental, que se exterioriza en repetición del acontecimiento traumático, pesadillas repetitivas. Estos trastornos están englobados en una neurosis actual sin latencia, donde la energía no es psíquica por no circular a través de representaciones. Estos síntomas son un intento reiterado de «ligar», así como de descargar el trauma por abreacción. Este efecto del trauma que se asemeja a una reacción interna frente a un cuerpo extraño que ha sido violentamente invasor, produce una fijación al trauma, que por un lado se intenta expulsar y por otro se construyen verdaderas murallas a su alrededor, fortificaciones psíquicas para no sufrir su dolor.

Este proceso produce una gran inhibición en el psiquismo, porque absorbe mucha libido al mantener el acontecimiento traumático encapsulado. El agotamiento generalizado que produce esta actividad de contrainvestimiento puede resultar en un empobrecimiento mental, que salvaguarda al sujeto, pero a un precio muy mutilador

para su psiquismo.

En este sentido la neurosis traumática es una respuesta automática sin período de latencia, que busca evacuar el insoportable dolor de la ruptura de la integridad del sujeto debida a un traumatismo. Es también un intento de restablecer el equilibrio mental, arrasado por un impacto impensable, por la vía de asociaciones que ligarían éste a la estructura psíquica previa del sujeto. Dicho papel lo desempeñan los sueños traumáticos, que tienen la fundamental función de ser traumatolíticos. Estos sueños buscan recuperar el dominio sobre el estímulo por medio del desarrollo de angustia, cuya ausencia permitió la neurosis traumática.

Les mostraré un ejemplo clínico de un paciente que también pidió consulta en el servicio de psiquiatría de la Clínica de la Concepción.

Este hombre de mediana edad presentaba de forma relevante pesadillas repetitivas cada noche que le despertaban y le impedían conciliar el sueño. Había sido ingresado en la clínica tras sufrir un accidente de tráfico con múltiples contusiones y lesiones de las que pudo restablecerse, pero no del estado de alerta, y sobre todo de la repetición inexorable de un sueño que reproducía el accidente. Este tuvo lugar en la autopista cuando conducía por el carril de la izquierda y se topó con un coche parado delante. El conductor de este vehículo averiado había bajado del coche para pedir ayuda, y fue arrollado por el paciente al no conseguir frenar, y colisionar con el vehículo inmóvil que se hallaba en su camino. Como consecuencia del accidente murió el conductor desconocido, y nuestro paciente, además de las lesiones orgánicas que sanaron, padecía unos sueños en los que cada noche revivía el atropello, matando al hombre que se interponía una y otra vez en su camino, con la misma imposibilidad para frenar que en el acontecimiento real. Este tormento nocturno incomprensible para el paciente le trajo a la consulta y, gracias a la relación terapéutica, se pudieron ir comprendiendo algunos elementos del sueño traumático que dieron lugar a pequeñas variaciones. Hasta que el componente traumatolítico del sueño se reveló en la construcción de un escenario onírico en el que el paciente iba en su coche, acompañado ahora por su esposa. De nuevo sufren el accidente, pero en esta versión es la mujer la que sale disparada por la ventanilla del coche y por la colisión es degollada.

La introducción en el sueño de la persona querida nos habla de la construcción de asociaciones psíquicas, a través de las cuales el accidente pasa, de ser algo extraño-externo, a ser apropiado e investido por la libido. Este elemento psíquico de elaboración sadomasoquista (relación con la mujer amada-odiada), introduce un deseo en el sueño, un principio de placer que devuelve al psiquismo su equilibrio.

Estamos en un terreno limítrofe: del lado del mundo exterior tenemos el factor externo, violento, desgarrador, el elemento fundamental que introduce en la clínica unos sueños tan enigmáticos que van más allá del principio del placer; del lado del psiquismo está el intento de cierre de esa ruptura, que irá a modo de puntos de sutura creando asociaciones con el funcionamiento psíquico, introduciendo el

acontecimiento en la historia libidinal del sujeto. En un trabajo de aprés-coup irán construyéndose significados a posteriori que envuelven lo ajeno en lo propio hasta convertirlo en un sueño típico: «la muerte de una persona querida». Cuando el sujeto se apropia del trauma, somete el exceso al desciframiento de su sentido enigmático por la organización mental edípica. Es ahora cuando adjudica a la angustia su valor de señal y la transforma en angustia de castración. La angustia es una señal que advierte al sujeto de la posible pérdida de algo significativo para su integridad. A través de la repetición, como en el juego de los niños del «fort-da» (juego de cucú-tras, de aparición y desaparición), la psique intenta apoderarse activamente de lo sufrido pasivamente: el abandono de la madre o en el caso del trauma la pérdida de la integridad del Yo (narcisista). Este movimiento de vuelta a vivenciar el acontecimiento traumático tendría el sentido de apropiación por el psiquismo, de lo que fue sin ser pensado, en un recuerdo de algo que sucedió, que le sucedió al sujeto y cambió el rumbo de su vida. El lema délfico: «conócete a ti mismo o piensa en quién eres». ¿Quién es tu Yo y quién tu otro (prójimo)?

Volvamos pues a los orígenes de este cuadro nosológico para que con la perspectiva de casi un siglo le reencontremos un significado. Hace falta mucha memoria para acceder al olvido. Partiremos de que el funcionamiento psíquico aprés-coup o de significación aposteriori, tiene una doble vertiente:

Los dos tiempos del psiquismo, el primero perdido y el segundo reencontrado.

La eficacia psíquica: lo que no tuvo sentido se vuelve a posteriori objeto de un significado etiológico (causal) que cambia la versión de uno mismo, lo transforma.

Entre los dos tiempos de este funcionamiento bifásico está la organización libidinal del complejo de Edipo que es la fuente de la resignificación, de lo que antes no fue por imposibilidad y ahora no puede ser por censurado, por la represión secundaria.

El término «neurosis traumática» es anterior al psicoanálisis, se le atribuye a Oppenheim, y sigue utilizándose en psiquiatría en forma de variable, en virtud de las ambigüedades del concepto de traumatismo y de la diversidad de opciones teóricas que permiten tales ambigüedades. Su desarrollo data de la Primera Guerra Mundial, donde afloró el cuadro de las neurosis de la guerra. Los hombres que sufrían un colapso mental en combate eran considerados degenerados o enfermos morales que debían ser disciplinados.

Todos los ejércitos beligerantes adoptaron un enfoque punitivo; los soldados aquejados de neurosis de guerra fueron tratados con corrientes eléctricas dolorosas.

Un médico británico que había visto cerca de tres mil casos de neurosis de guerra, argumentó que los síntomas de estos pacientes eran similares a los de las mujeres histéricas de Estudios sobre la histeria (Freud, 1895). Los soldados enfrentados a los conflictos del campo de batalla enfermaban por ser incapaces de asimilar estos

sentimientos abrumadores a través de los canales normales, éstos se «materializaban» en síntomas somáticos. Al igual que los histéricos de Freud, los soldados no recordaban los acontecimientos traumáticos responsables del trastorno, estaban amnésicos; eran inconscientes, sus recuerdos existían en compartimentos estancos. Freud estaba al corriente de los esfuerzos de Ernst Simmel, médico encargado de un hospital de campo alemán para bajas psicológicas. Simmel descubrió que podía ayudar a los soldados haciendo que los acontecimientos traumáticos relacionados con el comienzo de los síntomas llegaran al ámbito consciente mediante una combinación de conversación psicoanalítica, interpretación de los sueños e «hipnosis analítico-catártica». Describió una «escisión de la personalidad» que se producía en situaciones de temor e indefensión, y advirtió el valor de expresar las emociones. Se centró en la angustia, en el temor a la muerte y en la ira, en el marco del tratamiento. Simmel describió cómo los sueños y fantasías de estos soldados eran intentos de dominio, es decir, no buscaban la gratificación inconsciente de los deseos, sino que eran intentos de aceptar la devastación que habían experimentado.

W Owen escribió: «Se trata de hombres cuyas mentes la muerte ha violado...» Muchos veteranos describieron sus vidas como si estuvieran divididas en un «antes» y un «después» de la guerra, lo que les llevaba a sentirse distanciados de sus familias. Su propia identidad (el núcleo de su ser) parecía discontinua. Muchos veteranos contaron que las experiencias vividas en la guerra les habían acosado como en una vida paralela, sobre todo en los sueños, hasta el final de sus días. «Entonces no fue la hora fatídica sino ahora; ahora, en la asfixia sudorosa de la pesadilla, en la parálisis de los miembros, en el tartamudeo de su habla dislocada» (Testimonio).

Hoy seguimos recibiendo los testimonios de supervivientes de otras catástrofes, les sugiero que lean la novela Sin destino de Imre Kertész (Premio Nobel, 2002). Nos muestra en su historia la hiriente realidad de los campos de exterminio con sus efectos más perversos: entre ellos, la cotidianidad más inhumana como forma aberrante de la felicidad.

> Me acordé de mi madre. (...) Seguramente así sería, como ella desearía, puesto que no existía ninguna cosa insensata que no pudiéramos vivir de manera natural, y en mi camino, ya lo sabía, me estaría esperando, como una inevitable trampa, la felicidad. Incluso allá, al lado de las chimeneas había habido, entre las fronteras, en los intervalos de las torturas algo que se parecía a la felicidad.

Retomaremos esta obra de la que destaco su título Sin destino que condensa el efecto traumático, una ruptura de la propiedad del porvenir de la conducción de la vida, la aberrante imposición de la violencia mortífera como forma de vida. Éste es el título de una obra de arte que surge para sublimar ese destino funesto, para recordar haciendo historia que nos induce a la reflexión. La respuesta sería: el destino está en poder pensar.

Muchos supervivientes de los campos de exterminio pusieron su propio punto final

a sus días. Conocemos los testimonios que nos dejaron a través de relatos y ensayos que eran elaboraciones de sus experiencias traumáticas y entendemos que, tan sólo la violencia de quitarse la vida quedó a merced de sus propias manos, como acto más personal de su destino, esta vez elegido. Primo Levi en su ensayo Los hundidos y los salvados lo explica así:

> El suicidio es cosa humana y no de animales, es decir, es un acto meditado, una elección no instintiva, no natural; y en el Lager había pocas ocasiones de elegir, se vivía precisamente como animales domesticados, que a veces se dejan morir pero no se matan. (...) En la mayoría de los casos el suicidio nace de un sentimiento de culpabilidad que ningún castigo ha podido atenuar (culpa del superviviente).

¿Qué intención me guía en este recorrido retrospectivo? Así como el descubrimiento del trauma psíquico con su escisión, la descarga en síntomas somáticos y los sueños traumáticos ampliaron el tratamiento de afecciones como la neurosis de guerra abocadas a la censura social y al correspondiente castigo; un siglo de psicoanálisis con los cambios culturales, el conocimiento de los acontecimientos históricos y las últimas aportaciones de Freud sobre las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte, nos conducen a interrogarnos por nuevos aspectos del funcionamiento mental.

¿Es la muerte de la que estamos hablando un acontecimiento natural o el extremo más subversivo de la pulsión? El psicoanálisis surgió de la teoría traumática que identifica el trauma con una seducción. Esta teoría fue abandonada a favor del concepto de fantasma. Después se recuperó la noción de traumatismo, que tenía como consecuencia la fractura del Yo y la compulsión a la repetición. Para finalmente incorporar a la teoría psicoanalítica el trauma como sexualidad extrema que desliga y rompe las cadenas de Eros, en un movimiento dialéctico de unión-desunión. Este aberrante funcionamiento mental explica la paradoja de darse muerte cuando se ha mantenido la vida luchando contra la muerte a costa del máximo esfuerzo. El componente traumático de la sexualidad, conceptuado como pulsión de muerte, es la fuerza seductora de una excitación, que rompe al Yo, porque lo desliga de su objeto.

En la clínica nos encontramos con frecuencia ante mecanismos de renegación y, desestimación de las pérdidas, amenazas de derrumbe de la identidad y actuaciones adictivas a objetos de destrucción. Podemos hablar aquí de las consecuencias psíquicas de las situaciones traumáticas que rebasan toda prohibición, que dan por abolida la ley del incesto-parricidio, y violentan al sujeto psíquico, hasta el extremo de convertirlo en objeto perverso del radical goce con la muerte o la sevicia. Las consecuencias psíquicas de un traumatismo, que provoca una compulsión a la repetición que no se deja someter a los intentos de dominio del principio del placer, son los procesos de descarga, que van desde los intentos de suicidio a las conductas traumatofílicas.

Las neurosis traumáticas nos han mostrado cómo el psiquismo se rompe por la

violencia que pone a la desligazón en primer plano y, ante este exceso de excitación indomable la desestructuración provoca una compulsión a la repetición: Más allá del principio del placer (Freud, 1920).

Ésta es la manifestación de la tendencia ciega a la descarga absoluta, que constituye lo más pulsional de la pulsión, la llamada «de muerte», con toda la carga semántica que este término arrastra.

Se trata de una inversión aberrante de la primacía de la pulsión de vida en la intricación pulsional, en la que la pulsión de muerte toma las riendas de un psiquismo rebasado en sus funciónes de ligadura libidinal, haciéndole responder a este exceso traumático, con intentos evacuativos compulsivos y reiterados de lo impensable.

Debemos seguir avanzando a través de los sueños traumáticos, cuya finalidad es ligar las cantidades excesivas, para poder asociarlas a representaciones sometidas al principio de placer. También vemos en el juego de los niños que la repetición de lo idéntico incluye la satisfacción de transformar lo pasivo en activo.

Es el momento de plantear dónde estaría el punto de inflexión entre el cuadro que nos ocupa de la neurosis traumática, que es una respuesta a un suceso externo, y su posterior destino psíquico, es decir, cómo se transforma en un investimento libidinal: transformación del impacto en objeto psíquico sujeto al deseo.

Consideramos traumáticas a las excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para atravesar la barrera de protección antiestímulos. Estas rompen la economía psíquica, quedando abolido el principio de placer. La tarea que se plantea el aparato psíquico es la de dominar este exceso a través de la compulsión a la repetición. Cuando al traumatismo le sigue una herida física, ésta tiene por efecto ligar el exceso de excitación, al reclamar una investidura narcisista del órgano afectado.

También cumplen esta función los procesos que mantienen la carga traumática proyectivamente colocada en el exterior, en lugar de dar una respuesta subjetiva. Es hacer cargar al destino con aquello de lo que el sujeto reniega.

Algunos individuos parecen buscar inconscientemente la situación traumatizante, de este modo repetirán el trauma como algo que viene de fuera, con la finalidad de descargarlo. En los casos clínicos que presento se ve este mecanismo que convierte la realidad en reiterativamente traumática.

Cuando Freud utiliza el modelo de la neurosis traumática en su repetición para fundamentar la creación en el análisis de la neurosis de transferencia nos deja la puerta abierta a que pensemos que en la transferencia no sólo se repite lo susceptible de elaboración secundaria, lo reprimido que retorna, lo tramitado por representaciones. También y quizá de un modo inefable, evacuativo, se reproduce la compulsión a repetir lo desligado, que en su marcha regresiva aspira al desprendimiento total de la tensión.

Freud, en Recuerdo, repetición y elaboración (1914), dice que el enfermo se ve forzado a repetir lo reprimido como vivencia presente en lugar de recordarlo como experiencia pasada, teniendo siempre por contenido un fragmento de la vida sexual infantil (complejo de Edipo). Esto es lo que realmente se juega en la transferencia con el analista.

Es como si el principio del placer estuviese en la base de la organización yoica, ligando a través de la transferencia la resistencia por mantener la represión. Sin embargo, lo más radicalmente sexual de la pulsión, lo no-ligado a una satisfacción en la realidad psíquica, lo que se resiste a toda lógica de la necesidad, es la repetición de lo traumático del funcionamiento mental, en la que se sufre la obra de la pulsión de muerte.

Este sería el descubrimiento esencial, un componente traumático del funcionamiento pulsional, lo genuino de la compulsión a la repetición asociada con el Más allá del principio del placer. Este elemento traumático es el que debido a su exceso de excitación desligado reedita experiencias pasadas que no contienen ninguna posibilidad de satisfacción pulsional placentera. Este descubrimiento levanta el velo de la represión para enfrentarnos a la descarga inherente a toda relación que se deshace de lo renegado.

La desligazón de excitación sexual que no queda dominada por la pulsión de vida da la vuelta y va al origen del exceso traumático del funcionamiento mental, llevaría a una perturbación interna similar a la ocasionada desde el exterior en las neurosis traumáticas. En la lectura detenida de este texto descubrimos un elemento más en la sexualidad, y es su componente traumático, lo que Freud llamó la pulsión de muerte.

Freud (1920): «El fracaso de esta ligazón provocaría una perturbación análoga a la neurosis traumática; sólo tras una ligazón lograda podría establecerse el imperio irrestricto del principio del placer (y de su modificación en el principio de realidad).»

Para terminar en conexión con la clínica, la evolución de las neurosis traumáticas va desde una

Neurosis de renta (reivindicación-indemnización).

- Neurosis de destino (hado funesto).

Neurosis de carácter (querulancia).

En las neurosis de destino; Freud habla de las personas que dan la impresión de un destino que las persigue, de una orientación demoníaca de su existencia.

Son formas de neurosis asintomáticas: neurosis de carácter, de fracaso..., que describen fundamentalmente la ausencia de consciencia de conflicto intrapsíquico debido a la proyección de la escisión surgida del traumatismo en una realidad nefasta.

En el caso de la neurosis de destino, el sujeto no tiene acceso a su deseo inconsciente que le vuelve a él desde el exterior, mientras que la neurosis de carácter se mantiene en la rígida estructura del carácter, la repetición compulsiva de los mecanismos de defensa y de los esquemas de comportamiento.

El elemento traumático debe ser objeto de investimiento de la libido del Yo, es decir, la libido que constituye el narcisismo.

El trabajo psicoanalítico con estos pacientes busca reconducir la libido, estancada en la reclamación de venganza-recompensa, a la renuncia con la ligazón propia a un sentido de la pérdida, en nuevas apuestas de relaciones libidinales. El analista no puede sostener la expectativa de restauración narcisista, porque no está en su mano ni en su pensamiento (sería una ideología), sino tan sólo en la sugestión portadora de una promesa idílica irrealizable. Se buscan así en la relación transferencial las palabras que den sentido a las pérdidas, y que nombren también el abandono de ese ideal de reparación de los daños narcisistas.

El equilibrio buscado en la restauración narcisista enmudece la pérdida, porque la descarga, haciéndola encajar en una relación a su medida. El Yo-roto hace del núcleo traumático la argamasa que funciona como el eje de su dinámica en el movimiento que gira en torno de él. Es el eterno retorno de lo idéntico, que por desprendimiento busca evacuar la excitación y volver al punto cero. El tiempo queda suspendido por un movimiento repetitivo que fija al sujeto a la evacuación de una excitación impensable.

Cuando el sujeto no puede sostener su desamparo, porque el abuso ha violentado la estructura de su Yo, lo invierte hacia fuera, convirtiéndolo en la condición de su realidad y crea vínculos sometidos a la necesidad de su renegación. No hay espacio de transición sino de exigencia por lo insoportable de la falta que no se puede representar.

Si la cultura refrenda el trauma, porque no asurne su responsabilidad y es cómplice porque silencia su falta, se empuja al sujeto dañado a un funcionamiento evacuador, sin mediación que amortigüe la fuerza de la excitación traumática. Cuando no hay una Ley que ampare al sujeto en su indefensión, éste busca hacerse fuerte renegando el dolor y compensando la herida, como portadora de toda la fuerza pulsional.

III

Dar la palabra a los testimonios

El sujeto psíquico y la cultura

Porque no se puede ser juez y parte.

El funcionamiento psíquico en un sujeto tiene su origen en la relación con el entorno: los padres que le proveen de lo necesario para la vida física y psíquica, y la cultura que provee a los padres de un marco que regula sus intercambios.

Hay una continuidad entre el individuo, las relaciones significativas más precoces que crean el psiquismo y el marco cultural que da significado a estos intercambios, introduciéndolos en una dimensión simbólica. La complejidad de estos intercambios no siempre permite su discriminación, pero es el interés de este trabajo dar a cada estamento el lugar que le corresponde para atribuirle también la responsabilidad subsecuente.

El sujeto del que partimos es el bebé, que nace sin psiquismo, al menos expresable en palabras, con una potencialidad que se despertará en la relación con los padres o quienes ejerzan su función.

El infantil sujeto parte de una necesidad radical de ser cuidado y de recibirlo todo para poner en marcha su potencial desarrollo. Esto significa que el desvalimiento inicial es total y se encuentra condicionado por los aportes provenientes de los adultos que establecen con él una relación consciente e inconsciente, de la que sólo conocen sus manifestaciones. Hay pues distintos niveles de intercambio en juego: el adulto que desea cuidar del niño, el adulto que desconoce su inconsciente, que se desprende en forma de acto impuesto al niño, y el niño que emite sus señales e inicia la interacción.

Estos intercambios intersubjetivos no quedan cerrados en sí mismos, como en una relación especular, sino que están regulados por una instancia tercera (cultura) que censura que los padres se apropien del hijo para su exclusivo uso y disfrute.

Es la cultura la que impone unas leyes, que prohíben el abuso de las pulsiones desatadas y marcan las restricciones. Freud en El malestar en la cultura dice que ésta provoca malestar porque restringe las pulsiones, ejerciendo una función superyoica de imperativo moral. Si quieres pertenecer y beneficiarte de la riqueza y del intercambio cultural, debes respetar la ley que impide que hagas de tu semejante un objeto para tu goce pulsional (perversión). La cultura restringe la tentación universal de la pulsión de satisfacción irrestricta del Edipo, para que tenga lugar el singular encuentro con un sujeto, que pueda hacerse cargo de sus pulsiones.

Hay por lo tanto distintos niveles en el intercambio que inaugura la vida psíquica: nivel real de la materialidad de la relación, nivel imaginario donde se colocan las expectativas que reflejan los ideales y nivel simbólico que aporta un sentido a la relación en conexión con los significados culturales del lenguaje. En cada relación hay un contenido manifiesto y otro latente, por lo tanto el psiquismo se construye desde la circulación de muchas corrientes, conscientes e inconscientes, pero con una singular articulación intrapsíquica entre la realidad psíquica formada por las experiencias vividas y fantasías, y el extrañamiento de los componentes traumáticos desprendidos. El despertar de la psicosexualidad se produce en el bebé por la intromisión del adulto con sus cuidados y fantasías. En esta relación hay componentes inconscientes actuados, que el adulto desconoce y que se desprenden más allá del pensamiento representacional y del lenguaje. La indefensión inicial del niño en su relación con el adulto permanece en un resto de desamparo, que constituye al niño que todo adulto conserva dentro de su psiquismo.

En el punto de encuentro-desencuentro de la singularidad del espacio intrapsíquico con la fuerza pulsional desligada está el elemento traumático del funcionamiento mental. El componente traumático excede la capacidad mental de representarse las pérdidas y se transmite como urgente necesidad de borrarlas y suplirlas. Las representaciones se someten a imperiosas exigencias, encaminadas a obturar las carencias.

Cuando el elemento traumático se ha ejercido por una cultura que sostiene el exterminio, esta debe responder de su atropello frente a los ciudadanos y no encubrir su lealtad a otros poderes establecidos, dejando a los sujetos vulnerados presos de un trauma transmitido por un in consciente no sometido a la censura. Para que el sujeto traumatizado desempeñe su libido de la repetición fanática, se impone que la cultura desentrañe los mecanismos con los que reniega de su responsabilidad.

El esfuerzo diferenciador de dar la palabra al trauma en la cultura para que dé cuenta de su responsabilidad, permite al sujeto traumatizado ocuparse de la especificidad de su sufrimiento: en un tratamiento psicoanalítico, o de otro modo, para resolver su quebranto. El esclarecimiento de los mecanismos en juego en la cultura que sostiene el abuso, permite que la víctima se despoje del clamor de la venganza cuando recibe el justo reconocimiento legal, y favorece el desprendimiento de esa identidad de mártir que le atenaza.

El sujeto psíquico que padece un trauma precisa un marco que salvaguarde su narcisismo, para poder pensar sus heridas y restablecer una relación de intercambio recíproco con la cultura que restaura la ley. La cultura debe restablecer la memoria histórica, que no es memoria, pero sí historia, y así el sujeto podrá apropiarse con su memoria de sus pérdidas y renunciar a su vigencia amnésica. Este modo de funcionar es la desmemoria melancólica que impide que pase el pasado y siga siendo presente.

Cultura y violencia

El nacimiento psíquico surge de la relación con el otro

El funcionamiento mental tiene su origen en la encrucijada de la historia y la estructura del sujeto, se da entre la diacronía y la sincronía de un encuentro psíquico del que se desprende el inconsciente no reprimido. Es en la paradoja de esta colisión entre el objeto infantil y el sujeto sexual adulto como surge la pulsión. El lenguaje será el portavoz de la psicosexualidad que es constitutiva de la vida representacional. Es en su origen como objeto como nace la pulsión, ligada al cuerpo del niño, que devendrá en fuente por la satisfacción. El proceso psíquico desencadenado por el objeto, fuente de la pulsión, tiene dos vertientes: una fantasmática y otra traumática, dada por lo real. En el origen de la psicosexualidad, la satisfacción evocada va construyendo fantasías de realización de deseos, y la excitación no ligada el desprendimiento inconsciente. El trauma es lo universal reiterado en lo singular de cada encuentro, que funda la psicosexualidad específica de cada sujeto, el cual nace de la diferencia. Para sostener esta diferencia, el individuo se apoya en el marco social que preserva el contrato narcisista de respeto y cuidado, y le permite distanciarse del estrecho vínculo primario con los padres. La fuerza del Yo reside en otorgar un lugar específico a la sexualidad infantil a través de la represión de los componentes traumáticos que tienden ala desligazón.

El funcionamiento psíquico se transmite en la relación del sujeto con el objeto en doble faz inconsciente: aquella que sostenida por los fantasmas inconscientes llevan al cumplimiento del principio del placer (deseo) y la que se desprende por un exceso de excitación traumática que lleva a la descarga actuada. Este modo de transmisión traumática insiste en repetir lo real inmovilizando al objeto, que como objeto cosificado, queda atravesado por la extinción de la representación en el acto. Es la materialización de la confusión sujetoobjeto, que subyace en todo acto de violencia: el borramiento de las diferencias para someter al objeto a la cosificación. Es el impulso a hacer para no pensar, hacer (actuar) para deshacer (evacuar). El desamparo del bebé frente a la seducción originaria se amortigua por los lazos libidinales y el contrato narcisista que la sociedad sostiene. La cultura de un pueblo es la creación de unas normas para renunciar a la actuación del trauma, sugiere Freud en Tótem y tabú. El vínculo que une a los hombres es el odio a un enemigo común y les lleva a formular leyes que contengan y sean más fuertes que su odio privado. El duelo no se puede elaborar por imperativo, pero la cultura puede favorecerlo haciéndose responsable de las causas que le competen, propiciando la memoria histórica y la reparación subsidiaria del universo simbólico, legislando la diferencia entre el ámbito público y el privado, y no permitiendo la instrumentalización de la identidad de víctima y los beneficios secundarios indiscriminados, sociales e individuales. El sufrimiento no tiene fuerza de ley, es la ley la que debe sostener las normas que permitan la elaboración del sufrimiento privado (por privación). Que el psiquismo surja de la colisión de lo universal del trauma y lo específico del fantasma, nos hace pensar en la fecundidad de la discriminación de dichos ámbitos. Lo universal del trauma es el núcleo del inconsciente en bruto que se condensa en el incesto y el filicidio-parricidio. Lo que da origen al sujeto psíquico es la complejidad de redes asociativas de fantasías, actos y realidades, que articulan la singularidad de su

respuesta en palabras.

Frente a la fuerza pulsional del inconsciente no reprimido la censura no puede quedar en manos del otro de la relación dual (Tú o Yo), sino del tercero que salvaguarde otro modo simbólico de funcionar.

Del mismo modo que los mitos recogen en el imaginario colectivo los fantasmas que dan cuenta del origen de la sexualidad, es a tra vés de estas construcciones como se modelan las relaciones de intercambio, en función de los tabúes y las defensas antitraumáticas (cultura de la supervivencia). Estas redes imaginarias y simbólicas tratan de dar acceso a lo real en la cultura.

La cultura se construye a partir de un reparto de saber: reforzando las barreras que genera la hostilidad para dejar fuera (extraño) la pulsión inaceptable. En la cultura perversa se inscribe la alianza entre el progreso y la barbarie, se desolidariza (desliga) la civilización del afecto, desconociendo lo que afecta al sufrimiento del sujeto. La barbarie no es un accidente, es inherente al modo de tratar psíquicamente las pulsiones. Puesto que la vida pulsional se compone de movimientos tanáticos, que imponen la tiranía al objeto, la censura que prohíba su libre ejercicio debe imponerse en la misma medida, con la fuerza precisa para proteger al bebé y al sujeto desamparados. El contrato social debe frenar el libre ejercicio pulsional para poner a recaudo al desvalido del atropello.

Si en el origen la psique está en la necesidad, dependiendo por completo de los otros (neotenia), hacer hablar al destino consiste en hacer hablar al origen pulsional. El desvalimiento del niño que está en manos ajenas, queda ligado al lugar que la sexualidad del adulto ocupa en su psiquismo infantil.

La cultura es el marco que significa los intercambios entre los hombres

La tesis de este trabajo es que los traumatismos históricos han dejado su huella en la cultura y que su esclarecimiento psicoanalítico nos permite abordar de otro modo la clínica del trauma psíquico.

La hipótesis es que los crímenes contra la humanidad ocurridos a lo largo del siglo xx hasta hoy han dejado una renegación en la percepción de la realidad y una pérdida de los lazos de confianza entre las generaciones sucesivas. Esta dificultad recae sobre los procesos de identificación, que dan lugar a una falta de reconocimiento psíquico en el otro y de uno mismo.

La dimensión psíquica de los ataques impuestos por la cultura genocida está recogida de los testimonios de los supervivientes. Este acercamiento al sufrimiento de los supervivientes es un trabajo analítico sobre la cultura transmitida en los textos o testamentos artísticos.

No intentamos dar a los supervivientes una interpretación psicoanalítica, ni intentamos un abordaje de lo que está en juego en su in consciente, sino en el inconsciente de los testimonios, que interpelan a la cultura que sostuvo los crímenes.

A lo largo del trabajo emplearemos el término Shoah, exterminio y genocidio, de modo simbólico, para hablar del asesinato legalizado de una parte de los hombres a manos de otros, organizados en un «Estado de derecho» o con su aquiescencia (totalitarismo). Se trata de la desligazón de la pulsión tanática, perversamente utilizada desde la omnipotencia del poder. El fin era la deshumanización de las víctimas, no un medio para reconquistar un remodelamiento biológico de la humanidad.

La repercusión sobre el psiquismo de estos asesinatos en masa la entendemos como ruptura de los lazos de filiación. Los nexos que unen y diferencian las generaciones tienen como componentes psíquicos el espejo narcisista y las identificaciones derivadas del complejo de Edipo. La construcción del psiquismo, que es producto de la instalación de la psicosexualidad desde el otro, está mediatizada por el funcionamiento inconsciente de los padres y por su relación con la cultura (Superyó).

Green en Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo, nos dice:

> Es imposible disociar por completo la suerte del psicoanálisis de los ideales de la cultura donde se expande, considerando ya sea la tradición, ya sea el tiempo desde donde se habla (...).
>
> Proporcionalmente, cuanto más evolucionan las sociedades dándoles a los individuos el poder de mejorar su situación material y luchar contra los males que los afligían y los sumían en la desgracia, mayor es el crecimiento de una violencia insensible al dolor ajeno, cuando en realidad se esperaba lo contrario.

Tras el descubrimiento del horror de los campos, la cultura tiene que elaborar su fracaso en su función de guardián y legitimación de la vida psíquica y física de los hombres. Si la cultura ejerce su poder de un modo perverso, algunos extraerán un beneficio del atropello de los otros. El omnipoder otorgado al dinero en la sociedad de consumo procura interpretar como ganancia económica cualquier movimiento pulsional (regresión al funcionamiento libidinal de la etapa anal). El amo absoluto es el poder de retener, el amor que se interpreta como !-amor al dinero! (heces). La elaboración de la economía libidinal de la etapa anal permite la diferenciación y la construcción de unos límites que filtren la renuncia y crecimiento pulsional.

Ya Freud (1930) nos señaló este papel de la cultura: «El resultado último (de la cultura) debe ser un derecho al que todos -al menos todos los capaces de vida comunitaria- hayan contribuido con el sacrificio de sus pulsiones y en el cual nadie pueda resultar víctima de la violencia bruta.»

Es ahí donde situamos la pregunta en el trabajo: ¿Qué consecuencias tiene en el psiquismo, el atropello por una cultura que da cabida a la violencia bruta y no quiere sacrificar sus pulsiones?

Este trabajo tiene dos partes diferenciadas 'e interrelacionadas. En la primera se indaga en el concepto de: «Deportación del saber» (Annelise Stern, superviviente de Auschwitz, analista miembro de la Escuela Freudiana de París). Esta psicoanalista fue deportada a la edad de veintidós años y desde entonces trata se esclarecer la bruma entre lo privado y lo público. «Para cualquier persona de las generaciones post-nazis, la pequeña y la gran historia se han anudado en la basura de los campos.»

En la segunda parte del texto se muestra en la clínica el trabajo analítico con pacientes que presentan un trauma psíquico. El trauma es concebido como un exceso de la sexualidad del otro que, por la ruptura de los eslabones representacionales con el inconsciente reprimido, se descarga en la acción. Es la consecuencia psíquica del exceso de excitación no tramitable en representaciones simbólicas, no de una privación o ausencia de objeto, es un fracaso de la función simbólica mediadora.

No se trata de equiparar el contexto de la cultura, con el trabajo clínico psicoanalítico, muy al contrario, diferenciar lo que corresponde a la cultura que puede esclarecer nuestro trabajo como psicoanalistas. Este es el motivo de la elección de un material en que el trauma psíquico no está relacionado de forma manifiesta con una violencia en la cultura. La violencia latente en nuestra cultura nos afecta a todos, por lo que la elaboración fantasmática de esta realidad nos parece más abordable en la clínica de un trauma no directamente implicado en ella. El trabajo con las víctimas de la violencia de una cultura perversa, tiene implicaciones en la realidad material que complican el abordaje analítico. Para diferenciar estos aspectos nos parece importante no reducir el objeto del trabajo al exclusivo interés por estas víctimas, pues puede conducir a una complicidad tácita con las transgresiones de la cultura. La inclinación a refrendar la entidad de víctima como privilegio, esconde la otra cara que es la del verdugo. Es por tanto imperativo separar a la víctima de su verdugo a través de la ley que representa la cultura. El psicoanálisis en su práctica clínica trata de devolver al sujeto su especificidad psíquica y el protagonismo de su historia. Las construcciones históricas o los sacrificios psíquicos perpetúan estrechas relaciones sadomasoquistas, que funcionan cargando el psiquismo con ideales salvadores, para deshacerse de los impulsos agresivos. Es la tendencia a crear «chivos emisarios», que tiene la cultura, para excusar su responsabilidad y volver a convertir a algunos individuos en víctimas propiciatorias.

El sentido que busca alcanzar el trabajo consiste en comprender la vigencia de los restos traumáticos en la cultura para elaborar un pensamiento psicoanalítico que, en un segundo tiempo en la clínica de los procesos traumáticos nos amplíe el marco de interpretación. La interpretación en el trabajo analítico con el paciente nos permite articular el saber sobre el inconsciente con los restos materiales (no reprimidos) que cobran sentido en la relación transferencial. Es la elaboración de los obstáculos al análisis que están, tanto del lado del paciente, como del analista y de la cultura que

los engloba. La transmisión traumática también opera entre los psicoanalistas, adjudicando por contrainvestimiento ecuaciones al inconsciente, para coagular la deriva desligadora. Esta substancialización del inconsciente transforma los deseos de éste en una intencionalidad, más digna de una segunda consciencia que de la singularidad de su producción. Esto ha sido un obstáculo para el análisis, por las erróneas atribuciones que los psicoanalistas hemos realizado respecto de la «verdad» del sujeto. Creyendo poseer claves de desciframiento, que lo eran de encubrimiento por estar al servicio del imperativo dominante en la cultura del silencio. Sólo pudiendo dar cuenta de estas superposiciones entre la producción de subjetividad identitaria, como modo de cerrar filas para mantener la inclusión en la cultura y la constitución del psiquismo en la indefensión, podremos escuchar los movimientos desligadores que silencian el sufrimiento traumático. Éste es el peligro de la identidad, ya sea «de víctima», «psicoanalítica» o cualquier otra, pues conduce a la pertenencia, lo que no se puede atribuir a la singularidad de la existencia, ya que una cosa es la representación y otra muy distinta es lo real que, supuestamente, representa. Cuando la identidad reniega de su pertenencia original a la diferencia, se fundamenta en la construcción de una neorrealidad que la apuntala.

Con este análisis buscamos diferenciar los enunciados psicoanalíticos de la impregnación histórica (de los vencedores), que los torna fácilmente destituibles por la cultura imperante. Una consecuencia de esta transmisión la encontramos en la separación que la cultura ha establecido entre la obra Freudiana, que merece un respeto metafísi co (que nunca quiso), y los Freudianos, considerados repetitivos, coagulados y moralistas, que sostienen verdades acuñadas para su propia supervivencia.

Pensamos con Natalie Zaltzman (1999), que: «Si los psicoanalistas nos obstinamos en desestimar el trabajo en la cultura, corremos el riesgo de regresar al hombre psicológico (preanalítico), hombre hecho a sí mismo. Un Robinson Crusoe que está en juego en el diván para reinventar él solo el mundo humano» (De la guérison Psychanalytique).

Cómo se transmite el trauma psíquico?

Este trabajo trata de comprender cómo los traumatismos históricos se inscriben en la cultura y son objeto de una viva transmisión (mortífera). Nace de la preocupación por el modo en que se transfieren en el psiquismo los procesos que no alcanzan a ser representados. ¿Qué ocurre con la excitación que excede la elaboración simbólica y perturba al sujeto y su relación con el mundo entorno? ¿Qué se engendra en la cadena de filiación a través de una violencia actuada que no está mediada por el pensamiento?

Freud, en 1914 en Repetir, recordar, elaborar, usó el termino agieren, poner en acto, para nombrar el impacto de este funcionar repetitivo en oposición al recuerdo elaborativo. Se refiere a una presencia del pasado ignorada por el sujeto y que sólo aparece en actos. El peso de esta descarga es que devuelve a la actualidad los

procesos psíquicos inmovilizados por su presencia traumática y no sometidos a la apropiación subjetiva.

El presente trabajo intenta construir una red de representaciones simbólicas (après-coup) donde enlazar la violencia desligadora con cultura y clínica. Estos eslabones buscan dar un sentido a las rupturas, en la cultura, de los lazos psíquicos que garantizan la condición humana. Son eslabones que intentan recuperar la continuidad de la vida psíquica interrumpida por el traumatismo. ¿Qué significa que un hombre pueda quemar a otro impunemente?

La deportación de nuestros semejantes y su liquidación deja en la cultura del siglo xx, y hasta hoy, un surco que separa al sujeto del reconocimiento de uno mismo y del extraño. Es un atropello traumático, sostenido por la cultura totalitaria, que rompe las ataduras libidinales de unos hombres con otros, y al mismo tiempo el nexo intrapsíquico con el desvalimiento. Cuando en la realidad material se extermina a los iguales, el psiquismo no queda indemne. El peso de esta acción fractura al sujeto que se parte por el Yo ante la imposibilidad de albergar lo traumático.

Lo que nos interesa en la clínica es el presente de esta historia. Reconocer cómo en nuestra cultura se mantienen las desconexiones, y que el empuje a representarlas como psicoanalistas está también trabado por ellas. Sin hacer amalgamas estériles, que mantienen la ceguera frente a lo insoportable, nuestra tarea es desentrañar los mecanismos que actualizan los traumatismos en la cultura y en la clínica de los trastornos narcisistas. Lejos de analizar a los supervivientes de los genocidios, rescatamos de sus testimonios el reclamo hacia la cultura, para no seguir construyendo muros que separan lo intratable y poder devolverlo al conflicto. Estos testigos nos ayudan a entender la dificultad de representar este quebranto, no equiparable al que nos cuestiona. ¿Qué herencia cultural entreteje un funcionamiento psíquico de supervivencia, donde la huida frente al duelo reitera el sentimiento de vergüenza-venganza?

¿Cómo se trasvasa desde la cultura la huella del exterminio a la clínica, para que nos permita escuchar el sufrimiento inconsciente que surge de las rupturas del Yo? Cuando se han levantado vallas que obstaculizan la visión de lo insoportable que violenta, estas fronteras modifican tanto el paisaje de la realidad material como el escenario psíquico, impidiendo integrar el dolor irrepresentable. Estas barreras intrapsíquicas son defensas frente al impacto traumático. Freud las llamó escisión y renegación. Actúan dentro del Yo, alterándolo, y sobre la realidad material escamoteando su percepción. La percepción de la realidad material se registra en función del marco que establece el Yo y que constituye la ventana por la que se asoma al mundo exterior.

Si el Yo está alterado por un trauma que le ciega, la ventana quedará construida en función de esta ceguera para refrendar sus defensas antitraumáticas. El psiquismo busca satisfacer un equilibrio que no cuestione la realización de sus descargas.

¿Qué cicatrices perduran en el psiquismo de los golpes recibidos por los individuos, que son las secuelas de los atropellos intersubjetivos de la cultura?

Esta herencia insiste en la clínica con pacientes que tienen un yo roto. En este intento de elaboración de la teoría clínica late la inquietud por este Yo que parece ciego a sí mismo, atacado de sordera, siendo el complicado agente intermediario entre las pulsiones y la cultura. Se trata de incorporar estos procesos que no tienen voz (palabra), que transmiten con violencia la violencia padecida, para recuperar en duelo los objetos carentes de representación, porque no fueron sometidos a la represión. Es fundamental señalar la diferencia entre la represión, que recae sobre las representaciones de las mociones pulsionales, de la escisión o renegación, que antes que nada es renegación de una percepción.

Freud en 1927 duda de la fiabilidad de la percepción y por lo tanto del Yo en la construcción de la realidad, lo que le conduce a formular la escisión como mecanismo de defensa y la renegación que la acompaña y da lugar al fetiche.

¿Con qué feticies hemos obturado las heridas que el trabajo de cultura no alcanza a hospedar con el pensamiento? La reflexión psicoanalítica tiende a representar estos puntos ciegos que colapsan el trabajo de duelo tanto en la cultura como de otro modo en la clínica. ¿Cómo dar cabida en la memoria a lo que subsiste del exterminio, que fuerza a interrumpir justamente la legítima representación de la pertenencia psíquica a la especie humana? El exterminio de la Shoah reclama de los psicoanalistas un esfuerzo para vencer las resistencias a comprender las huellas y la ofuscación dejadas en el psiquismo. Lo que Freud formuló como la capacidad de recordar para elaborar el sentido perdido en la vivencia traumática.

Es éste un torpe ensayo para traer luz en la oscuridad de unas pasiones materializadas. Freud (1930) en el Malestar en la cultura, ya nos advertía que: «El hombre se ha convertido en una suerte de diosprótesis, por así decir, verdaderamente grandioso cuando se coloca todos sus órganos auxiliares; pero éstos no se han integrado con él, y en ocasiones le dan todavía mucho trabajo.»

Estas prótesis que funcionan como fetiches tapan el sentimiento de pérdida de la integridad psíquica, devolviendo la omnipotencia al sujeto incapaz de soportar un dolor que le vulnera.

1 Es más fácil emular a Dios construyendo un infierno. Cuando los demonios propios son depositados por proyección en el otro extranjero y la cultura refrenda su aniquilación, el sujeto psíquico carece de recursos para mediar con su inconsciente y saber de su lucha con las pulsiones. La capacidad para construir un Superyó moral se sustenta en la prohibición social y en el contrato narcisista que salvaguarda al sujeto, sino nos encontramos ante un Superyó feroz que es puro cultivo de la pulsión de muerte.

Lo traumático se torna obstáculo en la gestación de la matriz psíquica debido a la

ausencia de la función padre, que censure el libre ejercicio pulsional (desligado).

Esta función padre es el fundamento de la imbricación pulsional, porque, al tiempo que prohíbe, autoriza al hijo a hacerse cargo de su propia psicosexualidad y le incentiva a conquistar sus deseos, haciendo las renuncias que conlleva el crecimiento psíquico. Si el sujeto no se siente amparado por el sentido que le da la mirada del adulto frente al desprendimiento primario (despecho), la expresión primaria del afecto en todo o nada no encuentra la forma de integrarse en la articulación del deseo.

La Ley de la función padre establece una prohibición y una frontera en la relación con el hijo. Lo señala como objeto de deseo e introduce el tabú: «¡con tu madre, no! Tú eres pequeño y tu madre me pertenece». Lo que conlleva un anhelo: cuando seas mayor tendrás la capacidad de elegir tu objeto de amor. Los límites protegen el desarrollo libidinal, que, por su carga desorganizativa, precisa barreras que transformen la fuerza pulsional y sean un estímulo para la formación del Superyó. La amenaza de castración que representa la prohibición de la ley del padre se transforma en:

- Represión. Estas fronteras, si no se establecen de un modo protector por una figura de autoridad que ejerza la función de amortiguar, de arbitrar para terciar en el cuerpo a cuerpo, vendrán impuestas por la fuerza de las fracturas traumáticas. Cuando la angustia de castración da cohesión al yo construido por la represión, promueve la renuncia del sujeto al libre ejercicio pulsional y le sirve de alerta-señal para organizar la falta. El Yo del sujeto se va construyendo integrando las renuncias a la satisfacción pulsional gracias a un mecanismo de filtro que llamamos represión. Cuando el Yo puede organizar su inconsciente a través de la represión, éste se manifiesta en un retorno disfrazado, son las mascaras del Yo. El inconsciente reprimido en la vida cotidiana se presenta como lapsus, actos fallidos y sueños, que son la vía regia de acceso al inconsciente. El sueño da cabida a la renuncia al libre ejercicio pulsional. El sujeto que no puede reconocer sus sueños vaga en un estado de cons- ciencia disociada que denominamos alteración del Yo clivado.

Clivaje. El psiquismo expuesto al traumatismo violentador de la pulsión sin amortiguar se vive frente al abismo sin nombre y se defiende con diques, que no filtran, sino que evacuan el sentimiento de indefensión del infantil sujeto. El destino es entonces el portador de una amenaza sin representación simbólica, sino mágica, es el pensamiento mágico.

El poder de lo traumático en lo psíquico está en desligar las representaciones de palabra del inconsciente, perpetuando un inconsciente no reprimido, que se transmite con toda su violencia no mediada a través de actuaciones y de distorsiones de la realidad. Poner palabras significativas sobre esta violencia es levantar y crear puentes entre los abismos silenciados de las fracturas psíquicas, que colapsan las diferencias de generaciones y de sexos. Este colapso se transmite en el legado cultural que sostiene las relaciones interpersonales, que instituye y destituye contenidos

representacionales que vehiculan las pulsiones para construir una realidad compartida. Los adultos desbordados por una excitación no transmitida por los deseos inconscientes construyen una realidad que hereda los excesos inconscientes no integrados por los mecanismos mediadores del Yo.

La herencia cultural transmite de generación en generación una visión del mundo de las relaciones humanas, que no carece de sombras y de puntos ciegos que sellan con el silencio las fracturas por las que se cuelan los procesos irrepresentables. Si lo más extranjero nos habita en el inconsciente, también se aloja en el discurso de la cultura, que nos ciega.

El legado testimonial de los supervivientes busca reconstruir los eslabones representacionales allí donde fueron rotos. Pues es la renegación del pacto social lo que constituye para las víctimas de violencias extremas la caída traumática por la que continúan atemorizados de por vida. El trauma evoca aquello que siendo propio se mantenía alejado como ajeno, perdiendo en esa enajenación el poder integrador del Yo. El reconocimiento del atropello por parte de la instancia legisladora contribuye al esclarecimiento de la verdad del sujeto.

v El siglo xx está marcado por la realización del exterminio industrial de millones de personas y por la extinción del contrato social que significan los crímenes contra la humanidad. La violencia genocida desatada por la cultura nos obliga a un trabajo de pensamiento, en todas las disciplinas que de él se ocupan, sobre las consecuencias de la transmisión a través de la cultura de un desgarro que nos implica en su actualidad.

El sujeto psíquico es producto de la articulación de una historia singular y la violencia de una cultura dominante que pugnan por encontrarse en lo irreconciliable de la vida pulsional. El trauma es lo que se transmite más allá del sujeto del lenguaje, en forma de violencia que permanece actuada en la cultura, porque no puede ser representada simbólicamente. El analista interviene en función de su escucha del inconsciente, amortiguando esta urgencia evacuadora. Es una escucha de procesos silentes, por tanto, no portadores de contenidos representados, son movimientos pulsionales que empujan a la acción, que atacan el pensamiento, que se presentan como urgidos por una necesidad inapelable. Es lo insoportable del desgarro del sustrato social del contrato narcisista del que habla P Aulagnier en «condenado a investir» (Un intérprete en busca de sentido, 1994).

Los testimonios nos transmiten el aniquilamiento de la condición de sujeto psíquico, por la deportación del saber sobre el inconsciente, al que se somete al no-sujeto deportado, porque se rompen los lazos con los semejantes, con el mundo de los hombres.

> Es el desmoronamiento de aquello que asegura a cada uno, a través de su inconsciente, la certeza de la existencia de un pacto entre el hombre y él-mismo, y los otros. Este desfondamiento ha tenido lugar, más allá de nuestras fuerzas empleadas en su denegación: para aquellos que lo han

> vivido y no han sobrevivido y para aquellos que han quedado con vida, y para las generaciones que han nacido después (N. Zaltzman, 1998, pág. 17).

Las representaciones que pueden suturar este abismo del reconocimiento psíquico del Yo y del otro, del sujeto y su objeto, que es otro sujeto, derivan de un trabajo de cultura y un trabajo intrapsíquico del duelo por la integridad narcisista. La suspensión del reconocimiento del funcionamiento psíquico inconsciente, que no está apuntalado en la ley, causa la renegación del sufrimiento mental. En nuestra cultura se extiende el consenso sobre la causación, biológica, genética o cognitiva de la enfermedad mental.

Para inscribirse en el lenguaje y acceder al estatuto de sujeto hablante, hace falta haber sido inscrito en la lengua por el psiquismo de otro. La capacidad de habitar una palabra que dé sentido a un funcionamiento inconsciente introducido por el psiquismo por unos padres que despiertan la psicosexualidad, pasa por la confianza engendrada en un contrato narcisista. Este lenguaje establece una ley, que salvaguarda la posibilidad de identificación que acoge los afectos y su representación en palabras, que significan la responsabilidad psíquica sobre el desvalimiento del origen de la psicosexualidad. El lenguaje simbólico en la cultura es una ley que legitima la pertenencia al funcionamiento mental que rige las relaciones humanas protegiendo, prohibiendo e incorporando en la psicosexualidad unos mecanismos reglados (por el lenguaje), que amortiguan el impacto de unas mociones pulsionales inconscien tes; las que sin representación abocan al anonadamiento. La lengua materna y la cultura que la sostiene y la representa, son garantes de la pertenencia a la especie humana. Esta legitimación ha sido pervertida por una cultura que ha dado lugar al exterminio, vulnerando la inclusión del psiquismo inconsciente en unas relaciones intersubjetivas (intrapsíquicas y sociales), y esto se manifiesta en la clínica de los trastornos traumáticos o la patología del narcisismo. La violencia ejercida y sufrida por unos hombres para con los otros, sostenida por una cultura genocida, tiene un poder trasgresor de las expectativas que engendramos unos en otros.

Nuestro trabajo de cultura tiene que responder frente a esta subversión de la ley que debería preservar las relaciones entre los sujetos, y del lenguaje que la representa. Después de la Shoah debemos repensar los lazos quebrantados entre los lugares (psiquismo inconsciente) en cada sujeto (intrapsíquico) y el conjunto de los hombres (intersubjetivo y social). El trabajo de cultura debe recuperar un lugar para transformar las relaciones inconscientes en producciones sublimadas y no en actos de perversa crueldad, en los que el otro está cosificado y tratado como un objeto de experimentación de las más abyectas pasiones. Recuperar la muerte como propia y no como derecho del más fuerte que se apropia del desvalido.

Como escribió Rilke: «Oh Señor, da a cada quien el don de su propia muerte.» La cultura debe recuperar su lugar de legitimación del derecho a la vida psíquica y de transformación de las pulsiones tanáticas en procesos sublimados, y no legitimar el exterminio y la consiguiente perversión del lenguaje que conlleva. La palabra debe rescatar su función alumbradora para dar a luz una lengua materna del inconsciente.

Volver a dar cabida al inconsciente ligado por las representaciones de la filiación edípica.

Cuando en la cultura se permite la materialización en la realidad de los monstruos (fantasmas) de la razón se rompen las fronteras con el inconsciente reprimido, y el contrato narcisista queda suspendido porque la «amenaza de» muerte toma el timón de las relaciones. La muerte deja de ser una amenaza para actuar como algo dado antes de acceder al pensamiento. La violencia filicida precede al establecimiento de la relación materna primaria. El psiquismo alcanza a diferenciar fantasía de realidad cuando puede examinar las pruebas de la realidad a través de su Yo, que se ha separado por identificación del semejante.

La supervivencia es un triunfo maniaco sobre la aniquilación, una última barrera de pertenencia a la especie humana. Cuando el psi quismo se instala en la primacía del objeto-desecho debido a la anulación de la relación que sostiene el narcisismo, el Yo queda fracturado. «El trabajo de cultura introduce la ley que garantiza el contrato narcisista, en su función de identificación originada ante-objetal» (N. Zaltzman, La resistencia de lo humano, 1999).

El Yo del superviviente se siente tan amenazado por la omnipresencia de la muerte psíquica, que solo alcanza a establecer una coraza antitraumática para fortalecer un Yo no reconocido por un otro.

La violencia que convierte al semejante en un despojo humano, deja sin sentido las leyes vigentes. El impacto que sobre el psiquismo tienen estos desgarros en el tejido social produce un funcionamiento mental de supervivencia. La vida y la muerte no están ligadas a un don que cada sujeto recibe y posee, sino que son una usurpación, una falsa tregua ganada a costa de la muerte de otro. Esta supervivencia la entendemos como un plus de vida ganado a costa del repudio, del borramiento (renegación) de la pérdida de la integridad psíquica. Una vida no legitimada por derecho propio, impropiamente conquistada. El funcionamiento de la supervivencia renegadora es el producto de una herida traumática, que precisa ser curada por el trabajo de un duelo en la cultura y en cada sujeto. Es complicado reencontrar el hilo de la vida psíquica, cuando conocemos que en un campo de concentración alimentaban a los perros con bebés humanos. Lo soportaron todos los que allí moraron y los que hoy moramos en la cultura debemos responder de ello.

El duelo por los genocidios debe ser una tarea sostenida desde la cultura, que tercie en la ciega descarga. El mito de la muerte del padre ocupaba en la cultura un lugar organizador del inconsciente poniendo en juego las pasiones edípicas. La representación por la palabra liga unas pulsiones en lid en la construcción de un espacio psíquico propio y ajeno para, a través de la represión, alzar fronteras que dejen el inconsciente reprimido y sometido a las leyes que censuran el incesto y el parricidio. El fantasma erige en el psiquismo una representación acerca de la muerte del padre, como en Hamlet, que tiene una función amortiguadora de la violencia incestuosa y parricida. Cuando la cultura fracasa debido a su funcionamiento

perversamente omnipotente y atraviesa la frontera para realizar sus fantasmas en actos exterminadores, sepulta junto con los muertos la condición de poder saber de su inconsciente. El arrasamiento de las representaciones del funcionamiento mental, es causa y también la consecuencia de la compulsión repetitiva que, debido a la ruptura del poder mediador de una instancia tercera (cultura), se mantiene en una ciega descarga de una muerte ya realizada. El psiquismo se gesta desde el reconocimiento del otro como objeto, que es otro sujeto del inconsciente. Es un imperativo de la ética que los sujetos tengan salvaguardada la libertad de elección, si la cultura abusa de los excluidos para sostener su poder instala un régimen incestuoso.

La muerte, en el inconsciente Freudiano sometido a la represión no tenía cabida sino como representación de la muerte ajena, y este inconsciente se conduce como inmortal. Tras el exterminio que también atañe a la función representativa, en el inconsciente no reprimido la muerte ocupa el siniestro lugar de una roca de dolor insoportable, cuyo empuje lleva al sujeto a la evacuación repetitiva y fascinante por el goce inconsciente de la desligazón. La elaboración del traumatismo psíquico implica des-construir para superar los mecanismos antitraumáticos, que mantienen la exclusión representativa de la elaboración del duelo. El trabajo del duelo es la recuperación de la singularidad del sujeto psíquico como portador de sus faltas. Este trabajo tiene que estar sostenido por una cultura que responda de sus delitos.

La consecuencia para el psiquismo del derrumbe de la cultura por el perverso uso del poder, deportando a los semejantes convertidos en enemigos eliminables, es la suspensión del contrato narcisista, que debería dar paso a la identificación. La fractura que provoca la cultura genocida incide en la relación especular primera, desde la que se deben diferenciar las identificaciones sexuales postedípicas por el reconocimiento de la alteridad. El legado trasmitido por la pulverización de la función identificante del sepultamiento del complejo de Edipo deja al sujeto en manos de unas pulsiones desligadas. El Edipo en su concepción analítica es la ley que prohíbe la apropiación del cuerpo del hijo por los padres para su goce; es la cultura la que regla esta restricción que censura y distingue los sexos y las generaciones.

La parte escindida en la cultura, heredera de su propio fracaso, incapaz de mediar frente al abuso y la violencia invasora, debe ser rescatada por otra parte que sostiene el saber del inconsciente, que fue deportado, y elaborar su infamia perversa a través del pensamiento de los mecanismos vigentes en la mentalidad de los supervivientes. La cultura analítica busca recrear el objeto de la pulsión desechado por la deportación de su saber, por el peso (carga) que sobre el inconsciente quedó como un lastre, transportando en palabras el horror de ser expulsado del mundo y del sentido.

El trabajo del psicoanalista es recuperar el sentido simbólico de las palabras para dejar pasar el pasado y descargar el presente-futuro de la pesadumbre que nos ensombrece. Es un trabajo de cultura que busca despojar nuestro presente de la melancólica sombra de un pasado no representado y actualizado en la pesadumbre de un funcionamiento maniaco que reniega las pérdidas.

El personaje del mito de Edipo, rey, es un niño exiliado y sometido a la actuación infanticida de sus padres. Esta violencia que rompe desde su origen los lazos de filiación, le aboca a la ciega repetición de un destino de parricidio e incesto, siempre en la frontera del exilio (enigma de la esfinge). Enigma de la psicosexualidad infantil representado en la tragedia por un personaje sin doblez y escindido por la carga de su origen. Edipo en Colona, segunda tragedia, sí representa al personaje monstruosamente doble, el pharmacoe, tal y como lo llamaban los griegos, el chivo expiatorio. Al mismo tiempo es sagrado y maldito, extranjero y hermano, culpable e inocente, nativo y exiliado, poder y debilidad. Esta representación la reencontramos en la clínica de los trastornos narcisistas y nos alumbrará en el caso de Helena: culpable y/o inocente. La atribución de inocencia en el psiquismo se realiza a posteriori para reencontrase con el paraíso siempre perdido de la ausencia de sexualidad.

Edipo encarna en sí mismo como chivo expiatorio de la tragedia todas las contradicciones de ese orden social, parte dentro y parte fuera. Él mismo quiere descifrar el enigma de la esfinge, monstruosa criatura híbrida a la que llamó hombre.

La gran diferencia entre la cultura de la supervivencia y la cultura del mito es que ser Hamlet o Edipo, en el relato, es estar obligados en la representación a un destino funesto de actuación del asesinato ya perpetrado en el origen. Derivar las pasiones en el juego de la representación es desde sus cimientos diferente, como Freud en su día nos mostró. Sentirse identificado en la representación de la tragedia es la función de una cultura donde el mito consigue organizar un espacio para la palabra entre la muerte y el objeto, con el cual en su representación se identifica.

Fundar la vida psíquica en las representaciones ligadas a unas pulsiones que en el inconsciente reprimido buscan satisfacer el incesto y el parricidio y que pugnan por abrirse un camino en la cultura, es radicalmente opuesto a sucumbir a una muerte irrepresentable que arrastra a una vida en permanente huida porque la condena de muerte pesa sobre su destino. Reemplazar a los muertos es estar con ellos medio muertos, sin poder transformar en legado nuestra pro pia vida usurpada de la de aquéllos; no legitimada porque se erige sobre cadáveres sin sepultura. ¿Tiene sentido escuchar las voces mutiladas para su transmisión simbólica? Adquirir como propia la herencia revivida, y no ser un resucitado, requiere una muerte simbólica del padre. Es darse un sentido propio y despojarse de la enajenante suerte del superviviente. Apropiarse de la rabia por esta pérdida de significado, para darle cabida representativa en el espacio psíquico subjetivo.

La tarea propuesta tiene el sentido de recuperar a través del trabajo del duelo en la cultura la esperanza de devolver a la vida psíquica su legitimidad y de portar el saber sobre el inconsciente a su lugar de represión y de ligazón con el objeto y el lenguaje.

T. Borowski, superviviente de los campos de exterminio da testimonio de la vigencia de nuestra zozobra, en su libro cuyo significativo título es Nuestro hogar es Auschwitz. «¿Crees que sin la esperanza en que un día se restablezcan los derechos

del hombre podríamos aguantar un solo día en el campo? Es precisamente esta esperanza lo que hace que la gente se resigne a ir a la cámara de gas, lo que les impide rebelarse, lo que les sumerge en la inercia.»

Fundar esa esperanza en un trabajo de duelo es desvelar la falacie de la ilusoria esperanza de rescatar el paraíso perdido. Reconocer la pérdida y el poder de las pulsiones en el funcionamiento psíquico. El concepto psicoanalítico de objeto es el de lo encontrado por oposición a lo perdido y creado por oposición a lo percibido.

La mentalidad de supervivencia es la manifestación de un funcionamiento sobre los restos del naufragio de la cultura. Es así como el arte representa, a través de esculturas (Menashe Kadishman) y películas como Shoah de Claude Lanzmann, que nuestros pasos están encaminados a mantener acallados los cuerpos sin sepultura sobre los que andamos. Estas obras intentan dar voz, representación a lo que el exterminio quiso borrar. Los destinados a seguir siendo supervivientes son los que actúan en el presente una ausencia irrepresentable, cuyo insoportable dolor no construye un recuerdo sino una actualización, a través de actos o de puntos ciegos en la percepción y en la construcción de la realidad. Sin embargo, los que cuestionan como supervivientes la condición de su quebranto son un estorbo, el resto que quedó de las ruinas dejadas por la violencia, que dinamitó las relaciones humanas legitimadas por el lenguaje simbólico. «Los hijos de los supervivientes del abatimiento de los procesos psíquicos identificantes no saben qué es lo que produce en ellos una violencia que ignora su objeto» (Altounian, 2002).

¿Qué significa la deportación del saber inconsciente?

Comprender el exterminio no es sólo conocer el Holocausto, sino adquirir una visión nueva de lo que significa «no conocer», asir el modo en que la aniquilación es parte integrante de nuestro funcionamiento mental y de nuestra historia. Es acercarnos al significado del exterminio para el funcionamiento mental y para la cultura.

El significado de la deportación es múltiple asílcomo su causalidad psíquica. Pensar la deportación nos permite resignificar la violencia enajenante que transporta al sujeto al estado de objeto desecho. La deportación significa que es extraíble la condición de sujeto psíquico y que no hay ley que prohíba ejecutar al otro y hacer que los padres y los hijos renieguen de sus lazos y se aniquilen. Para deportar al semejante hay que derrumbar los vínculos psíquicos inconscientes. Esta fractura significa renegar del sufrimiento humano y expulsarlo a un territorio no psíquico, donde quedan abolidas las leyes de filiación que separan las generaciones, para generar supervivientes. Es un concepto extraído del libro de Anne-Lise Stern, Le savoir deporté (El saber deportado).

El dolor de haber sido abandonado por el resto del mundo no se atenúa, si no es a través del trabajo de la cultura que se rescate desde los restos del exterminio.

Esta falta de respaldo de los otros es una herida irreversible para el superviviente, que sigue presente en el psiquismo, como un escollo radical para los procesos de identificación.

Esta herida significa el hundimiento de la creencia legítima en un pacto identificatorio, porque no hay ley que proteja al desvalido del asesinato, al desamparado del abuso. El trabajo de cultura, en nuestro campo psicoanalítico, puede aliviar algo esta herida, restableciendo los lazos simbólicos que anuden el contrato narcisista, tejiendo con palabras ligadas al inconsciente puentes que amortigüen los mecanismos antitraumáticos, la renegación y la escisión. Reconocemos en los textos de los supervivientes los eslabones perdidos en la confianza del respaldo de la cultura. El sujeto vulnerado por este extravío que le lleva fuera del mundo psíquico y físico, siente la vida como una moratoria, pues la amenaza del terror del exterminio queda fijada en su psique. Este narcisismo herido se restaura dándole cabida en el inconsciente reprimido, como consecuencia de la organización edípica de la filiación. Cuando estos lazos psíquicos quedan rotos el apuntalamiento social por el respaldo del contrato narcisista es imprescindible, para recuperar la dimensión intrapsíquica de la fuerza pulsional. El sujeto psíquico precisa el reconocimiento de la función padre que esta ligada a la función madre para la instauración de un narcisismo, que albergue la inerradicable tensión pulsional.

La repetición de los crímenes contra la humanidad, es la herencia dejada en la cultura que nos empuja a pensar lo humano a través de lo inhumano. Pensar los genocidios es buscar en esta violencia del lenguaje su punto de transformación (sublimación) que será nuestra esperanza. Pensar la división entre víctimas y verdugos es introducir una ley con la cultura que tercie en esa relación de atropello. La intención del trabajo de cultura no es borrar las diferencias entre los genocidios y nuestra cultura actual, sino tratar de comprenderlos restableciendo los enlaces entre el pasado y los restos que permanecen presentes. El acercamiento comparativo a los genocidios se expone a una mirada de reproche por la sospecha de banalizar y de amalgamar las diferencias irreductibles. Es preciso pensar con justa distancia este resto irreducible para que su exceso perverso no siga imposibilitando su representación. La deportación del saber del inconsciente se mantiene en la desligazón de lo que representa la aniquilación consentida por la cultura. Podemos pensar este transporte del psiquismo como un secuestro del afecto y la representación, que se mantienen como amenaza de un destino funesto. A la célebre frase (hoy cacareada) de que «los pueblos que no conocen su historia están condenados a repetirla» (Santayana) hay que añadirle que reconocerse en ella es saberse ligado a esta repetición.

En la lectura del legado testimonial de los supervivientes hemos encontrado su deseo de ser escuchados, y de interpelar al trabajo de cultura para restablecer una ley que impida su repetición. Podemos considerar estos testimonios como una forma de llevar a cabo este trabajo, que ofrece un espacio intermedio entre el individuo y la historia, entre el sujeto y la sociedad. Este espacio es el de la intersubjetividad, categoría de la realidad psíquica que el genocidio ha arruinado. Una obra como Los

hundidos y los salvados de Primo Levi (1986) articula Historia y memoria personal en un relato de tipo inclasificable, fundado en un ida y vuelta entre el sujeto psíquico y lo que le rodea. Para devolver el sentido al espacio psíquico que intentaron quemar en los hornos, los supervivientes rescatan de su memoria del horror las palabras que quisieron arrancarles.

El látigo predilecto de los sistemas totalitarios es destruir la idea de pacto intersubjetivo. Hacer que las madres maten a sus hijos, los esposos a sus mujeres, los hijos roben el pan a los padres, para así corromper los lazos de filiación, para arruinar todo sentimiento de le gitimidad psíquica. Los crímenes contra la humanidad nos muestran el paso al acto del hombre debido al odio causado por su indefensión y lo convierten en poder vengativo.

Devolver al saber sobre el inconsciente el lugar de un legado que legitima nuestra escucha del sufrimiento psíquico es nuestra deuda con los supervivientes: responder y representar el desgarro traumático que la cultura sostiene. Representar esta herida es ejercer una violencia frente a la resistencia que provoca, en los supervivientes directos y sus descendientes, la vergüenza por haber sucumbido al despojamiento extremo. Recoger el testigo de este sufrimiento vivido y ponerle palabras es una trasgresión, frente al silenciamiento que la aniquilación impone también en su transmisión. Introducir una mirada, una palabra, un espacio transicional que abra esa relación impensable del verdugo con su víctima, es transgredir la ley del silencio que nos hace cómplices. El silencio no ligado a la palabra sino al desprendimiento por la desfalleciente actividad representacional está compensado por un sobreinvestimiento de lo actual, de lo más inmediatamente ligado a lo real. «La realidad es esto». Es apelar al «absolutismo de la realidad» como argumento exculpatorio de toda responsabilidad social e individual sobre el funcionamiento psíquico. El poder de la realidad se transforma en inapelable y las palabras en argumentos retóricos inservibles.

El funcionamiento psíquico «en supervivencia» es la consecuencia de la transmisión de esa relación opresora; el que físicamente ha sobrevivido no se siente legitimado para tener su propia vida mental sino subordinado a los muertos a los que debe la vida.

El sentido de este trabajo es interrogarnos acerca de la medidas que precisa el desarrollo cultural para lograr mediar en la perturbación que aporta a la vida común la humana pulsión de muerte.

Dice David le Breton en El silencio, aproximaciones:

> El silencio impuesto por la violencia suspende los significados, rompe el vínculo social. El silencio y la palabra se enlazan como el significado y su falta, como la representación de palabra y la cosa y su eslabón es la castración.

> La enseñanza implica una relación con el mundo, una actitud moral más que una colección de verdades inmutables. El objetivo no es la adquisición de una gran cantidad de saber, sino adiestrarse en el saber ser. La única verdad es singular y es decisivo que cada hombre acceda por sí mismo a su conquista.

Por todo ello, damos la palabra a la clínica de los pacientes que sufren por un trauma psíquico.

IV

Objetivos

La hipótesis que subyace en este trabajo es la siguiente: la construcción del espacio psíquico se genera mediante la circulación de los movimientos pulsionales desde el individuo a la sociedad, que van retroalimentándose y precisan de una ley simbólica para salvaguardar las diferencias y la fragilidad de los más vulnerables. Este amparo social se resquebraja, cuando la autoridad paterna no se ejerce como ley que censura la apropiación del otro indefenso para utilizarle como objeto de satisfacción pulsional. Las consecuencias en el psiquismo de este atropello traumático son la fragilidad narcisista, el insoportable dolor asociado a pensar el abuso y la imperiosa necesidad de evacuarlo.

Sobre la base de lo anteriormente expuesto, nos hemos planteado para el desarrollo del presente trabajo los siguientes objetivos para pensar el lugar del psicoanalista en la cura y en la cultura de transmisión del trauma psíquico entre las generaciones individualmente, a través de la relación intrapsíquica e intersubjetiva, y en lo colectivo, a través de mitos culturales que sostienen prohibiciones y tabúes.

Tratar de mostrar cómo podemos albergar los traumatismos desligadores del pensamiento a través de puentes representacionales que den forma a los puntos ciegos de descarga, aún vigentes, ya que el giro de la teoría freudiana de las pulsiones de vida y de muerte nos obliga a escuchar más allá del principio del placer.

Investigar cómo se transmiten las heridas narcisistas entre generaciones, qué tipo de legado se impone a través de exigencias de gratificación de viejas carencias.

Renovar el compromiso ético del psicoanálisis con la sociedad, por su responsabilidad frente a los abusos a los que nos lleva el funcionamiento pulsional.

Representar el saber del inconsciente en la cultura, el saber que no sabe y del que no se quiere saber. Para que el sujeto traumatizado desempeñe su libido de la repetición fanática, el psicoanalista debe ejercer su responsabilidad para con la cultura, y desentrañar el juego de las identidades de pertenencia que encubren privilegios de excepción frente a la ley.

El último descubrimiento freudiano de los obstáculos al proceso analítico, entre los que se hallan la fuerza de la desligazón de la pulsión de muerte y la desautorización de la feminidad, nos conduce a pensar en el marco que preserva la elaboración psíquica de los duelos inherentes a la dinámica pulsional.

V

Los obstáculos traumáticos en la clínica (trastornos narcisistas)

El método elegido en la clínica psicoanalítica es la escucha del contenido latente encubierto por lo manifiesto de la relación transferencial con el terapeuta. De este modo se introducen en el proceso terapéutico los elementos traumáticos descargados en la relación. El trabajo analítico hace posible la elaboración de cambios psíquicos a través de la interpretación de las identificaciones en la transferencia.

La transferencia designa el traspaso de los deseos inconscientes que se actualizan con los objetos depositados en la relación. Aquella repite el modelo de las relaciones infantiles y busca imponer el retorno de la satisfacción de los deseos reprimidos y la descarga de los renegados.

La etiología del síntoma muestra que el sujeto sufre por lo que desea en el inconsciente. El Yo fabrica el síntoma neurótico para dar cabida al retorno de lo reprimido. De otro modo funciona la clínica del clivaje y la renegación, pues son mecanismos psíquicos que rompen las fronteras del Yo y el principio de realidad-principio del placer.

Estas manifestaciones clínicas del más allá del principio del placer se materializan en actuaciones y en somatizaciones que sostienen una neorrealidad construida por la renegación.

A través de la interpretación, el psicoanalista trata de ligar estos dos modos de funcionamiento: el retorno de lo reprimido que construye el Yo, y el traumático que lo escinde. El abordaje de las gratificaciones desligadas de los procesos traumáticos reabre, en la relación con el terapeuta, la vía para representarse aquellas cantidades de excitación que habían quedado sometidas a una descarga repetitiva, de for ma que se pueda llevar esa energía a alguna posibilidad de representación. Así se facilita por medio de derivaciones y desplazamientos una satisfacción alternativa, que crea psiquismo en lugar de empobrecerlo. La interpretación de la transferencia recrea una circulación del inconsciente, ligando con asociaciones de palabras las mociones pulsionales del ello que no estaban representadas. En el análisis la descarga se materializa en la actualidad de la relación y su repetición se elabora con la interpretación de la transferencia para dar vida a la nueva matriz psíquica. Esta es la función traumatolítica que limita el goce que procura el síntoma, se lleva a cabo a través de la interpretación en las actuaciones, alucinaciones, somatizaciones y sueños traumáticos.

El material elegido de tres pacientes mujeres me permite abordar aspectos singulares de la transmisión del trauma psíquico en la relación madre-hija. El enfoque clínico subraya la especificidad del trabajo analítico con el inconsciente, que depende

de la relación transferencial y los caminos libidinales que recorre el sujeto en busca de los objetos de la satisfacción. En la transferencia se reeditan las relaciones de objeto que han ido gestando la matriz de cada sujeto psíquico.

Al mismo tiempo, la reflexión metapsicológica de la elaboración del material clínico nos exige pensar el lugar del psicoanalista frente a la deriva cultural y los mitos en los que se inscribe nuestra práctica. La singularidad y la idiosincrasia de cada proceso terapéutico se articulan con la universalidad de un tiempo en el que pesa una historia con sus parámetros condicionantes del funcionamiento mental. La transferencia tiene una derivación hacia el mundo cultural, que conforma el entramado psíquico y una transferencia en la teoría psicoanalítica que nos permite formular la interpretación. El marco del encuentro analítico pone de relieve los limites para escuchar en el proceso los distintos niveles de interacción intrapsíquico, intersubjetivo y cultural.

Del material presentado extraemos conclusiones sobre el modo de transmisión de los traumas psíquicos y sus consecuencias en las identificaciones femeninas y en la maternidad. La feminidad se construye en la relación entre los distintos sexos y está ligada a los fantasmas que dan forma a la pasividad, recepción y contención; que ponen en escena la complementariedad y la oposición entre los sexos. La maternidad se juega en la elaboración del desprendimiento por pérdida de una parte, tanto de uno mismo como del objeto, la posibilidad de hacer un duelo.

Los casos elegidos muestran una dimensión traumática en la génesis de las identificaciones femeninas por un duelo no elaborado en la relación madre-hija que se manifiesta en los vínculos de pareja, los que mantiene con su propia sexualidad y en las relaciones que establecen estas pacientes. Esta perturbación traumática obstaculiza la génesis de identificaciones femeninas cargadas de ataques al interior de la mujer por el odio, proyectado y desviado a la relación con el hombre. La representación de la maternidad está sometida a la evacuación, por la excitación no integrada en representaciones de la relación con la madre. Cuando los fantasmas que surgen del sentimiento de desamparo, encuentran una representación de la ausencia, recuperan el amparo psíquico. En esta encrucijada se representa la maternidad como punto de encuentro de las generaciones y del choque de las diferencias. La identificación femenina ensambla esta doble vertiente como hija y como mujer que desea (o no) ser (como) madre y que desea al otro sexo. El deseo de tener un hijo se puede confundir con ser el hijo que completa a la madre y la resarce de sus privaciones. La cultura también sostiene su modelo ambiguo de maternidad por su doble moral, que por un lado la entroniza y por el otro la penaliza. Hoy día las representaciones ligadas a la gestación de un espacio psíquico que engendre pensamiento individual están bajo sospecha por desconfianza, por el peligro que engendra sostener un espacio psíquico singular.

Espero acercarme a la comprensión de estos mecanismos traumáticos a través del material clínico, que habla de un apego manifiesto a la madre, pero esconde en lo latente, y también es de ello indicio la evacuación traumática, un ataque por el

desamparo vivido, en la capacidad de escenificar las identificaciones femeninas.

El ensalzamiento del amor incondicional de la madre en la cultura, como si se tratara de algo natural, desnaturaliza la sexualidad de la mujer y disfraza el rencor a la madre condicionada por sus pulsiones. En el origen del ataque a la matriz del psiquismo hallamos el odio a la madre, que no impide el desamparo, y se revierte en reclamo de salvación omnipotente.

Helena

En la adolescencia se abren las heridas que no se pueden pensar.

Helena se presenta como profesional de la salud conocedora de: «que lo tiene todo hecho en la vida», que ha sucumbido a todo tipo de abusos y sabe que no puede esperar nada distinto del porvenir. Su identidad de víctima, que es un escudo protector, violenta la relación analítica, intenta imponer su destino funesto desde el inicio, mostrando que es más fuerte que todo conato de cambio. Esta violencia se desprende del goce exhibicionista con el que muestra su desmedida carga de sufrimientos. El terapeuta queda colocado como voyeur, forzado a tomar partido, para designar al culpable. Esta partición, que reparte los papeles de víctima y verdugo, es su forma de excluir otro modo de escuchar su sufrimiento, porque le hace sentirse fuera del juego de sus defensas: tú o yo. Helena teme desgarrarse, como ya le ocurrió, en un pasado que no pasa y mantiene su vigencia.

Su terrible historia le sirve de contención. La angustia desborda su capacidad de elaboración mental y le induce a peligrosas actuaciones. Estas, además de provocar agresiones, cortocircuitan su funcionamiento, entregándose así a la usurpación de sus recursos mentales. La mujer de veinticuatro años que emprendió este análisis vivía presa de un relato que se había contado infinidad de veces, para dominar su terror interno.

Ella anhela un regreso (a la inocencia infantil), tejiendo y destejiendo esta red que es su fatídico sino, mientras el dolor de la espera queda silenciado. Silencio como muestra de duelo y silenciamiento de las palabras por su impotencia para curar.

Helena se ofrece al análisis con un desafío. Reta a su analista: ¿Comprenderán que se perdía algo de ella en cada repetición, y cómo, repitiendo, su vida cobraba valor? Tendremos que hallar las conexiones negadas entre los hechos que ella quiere «causales», y el sentido interno de los fragmentos en los que la paciente se buscaba. ¿A quién espera Helena para que la rescate? Es la pregunta que me hago desde la contra-transferencia.

Este es su relato:

> Llevo mucho tiempo mal, desde los diecisiete años que me encontraba gorda y no salía de casa. Fue cuando estudiaba COU y perdí el curso. Sólo

iba al colegio, porque no me quedaba más remedio. Estuve dos meses sin salir de casa, pensaba que era un monstruo. Hasta entonces había sido muy buena estudiante.

En mi casa estaba con bulimia; todo el día comiendo, sobre todo dulces. Mis padres salían mucho y mi madre cerraba los dulces en un armario. Me llevaron al médico de cabecera, un incompetente, que me dijo: «Qué le pasa a esta niña tan mona? Con diecinueve años, ¡qué problemas vas a tener!» Se rió de mí.

Me llevaron a un psiquiatra que me mandó antidepresivos, y dijo que lo que me pasaba eran obsesiones; era del hospital mili tar. Cuando se me pasó lo de las obsesiones me violaron, y me quedé embarazada y tuve que abortar. ¡Me tenía que tocar a mí! (Expresión reiterada) Empecé Medicina y eso me salvó. Yo, como siempre, ¡con tan buena suerte (destino)!, me senté con el grupo de la uni con más mala uva y me las hicieron pasar putas.

Para mí los viernes eran un calvario. En la universidad tenía fama de empollona. Cuando me pusieron la banda de honor de mi promoción, el Dr. Honoris me dijo: «¡qué empollona!», en vez de darme la enhorabuena. ¡Me sentó a cuerno quemao!

Luego empecé a trabajar en el mismo sitio donde había estudiado y me dio un síncope. Ya me habían dado otros, siempre por la noche. Me despertaba con mucha sed. Cuando iba al baño, era beber agua... ¡y al suelo! ¡A hacer puñetas! Entonces, el especialista con el que trabajaba me hizo un estudio para conocer el origen orgánico de las pérdidas de conciencia. No encontraron nada: síncopes vaso-vagales. Le conté toda mi historia a mi jefe; pensaba que me podría ayudar. Me mandó a una psicóloga amiga suya que no hablaba nada. Creo que era lacaniana y, cuando decía dos palabras, si no le gustaba, me echaba. Luego hablaba con mi jefe, y le decía que estaba mal y que tenía que continuar yendo. Yo le decía que no quería seguir yendo. No me hablaba nada. Me metí un montón de pastillas en la boca y luego las escupí. Mientras tanto fui a ver al Dr. Maestro. Había sido mi profesor de psiquiatría en la uni y me gustaban sus clases. Me mandó un antidepresivo.

El Dr. Maestro vino una vez a ver a un enfermo a la planta donde yo trabajaba, y me preguntó que qué había hecho con mi pelo. «Cuándo va a consultar?» Antes en la uni tenía el pelo muy largo y, como se caía mucho, me lo corté. Creí que él se había dado cuenta de que algo iba mal.

Después del verano empecé a salir con un chico, un médico del hospital, pero me fue mal... como siempre. Me tomé un bote entero de tranquilizantes y me ingresaron en el hospital. Estuve una semana ingresada y no me enteré de nada. Como no lo tenga todo controlado me descontrolo yo sola. Me atendió el Dr. Maestro y me dijo que viniera a su consulta.

Su abigarrada historia había empezado hacía tiempo. Y allí me sentía yo como si mi presencia no resultara sensible, para introducir una novedad que era aplastada por la fuerza de una familiaridad engullidora.

v Ella partió, no sin haber acordado un próximo encuentro, para continuar... o tratar de iniciar otra «historia». ¿Quién era ella?

Quedé anonadada bajo el peso de los acontecimientos y busqué, detrás de la carga de los eventos, un signo, una señal de su presencia, detrás de tantos otros, muchos personajes médicos. No en vano ella se presentó como sanadora, y así me sentía yo tras su ausencia, buscando a la enferma que no había venido a la consulta. Ella, que era todo destino, fuerza de los acontecimientos, me dejaba a mí inquieta por una niña herida que había entrado con el sigilo de una proyección exitosa, enmascarada así por el triunfo de una identificación con el agresor. Con esa su negra suerte, que ella enarbolaba. ¡Qué cúmulo de cosas le habían pasado! Esclava de la cantidad y bella en su indiferencia, me reclamaba una mirada admirativa y, sin embargo, escrutadora: «¿Me ve?» «¿Se siente mirada?»

En nuestro segundo encuentro me presentó a su «otra familia». Ella era la primogénita. Su padre y su madre vivían «jubilados» en la casa, jóvenes aún para su pronto retiro; su único hermano, once meses menor, vivía en otra ciudad, ejerciendo la científica profesión paterna.

A mi pregunta: «¿vive sola con sus padres?», contesta que siempre habían sido más. Con ella no empezó ni terminó nada... Sus padres vivían con el abuelo materno, que era abominable, y un tío materno que era encantador, aunque era un síndrome de Down. Su abuelo había muerto hacía un año o dos, no lo sabía precisar, ya que hasta entonces le había hecho la vida imposible y le detestaba. «Mi tío es un cielo, le quiero muchísimo. Se vale por sí solo. ¡Es como yo, muy perfeccionista! Yo creo que le he querido más que a mi madre.»

Asisto al despuntar de un Yo que se dice identificado a un tío materno incapaz, y con el que se vive en rivalidad materna. Es también un Yo en contraposición a otro, igualmente rival, que porta toda la carga de la violencia, ¿de la seducción? «Mi abuelo era un cerdo repugnante que siempre ha hecho lo que ha querido con mi madre.»

Áhora ya tiene nombre: Helena, que desencadenó una gran guerra mítica. Y aún hay más...: descubro una niña.

> Para mi padre, de pequeña era un ídolo. Ahora me pone negra, siento rechazo hacia él. Muchas veces cuando me da un beso, digo que sí le quiero por pena. A mi padre le pasa lo que a mí por él, que a veces me trata mal en casa, y en la calle soy su niña bonita. Yo creo que a mi madre la quiero mucho, y que sin ella sería una piltrafa. Yo a mi madre siempre le he reprochado que es muy fría.

Hay un cruce de caminos: la niña siempre despierta, vigilante, que no reposa, fijada como ídolo-tótem, acecha impidiendo el paso a la mujer que ha quedado sitiada. Está atrapada por un destino que la precede, su madre quedó presa de su propio padre y ella no quiere re petir la historia, ¿Puede Helena elegir? ¿Permanecerá desanudada su sexualidad, entre los ataques a la mujer y la idílica inocencia de la majestuosa pequeña?

El conflicto edípico muestra múltiples versiones alimentadas por la confusión de sexos y generaciones. El hermano que con tanta premura le reclamó su lugar no aparece en la escena. La rivalidad está desplazada al abuelo y transformada en su contrario con el tío, al que cuida como si fuera su hijo.

Ella reitera: «¡Soy indeseable, es mi sino!», deja su elección en manos de aquellos culpables de su deseo, que le parece impuesto, y queda desatado por el goce del funesto destino.

En el trabajo se siente acorralada por su jefe, que le hace la vida imposible. Dr. Feroz conoce toda «su historia», pues Helena le puso en antecedentes. Pensaba que él podría ayudarla. Piensa en denunciarle por abuso de... autoridad (sexual). «Lo que hace conmigo tiene un nombre, se llama "acoso sexual". Se mete en mi vida, me hace preguntas personales, y usa lo que sabe de mis problemas para atacarme. Le dijo al Dr. Maestro que me diera de baja, porque él no quería que estuviera trabajando en estas condiciones...»

Teme que usen su debilidad para descalificarla, pero... ¡El Dr. Feroz y el Dr. Maestro conversan tanto acerca de ella!, rivalizan o confraternizan en sus desvelos. Helena vive su derivación a mí como un triunfo sobre ellos, y como un rechazo edípico, pues viven sometidos a sus actuaciones seductoras: síncopes, hiperventilación, descontrol impulsivo, ingesta de sus medicamentos..., en una orgía repetida de violencia familiar, lo que también le hace sentirse rechazada.

«No es la primera vez.» ¿Hubo alguna primera vez? A la edad de trece o catorce años un viejo familiar la perseguía por el pueblo durante las vacaciones con ánimos lascivos. Después de un tiempo de excitante escondite, se confesó a sus padres, quiénes la hicieron callar, aduciendo el temor a provocar un escándalo en la familia. Años después ocurrió en Madrid. Iba a los «Boy Scouts» y entró en unos grandes almacenes. Buscaba la música de moda.

> Todavía me acuerdo que me encantaban. Un chico joven me dijo que, si me gustaban Los Secretos, él me podía regalar un montón de discos, que los tenía en el coche, si le acompañaba serían para mí. ¡A mí me hacían tanta ilusión los discos! Cuando salimos me metió en un callejón y se puso a meterme mano. Me tapó la boca con la mano e hizo conmigo lo que quiso. ¡Qué asco! No dije nada a nadie.

Un silencio cómplice, con el que se siente despojada de una palabra que hable de

su propia sexualidad, y que permite señalar a los culpables del acoso, de los abusos que inauguran su despertar sexual.

Es una advertencia al inicio de la relación terapéutica, ¿el silencio, qué lugar ocupa? y ¿las palabras para qué sirven?

Todas las personas a quienes se confía se vuelven crueles, y usan sus palabras para acosarla, taparle la boca... ¿Puede Helena rescatar a esta niña que quedó sepultada tras los atropellos recobrar el sentido de sus palabras para hablar de sus pérdidas?

Ella se presenta con un aspecto pulcramente acabado. Tarda un tiempo precioso en arreglarse, pero su cuerpo está golpeado, dañado. Su dolor clama por otro dolor que acalle aquel recuerdo. No se va a dejar ver, porque no puede verse, y necesita mi mirada para esconderse por la ceguera que le procura la compulsión a la repetición.

En nuestro tercer encuentro aparece toda la fuerza de la violencia sufrida, y buscada para satisfacer el privilegio de ocupar un lugar único, centro de una pasión que la descentra, que le captura su espacio propio. Es la heroica superviviente a todos los abusos, como su madre. «Mi madre tenía que atendernos a todos. Mi abuelo era un chulo; dejó de trabajar para que le mantuviera su hija. Mi madre nunca dijo ni una palabra.»

Ítabla de su abuelo como dé un hombre intratable, al que nadie quería tener cerca..., y que sólo su madre ha atendido. Mi escucha centrada en mi deseo de tratarla, y, por tanto, descentrada de su deseo hacia el padre, me lleva a preguntarme: ¿podremos tratar de entender que no esta representado? ¿Qué significado tienen sus «identificaciones contra» de las surge gustosa y triunfante en sus actuaciones-acusaciones?

Ella se detiene a pintarme con gran profusión de colores el retrato de un abuelo repelente. Es un dibujo muy personal, ¿un autorretrato? Es el espejo en el que busca verse como la madre, tan cargada con hombres. Insiste con entusiasmo: voraz, sucio, colérico, déspota, chulo, desconsiderado, vago... ¡En fin, lo tiene todo! Si no, no se detendría en este placer colorista de poner en ese cuadro todo lo detestable. No deja de reconocerse, para que yo pueda reconocerla en ese intenso gusto en hallar en él, «sí, es él», el único culpable. Liquidándole..., todo habría terminado. ¿Quién ha creado al monstruo? ¡Y aún no puede recordar cuándo dejó de vivir en él!

> Mi abuelo siempre vivió con nosotros. Mi madre le cuidaba. Tenía obsesión con la comida. A veces me dice mi padre que me parezco a él. Yo me llevaba fatal con él. Si nos dejaban solos discutíamos y hasta nos pegábamos. Al final decían que estaba de menciado, pero yo no sé si se lo hacía. Se escapaba de casa y no volvía. Dos veces tuvimos que llamar a la policía. Se comía bocadillos de las papeleras. Se fumaba las colillas del suelo, aunque siempre llevaba un paquete de tabaco en el bolsillo. No hablaba, sólo gruñía. Dormía con mi tío, y hasta mi tío decía que el viejo era

un juarro (sic). Se echaba pedos y eructos, y olía fatal. Nunca se lavaba. A mi hermano le respetaba más.

Mi madre no decía nada. Al final murió en un hospital. Muy extraño, porque decían que le iban a dar el alta, que ya estaba bien..., y ese día nos llamaron diciendo que se había muerto. Mi madre se tuvo que ir al final a vivir con él al pueblo, porque aquí no se le podía tener.

Yo en mi casa me aíslo mucho. Con mis padres no tengo confianza; a mi madre nunca le he contado nada, porque es de estas personas que no te contesta nada. Si he tenido que comprar algo lo he hecho yo sola, porque, si le preguntas a ella, te dice que lo que a ti te parezca.

Mis padres salen mucho y yo me encierro en mi habitación y no hago nada: mirar las musarañas, darle vueltas al coco, pasar de una cosa a otra...

Pienso en el chico éste con el que salí y luego se rompió. Me decía que yo era una desconfiada. Un día le dije que al principio creía que estaba conmigo por pasar el tiempo, porque no tenía nada mejor que hacer. Me dijo: «Con eso te has sentenciado.» Era un médico del hospital que había salido antes con otra chica, también médico de allí, durante dos años. Y me dijo que sí que tenía cosas más importantes que hacer, como por ejemplo arreglar su relación anterior, que para él era muy importante.

Cuando mi amiga se enfadó conmigo, le llamé para contárselo, y me contestó que todas éramos iguales, que echábamos la culpa de nuestros fracasos a los otros. (Se dibuja una sonrisa de complicidad e indiferencia en su rostro; toda una invitación.)

Cuando me violaron no me atrevía a decírselo a mis padres. Se lo dije a mis amigas, porque el chico era amigo suyo, y me dijeron que no dijera nada. Yo se lo dije a los padres de mi amiga, y ellos se lo dijeron a mis padres, para que no me regañaran. Fueron a buscar a su hija al bar y le pegaron una torta delante de todo el mundo. Mi padre me dijo que pusiera por escrito todo lo que había ocurrido, para poder ir a los tribunales. Yo sabía dónde encontrar al chico, y mi padre me dijo que iba a ir a por él. Pero luego no hizo nada. Pensó que se iba a buscar la ruina.

Silencio. Una oscura historia, negra versión de la novela familiar, donde la acción había cobrado carta de presentación, allí donde algo callaba. El silencio del padre que no reclama su lugar.

La sentencia procurada como destino silenciaba una culpa lejana, por un delito cometido que a cada paso se transformaba en un atropello al que sucumbía. ¿Qué tipo de silencio era el de la madre que sentía que no le concedía una palabra de amor? Callaba.

En la transferencia la mujer-niña destronada me desafiaba. Y yo, queriendo ya desde antes de saberlo cuidar de la pequeña, me sentía desdoblada. Porque, no queriendo ser Mr. Hyde, ¿podía ser sólo el Dr. Jekyll? Tendríamos que vernos todas las caras y la inquietante extrañeza hacerse cara a nuestro trabajo para desentrañar su sexualidad manchada por el allanamiento devastador de su habla coprolálica. Instaladas en la regresión anal-oral re-emprenderíamos la conquista de la niña sitiada (fecalizada).

El carácter histérico de Helena es una fortaleza de difícil acceso, fuera de la penetrante necesidad de hacerse azotar. El padre nada tiene que decir para contener la fuerza invasora de un rival depredador e invicto. La madre, calladamente, complace a sus hombres sin nombrarse mujer, viviendo como hija-hermana-madre (todopoderosa). Allí donde se oculta la mujer, Helena encuentra ya un hombre indigno, incapaz, como uno repudiable por su sentimiento de impotencia. ¿Helena de quién era? ¿Para quién era ella mujer? El asedio había sido construido con los mecanismos de una fobia (agorafobia), que se quebraba en crisis de,angustia (neurosis actual), y las defensas de su carácter histérico. Este se compensaba con entregas conversivas y actuaciones, que le procuraban el placer del dominio, y la representación de todos los participantes de la escena primaria.

Iba a escasearnos el alimento, por la voracidad despertada en la relación por el anhelo de amor exclusivo. ¡Qué momentos de desfallecimiento sin nombres sentiríamos cerca de ese agujero insondable de un amor a muerte, de la nostalgia por el deseo materno! Había algo que se escabullía (el hermano) en este drama tan claro, ¡de una claridad cegadora! Ella, la víctima de los estragos, imponía el guión que anulaba los nexos y el lazo con el padre. Esta es la fuerza que ejerce sobre su analista para no ver, al padre, repitiendo en la transferencia la ceguera ante la función paterna. Para no aceptar la ley que separa a la víctima de su verdugo. Víctima en su propio deseo, ella era la niña herida, cuyo goce escondía la penetración violenta de la mujer amada. Identificada con el abuelo materno (identificación con el agresor) escenificaba la posesión de la madre.

Helena cuenta su historia partida por un trauma que se enlaza con el despertar de la sexualidad en la adolescencia, sellando un antes y un después. Su precario equilibrio se resquebraja porque no puede estar a solas y con su excitación busca tapar la ausencia, con la adicción sexual y a la comida.

Hasta los quince años era una niña maravillosa, simpática, amigable, bonita y brillante. Sin embargo, su hermano era gordo, feo, y le costaba estudiar.

> Todo lo contrario que ahora, que él tiene su vida y hace de todo, le gusta su trabajo y tiene muchos amigos.
>
> Yo cuando tenía catorce o quince años, era muy atrevida, iba a los concursos de la televisión y me lo pasaba fenomenal. Lo recuerdo como la mejor época de mi vida. Tenía una amiga e íbamos juntas a todas partes.

Pero ella empezó a ir con chicos y a beber, y se juntaba con gente muy rara.

Como mis padres se iban los fines de semana, yo me acostaba con los chicos para no estar sola. Creía que eso era lo que querían. Una vez vi que un chico que me gustaba también se acostó con una amiga. Me sentí mal. Pensé: todos van a lo mismo.

Luego fue cuando me pasó eso. Estábamos en una discoteca fuera de Madrid, y yo ese día estaba sin ganas de nada. Recuerdo que había estado sentada en un bafle de espaldas a ellos. Eran los amigos de mi amiga, unos nazis asquerosos, pero yo no le había hecho ni caso. No puede decir que le había provocado. A la hora de irnos, me dijo que me llevaba a casa con otra gente, y yo dije que bueno. Ya en el coche empezó a hacer bromas de si me enrollaba con él, y yo que no, que me llevara a mi casa. Ahora pienso, ¿por qué me empeñé?... Luego, cuando se lo he contado a la gente, me dicen que por qué no me bajé del coche. Pero yo estaba obcecada con que me llevara a mi casa. Y el tío venga a decirme que le había provocado, y que si no tragaba por las buenas, lo haría por las malas. Me di cuenta de que cogió un camino distinto del que iba a mi casa. Yo ya no sabía por dónde estábamos; estaba totalmente perdida.

Me dijo que era una niña de papá, que le había estado provocando. Me hizo pasar delante en el coche en un descampado. Yo miré al suelo, vi que tenía un puño americano, pensé en cogerlo y darle con él, pero me dio miedo que me destrozara. Me empezó a meter mano y pellizcarme en los pezones. Me hacía muchísimo daño. Me tiró en el descampado, me rompió la camiseta, y yo ya me dejé hacer... Cuando me llevó de vuelta a casa, me sentía sucia y él me dijo que era una puta guarra. Estaba avergonzada, sólo veía el momento de llegar a mi casa. Me parecía que todo el mundo iba a pensar que era culpable. Lo puse todo por escrito porque me lo pidió mi padre.

Ella trae su escrito como algo propio y ajeno, como una crónica de un ultraje anunciado, pasado y venidero. Algo en ella permanece suspendido en un tiempo inmemorial, fijado a su relato exteriorizado, que permite un equilibrio interno. Todos los hombres van a lo mismo, toma un significado aprés-coup, dejarte tirada, abandonarte, después de usarte. «Yo ya me imaginaba que estaba embarazada. ¡Me tenía que pasar! Después fui al hospital con un amigo y, como ya había pasado tiempo, no tenía ninguna señal de los hematomas ni nada... Se rieron de mí. Pensaron que era un cuento que les contaba para abortar. Luego aborté en una consulta ilegal; fui con mis padres, ellos no dijeron nada.»

Helena vive «dando la espalda a sus deseos», ella se dice «indeseable». El despertar sexual la arrastra a actuaciones enajenantes: «creía que era lo que ellos querían». No es ella, quiere volver a su casa, a su cuerpo pulcro (inocente) de niña. Pero quiere imponer este cometido al que sabe «nazi». Al hombre que le arrebata en

su fantasía a su madre, a su amiga, al idílico mundo de la infancia. ¿En qué punto del camino de retorno a la casa-cuerpo de la infancia se extravía e invierte (con-vierte) su apuesta en la imposibilidad de volver? No es el aborto, que ya imaginaba, una escenificación del saber impedido el camino de regreso a una infancia inocentemente perdida.

¿En qué extrañamiento se pierde para dar carta de presentación a la violación, el embarazo y el aborto? El silencio de los padres, que, como convidados de piedra, permanecen con los labios sellados, rubricando la ilegalidad de su sexualidad en el acto del aborto ilegal. Así queda fijado el destino funesto de un cuerpo erógeno indeseable, mancillado, que la separa del deseo de una sexualidad legitimada. Este trauma mantiene su vigencia en los acosos reiterados y las estafas por venir. El acontecimiento traumático (violación) marca la separación abismal entre un antes maravilloso y un después baldío (descampado) que esteriliza su deseo sexual desconfiando del objeto, porque se confunde con la proyección del usurpador del cuerpo-casa de la infancia y de su lengua materna.

¿Qué se malogró en ella con ese acto ilegal, con la presencia muda de los padres, arrancando de su vientre el fruto de sus pecados? El bebé en ella se hizo mudo agujero negro. La sexualidad de Helena funciona en la compulsión de repetición del goce, es la atracción de la seducción mortífera que la convierte en heroica superviviente.

La connivencia de su fantasma de seducción con el acontecimiento real de la violación, instala defensas antitraumáticas destinadas a renegar de su sentimiento de responsabilidad y sostienen la compul Sión a la repetición del «sino», de la mala suerte. En la transferencia este funcionamiento traumatofilico intenta acallar al objeto atropellado por la proyección masiva del objeto violentador. Es la repetición del vínculo tiránico con los objetos infantiles de la sexualidad, que quedarán incorporados al yo ideal perfeccionista, que atropella la ilusión de recibir de otro modo una palabra de amor.

Esta repetición se da en el paso al acto que Helena dio con el intento de suicidio. Había roto con su novio. Este tenía otras cosas de qué ocuparse que de su exigencia: «Creo que estas conmigo por pasar el rato.» Ella, al volver a casa, abrió el armario de las medicinas y se tomó un bote de las de su madre (tranquilizantes). Cuando las llevaba dentro, se asustó, avisó a sus padres, e ingresó en el hospital (Servicio de Cuidados Intensivos) con pérdida de conocimiento, donde se le realizó un lavado de estómago. El padre la dejó sola en la clínica, una semana recluida, porque de vuelta a casa debía recoger a su mujer, que ese mismo día iba a ser ingresada. El día que Helena se tomó los tranquilizantes de su madre, operaban a ésta de un cáncer de mama. No conocían el pronóstico y ella no pudo saber de su madre hasta varios días después. Fue a visitarla saliendo de su hospital para ir al de su madre. «No me enteraba de nada, estaba zombi. Me llevaron a ver a mi madre mientras estuve ingresada, pero no me acuerdo de nada.»

Esta actuación muestra hasta qué punto el temor a un dolor insoportable por la pérdida de la representación de la ausencia le lleva a provocarla, como asimismo la forma en que ella se introduce en el objeto, perdiendo la conciencia de la privación en un acto mortífero. Helena, dentro de su madre como un cáncer, brilla en su deseo de inclusión inseparable.

Ella me cuenta que desde niña fantasea con irse de casa y vagabundear con un hatillo a la espalda. ¿Quién se llena de desgracias? Helena se siente arrebatada, por un objeto de dos caras, el cerdo y la amada, que capturan toda su importancia. El Yo se identifica con el objeto perdido (madre) y se rompe secuestrándose para su gozosa desgracia, dividiéndose contra sí misma. Ella se lleva en el hatillo, presa de un palo que le da su merecido aprecio (desprecio). Se descuelga de su tristeza por no hallar a quien espera. No necesita nada, vagabunda con su omnipotencia infantil a cuestas, que desmiente sus faltas.

En la relación transferencial ella busca corroborar su encierro, sin esperanza, dudando del poder de las palabras para dar cabida a otra historia. La grandiosidad que oculta su desgraciado sino no tiene igual, pues ella se ve en ese espejo deformante, potente en su destrucción. La transferencia narcisista deforma su cuerpo erógeno (monstruoso) y su relación conmigo, por clivaje y renegación los aspectos de ataque a la sexualidad femenina, que esperamos sean rescatados en la transferencia edípica. Helena se desespera con el tratamiento que no le devuelve el objeto primario materno, y se defiende desasiéndose del objeto para no volver a sentir el abandono. Le digo que repite en la transferencia el anhelo que me transmitió al comienzo de la relación: «Yo sin mi madre sería una piltrafa.»

Helena se queja a lo largo de la cura de su compulsión a comprar: regalos y múltiples aditamentos que después abandona. Quizá estos revestimientos, esta segunda piel que puede llegar a ser su análisis, oculten y contengan un yo desgarrado. Me increpa que cómo puede ser que en cada ocasión sienta una gran excitación, piense que con aquello será una persona nueva, o que con lo otro conquistará el mundo. Habla de su decepción, que no se demora, en cuanto tiene el objeto en sus manos: se desfigura, pierde valor. La misma ley que le había espoleado a conseguirlo queda derogada cuando alcanza su meta. ¿No era esta su meta? Es un nuevo espejismo y no halla la fuente para saciar su sed. Su yo, en esta extenuante búsqueda de su objeto, se desdobla: confundido con su reflejo, las aguas le devuelven una imagen irreconocible y fascinante, por lo alienante. En cuanto tiene el objeto en sus manos deja de serle ajeno y se contamina. ¡No es más que algo suyo! Se arrepiente y se lamenta de caer siempre en sus propias redes. Ajena al espejo en el que proyecta su ilusión-desilusión narcisista de sentirse objeto-deshecho.

Esta adicción a las compras encarna su modo de relación con el objeto. Ejerce un efecto fascinante (ideal) y restaurador (antidepresivo, maníaco), al mismo tiempo que constata lo irreparable de su dolor (falta), sexualidad indeseable que busca descargar una excitación no representada.

Aunque me pese decirlo, nunca me he sentido tan unida a una chica, a nadie, como a esta amiga. Nos contábamos todo, salíamos juntas... Era como si siempre estuviésemos la una con la otra. Luego fue cuando empezó a echarse otras amigas y a beber, y conocieron a esos chicos. Yo me daba cuenta de que eso no iba conmigo, pero me daba miedo quedarme sola, no tener con quién salir, tenerme que quedar en mi casa... Siempre iban a un garito a beber y el camarero, que veía cómo era, un día me dijo: «Por qué vas con esa chica? Como sigas así lo tienes todo hecho en la vida.»

Esta chica tenía mucho éxito con los chicos. «Cuando me ponía el mono de colores: ¡pitos y tambores!» Me olvidaba de todo.

Me sentía indefensa. Siempre he sentido que los chicos se burlaban de mí, que se aprovechaban de mi inocencia. Cuando era pequeña llevaba el pelo muy largo, por debajo del culo, y en la calle unos niños se rieron de mí. Subí a mi casa llorando, diciéndole a mi madre que me cortara el pelo, que los niños se reían de mí. Mi madre me decía: «Pero como voy a cortar una coleta tan bonita?» No paré hasta que me lo cortó.

Analista: «¿Quizás a mí también me pide que recortemos de esa indecente, inocente excitación, el deseo de sentirse querida como mujer sin sentirse burlada o que se van con otro?». (Despecho.)

Se echa a llorar, con un llanto de tristeza. Siento su dolor por la pérdida de los ideales infantiles, por la desgarradura de su yo atacado por la violencia de su excitación, por el abandono de su amiga-madre que se va con otro hombre. Una excitación que confunde su deseo sexual femenino con el goce de volver a ser una con la madre, sin rivales. Ella anhela el paraíso perdido de una

1. relación con la madre que nunca tuvo y que busca repetir en la relación fusional con la amiga de la adolescencia

2. ahora y aquí con su analista, puede pensar el dolor de una pérdida que la ausenta y que la degrada como mujer por no sentirse deseable.

Helena acaba su sesión diciendo:

Antes yo tenía ilusión por aprender, ahora pienso: ¿de qué me sirve saber lo que es el síndrome de Rokitanski, si no sé curar los puntos de una episiotomía?

ANALISTA: ¿Rokitanski? (¡Qué enigmáticas palabras!)

Sí, es un síndrome de agenesia congénita de la vagina. Una rareza que se da excepcionalmente.

Estas palabras de Helena pueden ser un eslabón representacional en la relación

transferencial para construir las identificaciones femeninas. Hay algunas interpretaciones simbólicas que acuden a mi pensamiento para cortocircuitar la carga contratransferencial que siento y no formulo. Podría pensar: ¿Cómo curar la herida del nacimiento de la psicosexualidad, separación del deseo de la madre, y no usar la vagina como agujero ciego para volver a meterse dentro de la madre? ¿Qué se esconde tras su reivindicación de completud fálica? ¿El deseo de colmar a la madre perdiendo (abortando) su feminidad? Esta episiotomía, herida causada por el nacimiento a la sexualidad, ¿no está acaso más que en el abandono de la madre, en la decepción del todomadre?

Helena mantiene conmigo este desafío infantil narcisista, que constituye el modo de control anal y de la entrega oral de sus contenidos mentales. «Lo que me mata es pensar que, ¡a la mierda todo!, que a mí lo único que me gusta es comer.» Decepción en la transferencia que le lleva a atiborrarse de bollos los fines de semana y no salir de casa.

Después de amenazar la continuidad del tratamiento con múltiples actuaciones decide elegir un turno de trabajo que le permite venir a las sesiones.

> Así puedo seguir viniendo aquí el mismo horario, y quizá sea mejor. Es la primera vez que pienso que me voy a curar. No sé porque, estoy más optimista. El otro día estaba estudiando un tema de oposición que se llama: El recién nacido y su madre, y empecé a angustiarme. Como yo no me acuerdo de nada, fui donde mi madre a preguntarle cómo era yo de pequeña. No me sabe decir nada. No recuerdo. Narcisín no dejaba que se nos arrimara nadie, él nos protegía. Yo recuerdo que él nos achuchaba. Narcisín es muy rico: se queda donde le dejas, hace lo que le dices... ¡si le pasara algo...! Cuando se pone malo, como estos días en que le ha dolido la tripa, me angustio porque, como él no sabe lo que le pasa... Si le pasara algo a Narcisín... Pienso como si fuera su madre: ¿porqué no me pasará algo a mí? ¡Pobrecito!, él no sabe expresarse. 1
>
> ANALISTA: La falta del recuerdo de su niñez le lleva a convertirse como su madre en la del bebé de Narcisín, sin dejarse arrimar a su madre como bebé. Como si no pudiera sentir que usted ha sido / es la niña de mamá.
>
> HELENA: Yo no sé cómo pude respirar. Nací con treinta semanas. No sé, debía de tener surfactante pulmonar. Mi madre me dio a luz el día que fue a revisión de los siete meses. Además, había ido sola, porque mi padre se había ido a otro hospital a arreglar unos papeles. Ella se fue sola a revisión y allí se puso de parto, y en seguida nací yo. Es como un destino para las mujeres de mi familia: estar solas, cargar con todo. Mi padre había ido al hospital militar, por eso yo no nací en ese hospital, sino en una pequeña maternidad que ya no existe en la calle Serrano. Ahora es un edificio de la Comunidad.
>
> Por lo visto mi madre tiene un problema de cuello de útero, y yo que pesé

1.700 gr debí nacer pitando. Mi hermano también fue sietemesino. Me quedé con 1.400 gr. Cuando lo cuento todo el mundo dice: «¡hala!»; ¡y eso que ahora no es como antes! Estuve dos meses en la incubadora, y entonces no estaba de moda como ahora eso de la relación madre-hijo. Me imagino que mi madre me vería un ratito a través de los cristales. Cinco minutos y... ¡ya está!

Decían que parecía una ratita. Creo que mi padre, cuando le preguntaban por su hija, decía: «es una ratita». ¡Claro que debía parecerlo!: tan chiquituja y llena de pelo. No me tuvieron que poner oxígeno. ¡Es asombroso que pudiera respirar! Las enfermeras decían que no habían visto nunca una prematura así, con esa vitalidad: me arrancaba la sonda. Decían: «¡mira qué ganas tiene de vivir, como se mueve!» Nunca habían visto un prematuro que se arrancara la sonda. ¿Dónde habré dejado esas ganas de vivir? (La presencia de un pasado que no pasa.)

ANALISTA: Allí..., aquí... Quizá Ud. se pregunta: «por qué sigo dejando en la incubadora las ganas de vivir?».

HELENA: Quizás tenga miedo a salir, a dejar esa protección. Estuve dos meses y luego miraron a ver si chupaba, ¡y claro que chupaba!; y ¡a casa!

Sin embargo, ese sigue siendo su gran interrogante: ¿cuál es su casa? La incubadora es en el aprés-coup, el claustro doloroso por la separación de la madre, que la deja sola porque se va con otro. ¿Quién, analista, le acompaña a su casa, curación?

¿De qué le protege Narcisín? ¿Del dolor de no serlo todo para alguien, pudiendo reencontrar en este hijo incestuoso el goce monstruoso que deforma en Helena su sexualidad infantil y de su cuerpo erógeno?

La paciente refleja su cautiverio en esa incubadora, cuyo oxígeno ella renueva con actuaciones traumatofílicas. Nos dice de su renuncia a salir, a sacarse el sino de las mujeres. Su sexualidad femenina quedó salvada en esa identificación protésica al ejercicio de la medicina. Ella pregunta a su madre por la sexualidad, me pregunta a mí: ¿cuál es el sino de las mujeres? ¿qué hacer con la excitación sexual? Cuando en la adolescencia sus padres se iban llevándose la llave, ella quedaba presa del pánico y se procuraba «lo que creía que ellos querían» (relaciones sexuales indiscriminadas-adictivas).

Su excitación sexual, traumática, no está contenida en una identificación al cuerpo de la madre, sino desligada en tendencias pregenitales y edípicas que desbordan su funcionamiento mental. Ella res taura su imagen ideal (narcisista) con la omnipotencia destructiva que ataca la sexualidad femenina vivida como vulnerable y fuente de fragilidad.

Helena sigue procurándose una penetración médica en el tratamiento. Yo debería

ser una doctora que trata de alumbrar su continente negro (agenesia de la vagina), con un saber que cura la herida prematura de la separación de la madre, por que la ausencia de función padre hace que no se sienta legitimada en su sexualidad femenina. Su identificación al padre queda fijada a un hijo incestuoso, incapaz y desvalido (aborto). Es en la incubadora donde queda representada su sexualidad femenina asfixiada. Su angustia que no puede elaborar la castración, es catastrófica, la empuja a una identificación con el agresor y a un desprecio de su deseo (debilidad, subnormalidad): «te quedas donde te deja» (tirada, todos los hombres quieren lo mismo, son unos violadores).

Helena resignifica el relato que hace para mí de su nacimiento psíquico, en un aprés-coup que trae a la transferencia un alumbramiento en el aquí y ahora de su excitación sexual pregenital. Hay un pedido: «no me dejes escamotearme de nuevo mi deseo de ser mujer, sostén y penétrame con la llave del amor-odio de la sexualidad femenina. La relación analítica da su fruto: la sexualidad infantil, la niña está aquí rescatada en su incubadora, el aborto siempre reiterado deja paso al recuerdo».

Helena trata de aprobar unas difíciles oposiciones que le procurarán «una plaza en propiedad» y la posibilidad de elegir destino. Ella me dice:

> Había una pregunta de psicología que decía: «En un niño en edad preescolar que le van a operar, ¿qué es lo más importante en el preoperatorio? 1. el temor a no saber lo que le van a hacer; 2. el miedo a morirse por estar enfermo; 3. lo que le angustia es que le separen de sus padres.»
>
> Yo puse esta última opción. No sé por qué, pero me parece que a un niño pequeño, lo que más le angustia es separarse de sus padres.

¿En quién recae la operación de la separación? En los médicos, que la meten en la incubadora, agentes siempre disponibles para de este desplazamiento, en el abuelo en otro tiempo, y aún hoy en el tío incapaz. Pero todos estos desplazamientos no acallan una angustia que se refiere a su deseo de separar a la pareja parental. Como cuando su padre debía irse con su madre para ingresarla en el hospital, momento en que ella ingirió una sobredosis de los tranquilizantes que tomaba su madre. Así, en una actuación adolescente, que cobra nueva luz de resignificación desde la exclusión de los padres, Helena se hace también hospitalizar por ingesta abusiva con riesgo letal. La noche antes, víspera de la operación de extirpación de un cáncer de mama (a su madre), ella rompe con su novio y se intoxica, provocando su ingreso psiquiátrico en la clínica donde trabaja como profesional. La angustia de castración, exclusión de la pareja parental, pasa al acto por la no representación psíquica de la ausencia y por el goce de la atracción de la excitación traumática.

La llave de su sexualidad, depositada en los padres, permanecía sometida a una dependencia infantil actuada en la excitación adolescente de su promiscuidad sexual, «de darles lo que ellos querían». Las palabras clave para abrir su sexualidad al deseo

femenino contienen la representación del odio por la exclusión y del ataque al interior de la madre-muda (muerta).

La clave para hacer hablar a ese destino «de ser indeseable» está en la transferencia de una relación con la madre no exenta de rivalidad edipica, pero que dé acceso a la identificación femenina. El trabajo analítico a través del proceso interpretativo de sus actuaciones sexuales puede sostener desde la transferencia el deseo de Helena de poseer su casa-cuerpo de la sexualidad, aceptando el dolor de las pérdidas y de la exclusión de la escena primaria.

La madre de Helena murió de cáncer antes del final del análisis, y ella pudo hacer el duelo. Helena sigue manteniéndose en contacto conmigo, y quiso venir a mostrarme a su primera hija para que la conociese. La trajo en su cesta a la consulta donde habíamos trabajado su pequeñez y el desvalimiento de su sexualidad por los ataques a los que se sometía.

Dolores

La presencia de la ausencia de la madre cautiva su psiquismo.

El encuentro con esta paciente contiene los elementos claves que organizan sus vínculos y los fantasmas inconscientes que los sostienen. Dolores llega puntualmente a mi despacho después de haber acordado una cita telefónica. Su aspecto es cuidado y su arreglo destaca en armonía con un contacto de buena calidad; todo lo cual me sorprende. Mi asombro se debe a que por teléfono me había anun ciado que su marido recientemente «se había precipitado por la ventana», causándose la muerte. A su único hijo le despertó tras el suceso con estas palabras: «papá se ha caído por la ventana».

Antes de recibir a Dolores ya había oído hablar acerca de ella. La persona que me la derivó se puso en contacto conmigo, algo excepcional. Este colega me había comunicado su conmoción, pues Dolores había pedido hora para que viese a su marido, aquejado de una perturbación mental severa. A esa cita acude ella sola y explica que su marido se niega a ir a la consulta. Mi colega, impresionado por el relato de esta mujer impotente para hacerse curar a su marido, le da una nueva cita para el día siguiente. Cuando vuelve a la consulta de mi compañero, le pide que la tome a ella en tratamiento, pues su marido, en la madrugada de ese mismo día, se había tirado por la ventana de su dormitorio desde un 10.0 piso. Dolores le pide al psiquiatra, del que esperaba que le devolviera la cordura a su marido, que la tome a ella. Este es un proceso que se repite en la historia de la enfermedad de esta mujer, y que a su vez repite los acontecimientos que se sucedieron en su vida. Repetición que, en su doble vertiente, cobra fuerza en el dominio de los sucesos traumáticos: para controlar la excitación (descarga) y para elaborar (ligar) los precipitados de angustia.

Desde el inicio, la demanda de esta paciente aparece controvertida. ¿Quién solicita ser atendida? ¿A quién se le hace este pedido? Nuestro primer encuentro está teñido

por aspectos que se nos anteponen, y que habrá que ir desenmarañando para conocer quiénes estamos convocados a la cita. Cuando recibo a Dolores percibo que su persona choca ya con los a priori que se establecieron en nuestra relación. Ella se presenta a través de una ausencia, viene a mi consulta en lugar de ir a la otra. Acude donde un hombre para que la tome en tratamiento, tras la pérdida y en el lugar de su esposo, y es remitida a una mujer para que se haga cargo de todos estos movimientos libidinales. Lo siente como la reiteración de un rechazo a su sexualidad.

Dolores dice ser una superviviente nata, porque desde su tierna infancia se ha visto envuelta en los torbellinos pasionales de su entorno, con los que se ha apresado a una vida no-nata. Como ahora, que se propone quedar incorporada al trabajo analítico con un nuevo objeto para restablecer una pseudo continuidad de las fracturas de su vida psíquica. Se ofrece en el lugar del marido muerto.

> Mi madre murió de parto cuando tenía tres años. Mi padre se tuvo que ir de casa, porque vivíamos con la madre y las hermanas de mi madre, y le hacían la vida imposible. Se fue a una pensión, y luego se casó y se fue a vivir a una casa con su mujer. Pienso: «¡que no me vuelva a pasar lo mismo, que no me quede sin nada!». Toda la vida, lo que más he temido es quedarme sola, no lo podía soportar. En nuestra casa de Ferraz vivían las tías, la abuela, que se moría cada quince días y venían a darle la extremaunción, y Guadalupe, la criada, que le prometió a mi madre que cuidaría de nosotros, los niños. Y así lo hizo, sin cobrar, sin tener donde dormir, pero siempre contenta.
>
> Yo me recuerdo siempre enferma, siempre asustada por los ratones, siempre estaba en la cocina con Guadalupe. Tenía miedo a dormir y no podía estar sola, presa del pánico.
>
> Cuando conocí a mi marido, que es de muy buena familia, me dije a mí misma: «ésta es tu identidad: señora de tal». Federico tenía muchísima clase, era un hombre muy comedido, tan elegante, de una categoría que no he conocido a nadie. Con él yo ganaba una posición. Pensé que volvía a recuperar una pertenencia, que ya no era una descarriada.

Dolores siente que tras la muerte de la madre, toma el timón de su vida psíquica la desligazón de todas sus amarras con el entorno y ella se queda encapsulada en la enfermedad. Busca refugio en la enfermedad, que le procura compañía, y al morir el marido se procura un nuevo análisis, que restablezca esta relación de pertenencia. Volver al redil de la terapia para no extraviarse de otro modo. La relación con su marido le procuraba un sentimiento de pertenencia que sirvió a la recuperación alucinatoria de la presencia de la madre. Este matrimonio se conoce en un grupo terapéutico. «Cuando mi madre murió todo se vino abajo, nos quedamos en manos de la tía Tula (una hermana mayor de la madre, soltera y estéril) que no hacía más que decir: "¡Pobres niños, sin madre y su padre no se hace cargo de ellos!".»

Yo seguía escuchando en la consulta: «pobre niña, qué va a ser de mí!». Necesito que alguien se haga cargo, siempre me vuelve a pasar lo mismo, que me vuelvo a sentir expulsada del mundo de los semejantes. Yo pensaba como ella también había vuelto al refugio familiar instalándose en casa de su hermana después del suicidio del marido. Dolores tiene más de cuarenta años cuando me cuenta su historia. Ella permanece amarrada a un anclaje externo, porque no ha construido un puerto en su infancia. Teme perderse como ha perdido a su marido, aunque él persiste vivo en la continuidad de su relato, que engarza a través de una fijación libidinal con lo que viene desde que tenía tres años de edad. Quiere que yo conozca todo, que «sabiendo» lo ocurrido pueda saber quién es, y pueda seguir la narración allí donde quedara interrumpida, haciendo que todo fluya sin quiebra, sin dolor y sin desconocimiento. Así volver al seno del que se sintió expulsada por no despertar en su madre un deseo de seguir viviendo junto a ella.

La paciente evoca cómo pasó su infancia aterrorizada por el miedo a las ratas, por el miedo a ir sola a la cama. Cuenta un recuerdo pantalla, en el que ve un largo pasillo, que separa el salón en el que están los mayores de su habitación de niña, a la que la envían a dormir. Refiere que, en estado de pánico frente a este recorrido aterrador, acaba metiéndose en la cama de sus hermanos (por lo general uno de los gemelos). Esta aspiración que sostiene la relación analítica, repitiendo el movimiento inconsciente de la angustia por la exclusión, contrainvestido por hiperinclusión, la llevó a pedir al mismo analista de su marido que la tomase (en tratamiento) y él le (la) tendió en su diván, que era también el de su marido. Este es el tratamiento analítico su¡ generis que hacía Dolores cuando su marido se tiró por la ventana. Estuvieron ocho años compartiendo el diván del mismo analista hasta que su marido se fue. Frente a la excitación desbordada por las situaciones traumáticas (muerte de la madre, muerte del marido), Dolores se mete en la cama de sus hermanos, se hace tomar en el diván de una madre-padre a los que pertenecer. Esta defensa de penetración violenta (escena primaria, indiferenciados) es la que marcará su funcionamiento mental con unos sentimientos de culpa desligados por la sexualidad pregenital desorganizadora, que llenan su sexualidad de vergüenza, por la dificultad para atravesar el recorrido de las diferencias de sexo y generación (recuerdo pantalla). Dolores se recuerda masturbándose compulsivamente desde la infancia. «Por eso olía a rata, a cloaca.»

Ella colapsa su recorrido edípico hacia la elección de un objeto libidinal consecutiva a la identificación secundaria con la identidad de victima aterrorizada.

En las entrevistas, cuando escuchaba «su relato», pensaba en el poder de convocatoria que mantenía en la realidad material, siendo objeto de las contracargas de su excitación inconsciente, que permanecían desligadas en esta escena traumática. Una niña de tres años pierde a su madre en el parto en el que gana un nuevo hermanito que le quita el lugar de la pequeña. Su padre les abandona en manos de una mujer estéril, que hace de los niños su objeto de pasión. «El relato» podría aparecer por sí mismo como entidad real, que cobra valor de presentación, presentación perceptiva (alucinatoria) que obtura una escena psíquica no representada en su dimensión dinámica inconsciente, y que permanece como cuento de terror (descarga)

de la presencia de lo que la paciente no pudo investir como ausencia (de la madre). Me alerta en la escucha de Dolores (latente) el no poder oír el dolor de la pérdida del objeto: representación de la ausencia. Este es el aspecto económico de la fuerza que cobra la repetición transferencial de la escena traumática, el trata de capturar mi atención. Mi presencia es reclamada para mantener una continuidad antitraumática, antiperdición, que perpetúe el «pobre niña!» de la historia interminable. A lo largo de la relación transferencial he ido pensando con ella que la pequeña había permanecido allí, resistiéndose a dejar partir o parir (morir) a su madre. Como si la madre «perdida» permaneciera presente en una parte del yo clivada, aquella que no ha nacido a la sexualidad desligada en la muerte de la madre, con la que se mantiene encapsulada, en una fijación traumática.

Dolores me dice que no se encuentra enferma, porque tiene una identidad: «viuda de...»

> Yo tengo miedo de haber convertido a Federico en un objeto y haberle enfermado. Mi analista me decía que yo era una tirana, que quería someter a todo el mundo, y siento que aplasté a mi marido. Necesito saber cuál era la enfermedad de mi marido. Cuando yo conocí a mi marido, él me dijo que estaba muy enfermo. Pero entonces, como la que estaba enferma era yo, siempre con miedos..., no pudiendo moverme..., con muchísima angustia..., pensé: «cómo va a estar enfermo?, si tiene un padre y una madre, y una familia normal». Yo me sentía tan diferente a todos..., como una lámpara de aceite en el océano.

El deseo latente (inconsciente) en sus relaciones, también la analítica, es borrar la ausencia evocada por la separación, pertenecer es penetrar o ser penetrado por el objeto primario, para restaurar su narcisismo. Ella se mira al espejo de la mañana a la noche, porque siente que su rostro se licua si no lo ve reflejado en un espejo, la perdida de este le aterroriza (Despersonalización).

Dolores siente la soledad como la repetición del abandono traumático de su madre, de su padre y de su marido. Ella se imagina (proceso alucinatorio), presa del miedo al derrumbe, ser la causante de las pérdidas por su voracidad insaciable. Cree que, como las ratas, lo devora todo, hasta a sus propias crías, y provoca repulsión.

El funcionamiento mental de Dolores renegó la pérdida de la madre sin poder hacer el duelo y su psique se dividió entre la inmovili dad de una pertenencia ilusoria (ser una con la madre) y el miedo a la repetición traumática de la desposesión por parte del objeto. Para Dolores, la realidad psíquica de la perdida es inaceptable y busca transformarla ilusoriamente a la medida de sus pulsiones des intrincadas, que en la excitación desligada la llevan al extrañamiento radical o al apoderamiento del objeto con el que hacerse uno (identidad). Hay un recorrido edípico bloqueado por el colapso traumático, que lleva a Dolores al refugio de la «aguda conciencia de mi persona» que la mantiene en una vaina apartada de mundo de los otros, en estado de hipervigilancia. Este atajo que busca, metiéndose en la cama o diván de los hermanos,

del marido, repite el retorno al seno del que se siente expulsada.

Ella busca, ante el trabado recorrido edípico de renuncia por aceptación de las diferencias de generaciones y de sexos, la urgente posesión de un objeto que la complete, aunque quede apresada en el goce del cautivo.

> Cuando mi madre murió, empecé a tener una exacerbada consciencia de mi persona y me masturbaba continuamente. Eso me hacía sentirme sucia. Me parecía que era una anormal. Me iba a confesar y volvía a hacerlo. Me sentía que era una niña de arrabal, me parecía que olía a rata. Mis hermanos se metían conmigo, me sentía descarriada. Ahora me pasa lo mismo. Pienso que, sin mi marido, que me daba una posición honorable, voy a caer por una pendiente y me voy a quedar en la marginalidad. Como si no tuviera diques.

En los trastornos narcisistas hay una ruptura de los lazos libidinales que aseguran el soporte del amor a uno mismo que queda desprendido del de los semejantes y se vuelve contra sí-mismo. Esta fractura provoca una búsqueda insaciable de reconocimiento en los objetos que, por no reflejar al sujeto, pierden esta cualidad de contenido significativo y son un espejismo. La ausencia de una relación que refleje un significativo reconocimiento amoroso, deja en el sujeto (como en Dolores) una huella de insignificancia. El quebranto de la capacidad de representarse un vinculo que de significado la reconocimiento del amor y del odio hacia el objeto, deja a Dolores a merced de la excitación. Este modo de funcionamiento narcisista que desprecia el amor, da rienda suelta a la omnipotencia destructiva, por el ataque de la pulsión desintrincada. Es el modo en que se ejerce la seducción traumática de la melancolía.

Como ocurre también en el caso de Helena que los objetos confundidos con el sujeto, acaban decepcionándola, ¿dejándola o siendo ella quien se deja? En el caso de Dolores, la urgencia por pertenecer a alguien está en relación con la difícil aceptación del duelo por la muerte de la madre y el correlato de derrumbe que conlleva. Es como mantener dentro del psiquismo un embarazoso fruto nonato que recoge la expectativa de un narcisismo roto y empeñado en una empresa de completud fuera de la realidad. La cualidad melancólica de esta perdida ensombrece al Yo partiéndole por la pesadumbre de su carga y en un reto permanente destinado a encajar en una neorealidad a su medida.

Dolores ha hecho de su fracaso un triunfo al estilo Dickens y lleva su guión de película de orfandad como un revestimiento de identidad que le procura una pseudo cohesión. Padece desde niña fobias muy invalidantes que la dejan encerrada en su casa, sus movimientos están restringidos a las fronteras del que imagina su territorio familiar.

En su relato ella ocupa el paradójico lugar en el que se sitúa la fijación inconsciente: su nacimiento supuso la advertencia a la madre de que si tenía otro hijo «moriría en el parto!». Al hijo que nació en el parto que dejó sin vida a la madre le llamaron José No-nato.

Esta fijación muestra su importancia, que marca un antes y un después, y su insignificancia, pues carece de toda relevancia; fue uno más de los múltiples «niños» y nada comenzó ni terminó con ella. Dolores repite con amargo triunfo «no somos nadie, doctora, se lo digo yo»; su yo, que se siente insignificante, trata de tener algún sentido frente a la mirada de otro que le sirva de referente para contener su modo de funcionar primario en todo o nada.

En el relato de su historia hay una corriente que viene de las generaciones precedentes, que lo arrastra todo en las venideras, como si el flujo del río de los tiempos no encontrara en ella ningún significado propio, y su psiquismo se apropiara en esa «aguda conciencia de sí misma» de una segunda piel para sobrevivir donde no pudo nacer a su deseo sexual femenino, permaneciendo en el monismo fálico. La indiferencia que siente en su persona es la marca de la indiferenciación psíquica: «mi madre me resulta indiferente».

En ambos casos la falta de límites empieza siendo atribuida a unos padres que no diferencian su propia elección de pareja y quedan anclados al puerto de la familia de la madre. Este legado hace que se viva al padre como incapaz de sostener su función de Ley y siendo el artífice demoníaco de todos los males.

Si hay una constante en el funcionamiento de estos trastornos, es la renegación de la función padre, constituyéndose en el obstáculo que impiden al sujeto la construcción de las identificaciones por la falta de respaldo narcisista. La integración en el espacio psíquico propio del sujeto permanece violentamente dificultada por la tendencia a la descarga en procesos alucinatorios (Dolores), en actuaciones (Helena) y en el cuerpo (Esperanza). El Yo y sus mecanismos de defensa, que no pueden integrar la agresión libre, recortan la percepción de la realidad por medio de la renegación y erigen barreras creadas por los clivajes. Ante lo gustoso de un sufrimiento por lo irrenunciable de una pérdida que no pudo ser representada (trabajo de duelo), el sujeto se siente urgido a repetirla en actos evacuativos. Es lo que no pudiendo ser representado como propio se deposita en el«sino»,destino en el que quedo escrito el legado del sujeto. Palabra que recoge múltiples significados, uno que vemos repetidamente en la clínica es: «Si no me hubieran hecho esto o aquello, no sería la misma.» «Sino» que condensa la idealización proyectada de un narcisismo inquebrantable. Destino fatídico que también hereda el anhelo de una función paterna que otorgue otro destino libidinal al sujeto. Una autoridad que refrende la legitimidad a su psicosexualidad. «Sino» que recoge la falta de responsabilidad sobre sus elecciones libidinales que recae en el legado traumático recibido de los padres.

En este sentido el núcleo de patología del narcisismo sería la dessubjetivación, el desprendimiento enajenante, «yo soy tú» producto de tu intrusión, que queda agresivamente desligada en un reflejo: autodestructivo, por autosadismo. «Yo soy lo que tú has hecho de mí. Mi Yo es tuyo, ya no lo quiero, quiero que se me devuelva al principio». (Fantasma de autoengendramiento.)

1 La fragmentación del yo que despoja al sujeto de responsabilidad psíquica, se

vuelca en una alineación en el mundo exterior cada vez más invasiva. El Yo frágilmente construido pierde capacidad para escuchar los impulsos del ello y tramitarlos y para enjuiciar la realidad. El yo clivado es un extranjero para sí mismo, con el que no hay intercambio, y al que hay que oponerse por la fuerza. El Yo, que pierde su función amortiguadora por un exceso de excitación traumática, está apresado por fuerzas que le empujan, y de las que no puede hacerse cargo representándolas con palabras se imponen a la relación. Cuando el Yo reniega de una parte de sí mismo, impone en lo material el lugar psíquico repudiado de las funciones parentales. Esta imposibilidad del Yo de mediar con sus pulsiones le lleva a actuaciones y consumos adictivos de drogas o de relaciones; también de riesgos que contrarresten su temor a la despersonalización.

Cuando el obstáculo traumático se apodera del yo, éste queda atrapado y sometido a su fuerza invasora desligadora. Este exceso pulsional conduce al Yo a buscar amortiguadores externos, que anestesian y calman como las relaciones adictivas. El yo frágil se compensa con la repetición de conductas de riesgo, tanto en deportes que «machacan el cuerpo», como en trabajos que generan una gran producción de adrenalina, buscando un reaseguramiento triunfal, y al mismo tiempo controlar el temor a la pérdida del sentido de la realidad. El sujeto dividido busca repetir su ceguera en actos que le devuelvan a lo inapelable de su destino.

Esperanza

Una superviviente psíquica en busca de su derecho al futuro como objeto propio.

Cuando la lealtad a los muertos amenaza con dejar en suspenso la vida, no hay esperanza

Esperanza es una joven con una magnética presencia, te envuelve en su escenario y te transforma en espectador. Antes de hacerse visible se presentó en su ausencia, no acude a la primera cita por un padecimiento psicosomático agudo desencadenado por la expectativa del encuentro con una analista. Hasta el momento había visitado a dos psicoanalistas (varones), siéndome derivada. Precisa ser atendida con honorarios reducidos. Avisa de su indisposición una hora antes de la cita, haciendo que el desencuentro se realice sin mediación (no recibo el recado sino tras la espera).

En la segunda entrevista dice que no pudo acudir a la primera, porque la víspera de la consulta la despertó un sueño en medio de la noche, no pudiendo volver a dormir. Esta pesadilla deja durante la vigilia un estado de vértigo, que se acompaña de descomposición (trastorno gastrointestinal) y le impide salir de casa. No recuerda el contenido del sueño, aunque cree que es repetitivo, y le crea una sensación de angustia catastrófica.

Ante mí tengo a una joven que ocupa toda la escena; mostrándose agitada, habla con precipitación y atropello. Su aspecto es desarbolado, su mirada de perplejidad y sus gestos excesivos dejan transmitir su indefensión. Busca ser reforzada por la

analista, en una exhibición teatral que impregna el encuentro de una atmósfera se ductora. Sorprende, pues en su demanda de ayuda expresa tristeza y su contacto por contra es muy vivaz. ¿Dejó la tristeza en ese sueño de descomposición y hoy viene con su defensa de euforia (maniaca)? Así es como hoy se muestra, con un contacto muy directo, acortando la distancia de la separación, procurando obtener una respuesta urgente y despertando en mí la sospecha, frente a la seducción, de que oculta la fragilidad sentida ante un dolor que descompone. Desde las primeras entrevistas los componentes escindidos de estas pacientes provocan desencuentros sintomáticos del difícil entre cruzamiento de dos realidades psíquicas separadas.

Desde el inicio, la paradoja de su funcionamiento se impone a la relación: sufre un dolor que la ausenta, y lo encubre con una presencia intempestiva, que la lleva a sonreír constantemente con una mueca burlona. Se presenta como portadora de una terrible historia, que la ampara y que envuelve su impotencia para hacerse cargo de sí misma, requiriendo un sostén por parte del analista.

Esperanza relata que hacia la veintena perdió a su único hermano tres años menor que ella, y que hace más de cuatro años perdió a su madre a consecuencia de un fallo múltiple tras un trasplante, porque padecía una enfermedad degenerativa heredada. Ella también la padece aunque por el momento es asintomática, pero los niveles de parámetros de disfunción en la analítica están alterados. Su enfermedad la heredó de su madre, así como ésta la había heredado de la suya, además de sufrir un contagio añadido con el instrumental de un hospital.

La paciente vive, desde hace más de diez años que ocurrió la muerte de su hermano, con un sentimiento de temor a volverse loca por un descontrol impulsivo.

> Mi hermano murió con diecisiete años porque le cayó una viga encima en un refugio de montaña. Habíamos ido de excursión; mi hermano y un amigo estaban en una pieza y mi novio y yo estábamos en otra. En medio de la noche oí un ruido terrible y escuché que el otro chico llamaba a mi hermano. Salí de la estancia como una exhalación y no me digas cómo, todavía no me lo explico, quité la viga de encima de mi hermano y le intenté reanimar porque había perdido el conocimiento. Tuvimos que ir andando hasta el pueblo más cercano porque no venía ninguna ambulancia y mi padre, al que avisamos, llevó a mi hermano al hospital más cercano. Tenía los pulmones encharcados porque el trozo de madera le cayó en el tórax y tuvo que ir andando sin poder respirar. En el pueblo la gente no nos quería dejar pasar para llamar por te léfono, fue todo un desastre y en el hospital, al sacarle el líquido del pulmón, le rompieron el bazo. Mi madre le dijo al médico que mi hermano tenía muy hinchado el abdomen y que no era normal. El médico le dijo a mi madre: «Usted no era peluquera?, pues vaya a hacer su trabajo, peine al niño, y déjeme a mí el mío.» Como mi madre dijo que iba a poner una queja a la dirección, el médico le dijo que bajo su responsabilidad sacaba a mi hermano de la U.V.I. para hacerle una placa. Y entonces en la sala cogió un Staphilococcus aureus y de eso murió. El hijo puta del médico en

vez de llevar el aparato de rayos a la U.V.I., sacó de allí a mi hermano, para dar en las narices a mi madre. Fuimos a juicio pero no se consiguió nada. Yo sé que fue el azar, pero me culpo, porque fui yo la que insistió en que acampáramos ya, porque estaba cansada, y mi hermano protestó diciendo que habíamos quedado en ir más lejos. Si piensas lo que podías haber hecho para evitarlo te vuelves loca.

Su historia es una coartada en la que está atrapada por el deseo de ser la protagonista, pero se siente enajenada y desconoce el lugar inconsciente que ella se adjudica. Me pide que sea su intérprete para descifrar su reiterada parálisis. Su vida quedó sesgada hace diez años y no consigue levantar la viga que le separa de su reconocimiento, está atrapada en un duelo melancólico. Los acontecimientos traumáticos le proporcionan una referencia, dan sentido a la desligazón de su desamparo, pero siente que ella está escamoteándose con ese escudo, y se burla de si-misma por el goce de su dolor, con una risa crispada que surge en cada contacto afectivo. Su vida está dividida en un antes y un después de la muerte del hermano, y al mismo tiempo está doblemente escindida, porque tras el impacto traumático se produjo una amnesia. Esta amnesia es consecuencia de la escisión y la renegación, como mecanismos antitraumáticos. Esperanza hace que el presente sea pasado privándose de futuro,el cambio no esta permitido porque sería traicionar a los muertos. Hipoteca su futuro al poder de cambiar el pasado y esta paradoja la deja inmovilizada, escuchando el incesante eco de la queja de su hermano que quería seguir avanzando en el camino y ella exigió que se detuvieran. Este autorreproche reverbera en la profecía paterna que le advertía con inquietud «nunca terminas lo que empiezas».

Esperanza amortigua el dolor por el duelo del hermano con drogas y rupturas con la realidad, que le hagan sentirse otra. Rompe con el novio con el que vivió el accidente, abandona los estudios que estaba realizando, para empezar de nuevo.

En la casa tira el tabique que separa su dormitorio del de su hermano y retira todas sus pertenencias para evitar este sufrimiento a sus padres y así empezar de nuevo sobre la vieja necesidad de castigo. Trata de compensar a sus padres por la muerte del hijo y, cuando esta defensa se quiebra, le acusa a su madre de haber preferido su muerte antes que la de su hermano. Se convierte en otra prometedora joven que emprende una nueva carrera universitaria idealizada, para así tratar de compensar a sus padres por la pérdida sufrida, de la que se hace cargo paradójicamente fracasando. Es el triunfo en la reiteración de la caída lo que esta sosteniendo la restauración de su herida narcisista, debida a la descarga no representada que evacua «cargándose» su progreso, con el peso de una viga que no le permite avanzar. «El otro día estuve cenando con mi padre y me leyó un cuento que había escrito. No era trise pero me emocionó muchísimo. Soy muy rara, porque a mí todo lo que se relaciona con mi padre me conmueve mucho y no sé por qué (desligazón de la vivencia de desamparo). Es lo único que me queda.»

En su queja por la mala sombra que ha oscurecido su vida, apreciamos la atracción

que siente por esa oscuridad que durante más de una década en su juventud (de los veinte a los treinta y seis) le ha ocupado con una fuerza pulsional inusitada, inefable e irrepresentable. Es una renuncia libidinal complicada, porque los acontecimientos traumáticos le han otorgado un protagonismo como damnificada, que se cuela desde la inauguración de la relación transferencial. El paradójico disfrute de este lugar de víctima, que al mismo tiempo la despoja del acceso a la satisfacción derivada de sus elecciones libidinales secundarizadas, va a constituir el modelo para elucidar su funcionamiento en la transferencia. La renuncia a este falso protagonismo, que significa ocupar el lugar de los muertos, se va a formular como reproche que guía nuestro trabajo analítico y que es también núcleo de la relación con su padre. «Nadie entiende lo que he vivido.» Ataca sus relaciones libidinales porque son impotentes para rescatarle de la potencia de su perdida traumática. Se queja de la incomprensión ajena hacia lo excepcional de su historia libidinal yen esa queja escucho su propio encierro por la exclusión en su Yo de una parte encriptada.

Un oscuro placer, que deriva de la desligazón traumática, la ocupa tras la escisión. Es el empuje de la descarga que la lleva al borde del abismo poniendo a prueba sus identificaciones y el lugar que su deseo elige.

Su cuerpo lleva también la marca de la transmisión traumática. La enfermedad de la madre es, en parte una herencia, que se transmite entre las mujeres, y en parte un castigo adquirido por arriesgarse a retar al poder establecido: ¿autoridad medica?, lo que ella piensa que le costó la vida (a la madre y al hermano). La paciente siente de idéntico modo trabado su progreso profesional, que quedó bloqueado por la amenaza que supone a su integridad narcisista, que no le autoriza a realizar sus propias elecciones libidinales, que han quedado secuestradas en la satisfacción del más allá del principio del placer. Esperanza hizo un primer intento de tratar su enfermedad heredada con el mismo médico que trató a su madre, al que trasladó sus expectativas, y sufrió un doloroso fracaso, que le confirmó en sus sospechas de no merecer otra cura distinta a la mortificación.

Antes de acudir al tratamiento analítico también había realizado numerosos intentos con terapias diversas: gestálticas, psicofármacos, psicodrama, cognitiva-conductual..., dejando un amargo sabor de triunfo del poder de su sufrimiento sobre todos los intentos de ayuda. Es el omnipoder de la atracción del traumatismo, que no puede ser integrado, ni amortiguado por una relación libidinal que le dé un significado. Este es un filo de navaja en el que se mueven todas sus relaciones y ella lo expresa así: «Si fracasa este tratamiento es mi última oportunidad.» «Es mi sino que todo vaya mal.» Es un reto inconsciente al que somete a cada nueva relación libidinal, en la que descarga la necesidad de sostener el peso del dolor traumático para demostrar su valor. Somete cada encuentro a un desafío de tipo salto mortal (omnipotente) sin red, para deshacer lo acontecido, deshaciendo la red asociativa en la descarga de excitación no ligada apréscoup.

Él fracaso está plurideterminado, y condensa la amenaza de ruptura que surge en el establecimiento de cada relación libidinal, que resignifica unos duelos no elaborados.

Otros elementos significativos de este fracaso es la fijación a un tipo de relación con una madre engendradora de vida y muerte psíquicas, que aborta su deseo de fecunda maternidad. Esperanza me dice que ella ha sobrevivido a todas las pérdidas porque quiere ser madre: «Todo lo que hago es porque deseo tener un hijo», pero este deseo está ensombrecido por el triunfo omnipotente sobre las pérdidas. Subyace una confusión con otro deseo que va más allá de ser ella madre y se torna en «ser su madre». Sustituir a su madre, tener su hijo (hermano) y poseer su pareja, es el goce que la dejó atrapada en la identidad de víctima, que recoge el omnipoder del fracasado porvenir.

Hace un tiempo realizó un aborto provocado, porque su situación con su pareja y sus problemas de salud no le permitían llevar a buen término un embarazo. Los fantasmas que aparecen en el análisis en relación con este acto, tienen que ver con la elaboración de la pérdida de la madre que bloquea la legitimidad de su sexualidad adulta.

Asocia su relación de pareja con la que estableció su padre, cuatro meses después de la muerte de la madre, con Carmen, a quien ella siente que dio cabida en la vida de su padre. Fue ella quien le señaló a su padre que Carmen estaba deseando tener una relación con él. Vuelve a sentir el triunfo de un protagonismo que la enajena, porque lo traduce en una ecuación simbólica que la destina a ocupar el lugar de la madre. Sin embargo, Esperanza llevada por la vigencia de sus deseos edípicos, se cree traicionada por su padre, que siente que le hizo albergar falsas expectativas de una unión inquebrantable tras la muerte de la madre, y luego la dejó abandonada a su negra suerte.

Me dice que en una ocasión increpó con acritud a su padre, a quien le reprochó que, si hubiera transigido con su madre la mitad de lo que ahora hacía con Carmen, le hubiera hecho a ella la vida mucho más agradable. El presente y el por-venir están colapsados con un pasado que no pasa, porque las deudas que impone tienen una vigencia inapelable.

v Esperanza y su padre se quedaron solos después de la muerte de la madre. El se hundió en un abatimiento extremo y ella le zarandeaba diciéndole: «¿Qué? ¿Otra vez mirando el infinito, disfrutando de tu desgracia? ¡Ya está bien de auto-compadecerte!» Esperanza se asusta de la proximidad con su padre, pero cuando pone tierra por medio (viaje de beca Erasmus) se siente abandonada por él. Sus mecanismos proyectivos funcionan con la misma claridad para ver el motivo del sufrimiento en el otro, que para renegarlo en su propio yo.

El aborto que realizó con su pareja también fue objeto de reproche hacia el padre, en una ocasión en que le echaba en cara su despreocupación por ella. ¡Hasta qué punto la había abandonado, que había tenido que abortar! Es el funcionamiento clivado del trauma el que atrae las cargas libidinales del fracaso, que sujeta una vez más la identidad con la madre.

La viga (trauma) que sesga la continuidad de su vida psíquica, dejándola bloqueada por la fijación mortífera, no le permite diferenciar su relación de pareja de la de su padre, y este dique contribuye por la escisión de sus deseos edípicos de sus raíces infantiles a una apariencia de elección adulta de vida en pareja. Es el filo de navaja que escinde la escena psíquica edípica, sometida a la represión, de aquella que, amenazada por la atracción abortiva escenifica la reunión con la madre todopoderosa. En el inconsciente desligado, la relación incondicional con la madre desafía su elección de objeto libidinal condicionado a la representación de la perdida.

El núcleo melancólico de su funcionamiento quedó atrapado en un secuestro psíquico, que se mantiene como fidelidad de superviviente frente a la caída materna. Este sentimiento de perderlo todo tras la muerte de la madre en lo manifiesto, se invierte en lo contrario en lo latente: haberse quedado con todo, con el padre y todo lo que era de la madre y del hermano. Este autorreproche forma parte de su mortificación exculpatoria, que, lejos de hacerle responsable de sus elecciones, le devuelve al sentimiento de triunfo sobre las pérdidas: la meta es perderse siendo un todo con la madre. La renuncia pulsional no encuentra una barrera en la represión y el Superyó feroz indiscriminado del ideal se apodera de su funcionamiento.

El daño corporal, como señala Freud, en los traumatismos recoge la libido narcisista produciendo una satisfacción evacuadora del proceso de duelo (Introducción al narcisismo, 1914).

Para Esperanza, la enfermedad heredada de la madre atañe el centro de su proceso de identificación femenina, como mujer y como madre, que ha permanecido secuestrado por la identidad de víctima. Esta identidad femenina esta regulada por la satisfacción narcisista, que desafía el poder de la diferencia de sexos y de generaciones. Es el órgano enfermo el depositario de un legado ominoso que se impone a las mujeres de la familia, sometiéndolas a la amputación del deseo de una vida psicosexual ligada al hombre portador de la diferencia que complementa y censura. Esta herida crea una deuda con el omnipoder de una mujer mortífera (madre todopoderosa). El órgano sexual del todo poder materno está imaginariamente colocado en el poder fatal de la enfermedad. Este legado propio de la sexualidad femenina está en relación con la potencia erógena de la mortificación sexual de la mujer frente a la impotencia del hombre.

El dolor físico se halla contrainvestido por la identidad con la madre y lleva este estigma, que le hace portadora de una reivindicación fálica (goce del síntoma). En los casos clínicos expuestos, este movimiento de identidad, llevado por lo más pulsional de la pulsión, arrasa los procesos de identificación secundarios abortando su deseo femenino. La identidad con la madre les impulsa a buscar el dolor, la enfermedad, la herida reiterada en los objetos de amor. Les excluye del mundo de los hombres con atributos deseables, para sumergirlas en las aguas cenagosas de las mujeres dañadas, víctimas de un destino funesto, objeto de abuso y de fascinación.

El trabajo analítico con pacientes que han sufrido un traumatismo, lejos de

llevarnos a crear nuevos espacios de victimización, nos debería impulsar a desmontar la barrera que segrega a la víctima en una identidad inamovible. Este caso clínico representa la posibilidad de elaboración del trauma, que puede ser acogido por el yo neurótico y no permanecer anclado en la con-fusión de víctima. El riesgo de hacer una identidad de la condición de víctima es que esconde en su inconsciente el funcionamiento heroico del superviviente. Esperanza tiene idealizada a su madre por haberse salvado de una infancia de abandono y maltrato y ella siente que debe ser fiel a este reflejo fascinante.

Después de su muerte, Esperanza no puede cuestionar su inquebrantable identidad de víctima-heroica y carga con el odio, que le despierta contra-sí-misma y contra los hombres que nunca estaban a la altura de sus expectativas.

Cuando el legado femenino en la relación madre-hija queda secuestrado por los ataques al seno materno, debido a la decepción por su inconsistente fragilidad, la mujer se siente presa del complejo de inferioridad, frente al poder que atribuye al hombre. Este sentimiento de minusvaloración se camufla de rabia vindicativa y deseo de revancha.

La dificultad de representarse la ausencia de la madre porque está con otro obstaculiza el duelo por la pérdida del objeto incondicional materno, del que se desconfía por el odio que despierta contra sí-misma por lo amargo de la decepción. Esta desconfianza se proyecta en una persecución (destino fatídico) por parte de la autoridad y del poder considerado como fuente de humillación y rebajamiento. Es Ley de ese modo de vida psíquica esperar las desventuras propias de su erógena sexualidad mortífera.

Esperanza llora amargamente en la relación transferencial cada vez que siente que el amor incondicional de la madre es una quimera y la rabia le lleva a justificar el atropello de sí misma y del otro como medio para lograr su fin omnipotente.

VI

El trabajo psicoanalítico a la escucha de la pulsión de muerte

Elaboración del trabajo interpretativo

El analista va estableciendo asociaciones de palabras para dar curso representativo a los objetos de la pulsión, que se despliegan en la relación transferencial. El material de la interpretación es la palabra que abre la psicosexualidad del encuentro analítico a la resignificación y frena la repetición de la descarga. La interpretación se gesta en la lengua del encuentro-desencuentro «entre dos»: objeto-sujeto, inconsciente-consciente, clivado-reprimido. La interpretación saca a la luz las modalidades del conflicto, sus defensas, y el deseo que se formula en toda producción del inconsciente. El inconsciente circula en la relación del sujeto con sus objetos en un doble registro: el principio del placer que busca la satisfacción del deseo y el más allá del principio del placer que busca la evacuación del resto irrepresentado en un desafío que reta la relación.

Aquí nos encontramos con la roca de lo real, que es el escollo que buscamos desenmascarar en este trabajo. La teoría psicoanalítica surge de la clínica en su historia, que sucumbe primero a su seducción, y en un segundo tiempo la interpreta como un movimiento libidinal sostenido por el deseo edípico.

Con la introducción de la compulsión a la repetición, se añade al funcionamiento mental un modo ciego de descargar el dolor insoportable, que fija al sujeto a las experiencias de desvalimiento psíquico por falta de representación.

Al no poder albergar este resto traumático que desata una excitación que no logra ser ligada ni con las representaciones de palabra, ni en la producción del inconsciente reprimido que sostiene el deseo, el psiquismo lo evacua en actos, en el cuerpo y en procesos alucinatorios que desorganizan la construcción de la prueba de realidad.

El descubrimiento de esta fuerza ciega, que deshace los lazos del deseo con el objeto de la pulsión y con las zonas erógenas, transforma la escucha analítica y el fin del análisis. ¿Puede el analista contener en su contratransferencia una parte todavía no representada del afecto del analizado?

Si el analista recibe este afecto transmitido sin palabras, buscará construir una escena de representación de la vivencia actualizada en la transferencia.

Pero si el analista no logra contener el síntoma contratransferencial y no lo reconoce, tenderá a su vez a rechazar lo que suscita displacer en él y probablemente decidirá que su paciente no es analizable. Cuando el analista entra en una comunidad de renegación con el paciente, dejara que esa parte del psiquismo de ambos

participantes del proceso funcione en identidad de percepción, no logrando pasar a la identidad de pensamiento en el juego de las identificaciones. Lo que resulta es la imposibilidad de interpretar ese material y la excitación puede conducir al paciente al abandono del tratamiento o a una reacción terapéutico negativa.

Así se construyen las fronteras entre lo que concebimos como analizable e inanalizable. Del mismo modo que se erige la frontera entre lo familiar y lo extraño-extranjero. Sin embargo, detrás de esta aparente distinción hay una confusión, pues lo que no se reconoce como propio se proyecta en lo ajeno-enajenante.

Freud señaló al final dé sus días la importancia que cobran en el análisis los obstáculos debidos a la pulsión de muerte, y el esfuerzo requerido al analista para escuchar este otro modo de funcionar y darle una interpretación, a la que después llamó construcción.

La seducción histérica coloca al analista en el lugar del padre y/o la madre seductores de la infancia, con los riesgos que conlleva la actuación de esta fantasía en la transferencia. Pero la compulsión a la repetición, violenta al sujeto con-fundido con su objeto, también en la transferencia. Busca dejar fuera del juego fantasmático al analista y a su espacio psíquico, por la fuerza de cortocircuitos de la realidad psíquica del sujeto con la realidad material, que ciegan su percepción. Para escuchar este silenciamiento (comunidad de renegación), que quita la palabra al sujeto y a su objeto reclamado como cosa para que obture con su potencia, el afecto de exclusión-impotencia; hay que ligarlo a la historia de la relación analítica (intersubjetiva), a la historia intrapsíquica que cobra cuerpo en la realidad psíquica del sujeto y a la transmisión de procesos traumáticos que dejan un resto irrepresentado en la construcción de la realidad.

El funcionamiento psíquico se rige de modo paradójico, quiere quitarse el sufrimiento pero no se cuestiona el placer que le procura. El paciente que pide ayuda desea desembarazarse de su gestación psíquica como si nada tuviera que ver con él; perdiendo de vista lo que de él se pierde y la ganancia que le procura. El analista sale de esta paradoja del funcionamiento mental retomando la palabra que introduce una separación entre el sujeto de la pulsión y el objeto de la satisfacción. La palabra cura cuando restablece un espacio intermedio ente la carga libidinal y su representación simbólica, pudiendo establecer vías de asociación subjetivas, que como una red tupida permitan al sujeto apropiarse del peso de los golpes con su historia.

Este es otro modo de devolver a la representación de la angustia de castración el timón del funcionamiento mental, que así recupera su valor de señal para que el Yo reorganice sus defensas. Las pacientes estudiadas nos muestran, cómo hay una parte de su historia libidinal con la que han hecho cuerpo, a través de la identidad femenina, que no pueden cuestionar, y que además desean descargar por su rechazo a hacer el duelo por los objetos infantiles. Este funcionamiento las devuelve una y otra vez a la identidad de víctimas de múltiples abusos o atropellos traumáticos; este funcionamiento está sostenido por la cultura imperante en la transmisión traumática

familiar.

El trabajo de diferenciación entre lo propio y lo ajeno, entre la fantasía y la realidad, ente lo heredado y lo adquirido, no se realiza psíquicamente sin hacer un duelo. Es un proceso de desprendimiento de los objetos originarios, que dieron origen a la pulsión y que el yo derroca tras incorporarlos en las identificaciones. El trabajo de duelo enlaza cultura y construcción intrapsíquica del Yo en relación con el Superyó en el sujeto.

Las identificaciones son las consecuencias de las despedidas que el yo promueve para su constitución y la forma en que la cultura incorpora las transformaciones de sus ideales y de sus leyes.

Laplanche y Pontalis:

> Identificación: proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma total o parcialmente sobre el modelo de éste. Cuando esta diferenciación está trabada por la agresión que produce, se solapa con la identidad, que es la repetición de lo mismo, que no da cabida a ningún cambio.

El proceso identificatorio sostiene la integración psíquica de los duelos, que dan cabida a las pérdidas porque sus huellas dan acceso a una transformación simbólica. Los cambios que se incorporan en las identificaciones tienen una dimensión simbólica: transitar por la despedida de las figuras que sostienen el amparo emocional, adquirir el reflejo que dejó su huella. Pasar a ser en parte como estos objetos perdidos que no forman una unidad indisoluble con el sujeto. Cuando esta separación es vivida con una angustia catastrófica o es insoportable, el individuo suelda este abismo con descargas que lo ciegan y le devuelven la vivencia de poseer una identidad sin fisuras, en los casos clínicos que presento encontramos este funcionamiento. Esta es la patología de los trastornos del narcisismo: el trauma fractura el Yo, que permanece clivado. Por un lado se produce una cripta, en la que queda inmóvil el impacto y la pérdida renegada, y por el otro, el Yo queda preso de una excitación desbordada en actos y distorsiones de la realidad. En la clínica vemos que esta distorsión se explicita en la identidad femenina de víctima de un atropello violentador. La diferencia está entre una identidad que suelda las heridas narcisistas y una identificación que permite reconocer al objeto de la perdida e incorporarlo al Yo como una parte.

La identidad amalgama, por la fuerza de atracción de la descarga los duelos que perturban el pensamiento de uno mismo, y violentan al sujeto dividiéndolo (clivaje) en comportamientos estancos, donde se reparten las cargas afectivas con sus lealtades por indiferenciación. Si el sujeto queda con-fundido con el objeto, que penetró con violencia en su psique, se rompe y una parte del sujeto permanece secuestrada mientras otra busca repetir el trauma para descargarlo. Este modo de funcionar en comportamientos estancos se debe a la incapacidad del sujeto para aceptar las

diferencias. Es una manera de seguir reviviendo en el presente la presencia no reconocida de un proceso traumático, que se desgarra y que es fundamentalmente distinto a la diferencia. Es la seducción de la melancolía, que hace que se presente con su incuestionable poder la carga de un pasado desligado que deja al sujeto apresado en un destino que no fue aceptado y está por-venir.

En el caso de Dolores vemos que esta presencia de la madre ausente, que está renegada en la conciencia, la apresa en una cárcel in consciente bajo amenaza de despersonalización. En la transferencia Dolores busca la pertenencia, que es para el funcionamiento inconsciente la descarga, y teme acabar con todos los objetos de esta transferencia del goce de la pulsión de muerte, como liquida su propio Yo.

Ella asocia este modo de usar el objeto, como un desecho para desprenderse de la causa de su desamparo, a los 30 años de sus distintos y bizarros análisis, al temor a haberse cargado a su marido y a su vigilancia extrema para que sus objetos no la abandonen o le den la espalda. Cuando se despide de un ser querido se apodera de ella el temor de que en un acto de locura le clave un puñal por la espalda.

En los procesos traumáticos, este clivaje mantiene intacto el desprendimiento de excitación, que no alcanza a ser tramitado por las vías asociativas de las representaciones y se mantiene presente en la actualidad de su desligazón. El trauma tiene un efecto atractor e invasor del sujeto conminándole a su repetición, que a la vez si se recoge en la transferencia da lugar a la interpretación.

La interpretación de estos procesos introduce una distancia protectora que distingue en el sujeto una parte usurpadora por la invasión, de la capaz de recuerdo. Es un trabajo doloroso que sólo sostenido por las identificaciones logra atravesar el silencio del desierto que amenaza con devastar los oasis de las relaciones fecundas. El duelo quedó estancado, porque el odio que despierta es devastador para el sujeto. En los casos expuestos el odio hacia el objeto usurpador de la madre les conduce a estas mujeres a un reiterado fracaso en la relación de pareja. La rivalidad por el amor de la madre no dio paso a la identificación, quedando estancada en la identidad, porque no se sintieron autorizadas a competir con la madre por un padre legitimador.

En el encuentro terapéutico la interpretación devuelve el protagonismo a la palabra y su poder de simbolización, que cobija y abre el espacio-tiempo al psiquismo que quedó colapsado por la colusión entre la realidad psíquica y la realidad material. El poder invasor del trauma quita al sujeto la propiedad de sus respuestas, como si estas estuvieran determinadas por la fuerza del destino. Es esta una inversión que coloca en el porvenir la inexorable repetición de lo que aconteció, sin posibilidad de intervención mediadora ni del sujeto ni de su entorno. Quedó así inmovilizado al espacio psíquico en el punto fijo donde el choque penetró sin mediar y donde ahora, en la relación terapéutica, introducimos la mediación simbólica que permita pensar esta confrontación. La intrusión traumática está en la relación con una madre que es sentida por su hija como objeto compensatorio de su herida narcisista (como muestra el material clínico). Más preciso sería decir que el trauma está relacionado con una

pérdida no asumible y un amparo no sentido.

La interpretación surge de la relación transferencial que establece el paciente, pero está precedida por la relación contratransferencial del analista, que le da su propio sentido. Este último construye la teoría desde la clínica con sus interpretaciones, que organizan el material inconsciente. Las interpretaciones constituyen el marco desde el que el psicoanalista accede al inconsciente reprimido para ligar el inconsciente clivado. Ellas son el eslabón que engarza la singularidad de cada encuentro transferencial, con la universalidad simbólica introducida por la teoría de la clínica. En el marco que hace posible el proceso analítico nos figuramos estar en el origen de la psico-sexualidad por la seducción de la pareja parental. La metapsicologia como las teorías sexuales, forman parte de la contratransferencia, que precede a la especificidad de la circulación de la relación con el inconsciente, que se produce con cada paciente. La palabra interpretativa articula la sincronía de dos inconscientes que evocan historias diferentes en cada suJjeto. Un ejemplo de esta interpretación en el caso de Helena es la formulación interpretativa de su desamparo: como refugio traumático (incubadora) que la mantiene cautivada, para evitar la amarga decepción que le cabe esperar de los hombres en la vida (sexual) de la mujer. En su realidad psíquica la desligación se transfiere al fracaso de la función paterna por su incapacidad de otorgar a la sexualidad femenina el lugar que le corresponde. Si el supuesto transmisor de los valores culturales y familiares es un «sujeto patrón» herido en su narcisismo y frágil psíquicamente, el retoño se siente potente-impotente para ocupar su lugar en la cadena de transmisión. Esta fragilidad paterna es usada engañosamente por la madre delante del niño para derivar sus carencias y sus satisfacciónes eróticas.

De ahí la importancia de articular en la interpretación la satisfacción del deseo edípico con la descarga de la restauración del narcisismo. El paciente sufre por que el síntoma psíquico satisface su gusto erótico por una vía de evacuación que equilibra su funcionamiento.

En la clínica vemos en la transferencia, cómo se repite el apresamiento de la sexualidad femenina en las redes de la identidad con la madre. Este es el obstáculo a la elaboración del cambio psíquico que Freud llamó «desautorización de la feminidad». En este modo de funcionar hay implícita una necesidad de castigo por la diferencia y la rivalidad. El anhelo de recuperar el paraíso perdido en una relación madre-hija (incondicional), que no fue, ya no será, sino de un modo autodestructivo, que porta la vergüenza de la falta de significado para una madre poseída por otros.

La interpretación de la relación transferencial, que repite la relación primaria con la madre en la identificación primaria, es que la idealización del encuentro con una pareja incondicional está condicionado por la relación con una madre que le hace sentir menospreciada. Este es el núcleo del odio al objeto, que hace que la víctima no se reconozca como verdugo de su propia psicosexualidad.

Es el núcleo traumático del odio al objeto confundido con el sujeto, lo que se

interpreta en la transferencia, para procurar su reconocimiento como motor de la atracción autodestructiva, o de la necesidad de castigo. El modo de pensar la relación con este objeto de la satisfacción pulsional es la identificación en la transferencia.

El psicoanalista no puede dejarse seducir por la trampa del narcisismo herido que busca un abrazo para sostenerse, el paciente no se cura con contención ni con experiencia emocional correctiva, sino apropiándose del núcleo traumático con su Yo y representándolo. El psicoanálisis entiende el sufrimiento con el síntoma que equilibra, bien el goce del exceso de la pulsión de muerte y el retorno angustiado de la satisfacción del deseo reprimido. Por eso el sufrimiento no tiene fuerza de Ley. Y darle una recompensa sería brindarle un excepcional beneficio para no enfrentar las pérdidas.

El colapso narcisista enfrentado al reconocimiento del objeto perdido

Cuando se ha producido el derrumbe de la ley, que salvaguarda el narcisismo, no se puede buscar un reconocimiento en la mirada de otro tercero. Falta ese tercero que se interponga entre los abusos propios de la relación dual, o tú o yo. Este atropello del contrato que ampara el narcisismo deja liberado al sujeto a un empuje actuador del «sálvese quien pueda». Dolores busca la identidad por la pertenencia para así salvarse repitiendo el abandono y también buscando su expulsión. La falta de este respaldo en la clínica mostrada se traduce en una desconfianza incuestionable en lo esperable de parte de los hombres. Es la ley del talión, morir o matar, ojo por ojo, así queda amputada la construcción de un espacio, donde objeto y sujeto pudieran encontrarse en la mediación simbólica del lenguaje. En el análisis creamos un espacio potencial para hablar la lengua de la mujer-madre. En el espacio transicional de la transferencia se da cabida y sig nificado a los objetos transicionales que ocupan el espacio propio derivado de la relación materna primaria.. En la transferencia se produce el encuentro con la ilusión recreadora de un espacio psíquico donde pensar las diferencias. Entre la ilusión que despierta el encuentro y la desilusión con la que el sujeto debe confrontarse, introduciendo la interpretación que crea el espacio transicional entre la transferencia y la realidad psíquica, el analizando puede hacerse cargo de sus identificaciones.

En la relación transferencial se nombran los actos que, llevados por la urgencia de la descarga, desorganizan el trabajo de separación, por lealtad hacia los muertos. Este trabajo se sostiene en la relación analítica como tercero para poder representar lo que se extravía compulsivamente. El objeto de nuestro trabajo es rescatar para la elaboración psíquica, a través de las palabras que anuden la relación transferencial, un lugar tercero, que transforme la violencia de lo impensable en dolor de pensamiento. En el caso de Esperanza, poder tener un hijo con su pareja, que no reemplace la pérdida de su hermano ni de su madre. En este caso la transferencia materna en el análisis despierta el omnipoder de tenerlo todo, de no tener que esperar nada de nadie. Este obstáculo traumático es objeto de la interpretación de la transferencia. ¿Por qué

la lealtad hacia la madre muerta le deja sin posibilidad de elección propia, de pareja y de profesión?

La resistencia al reconocimiento de la diferencia de las generaciones está desligada en una fijación psíquica a un muerto-vivo (clínica), ocupar el lugar del hermano muerto o de la madre muerta, es en el pensamiento mágico restaurador de la herida por la perdida. El reto de Esperanza es «ser madre», no como su madre, sino ser su madre y tener su hijo (hermano), es decir, repetir idénticamente la historia. Lo renegado es la rabia por el abandono, que excita este goce y que conlleva abortar toda relación. Como hizo en su fantasía su madre, dejándola sin nada o con todo.

La imposibilidad de hacer el duelo está invertida en el poder psíquico de dar vida al objeto muerto. Su narcisismo está empeñado en dar vida a los objetos no resignados de la transmisión traumática y así vencerlos, destruyéndose con el poder atractivo de su excitación desligada.

-El trabajo analítico ha permitido a estas pacientes rescatar un fragmento de su historia arcaica y así romper el círculo de la repetición traumática, dándole un significado aprés-coup. Precisamente la construcción en el análisis de sus angustias tempranas, transforma en historia aquello que previamente existe; no como recuerdo, sino como repetición y les permite acceder al reconocimiento de su Yo perdido y causa de la perdición. Avant-coup, dejó-la, es el nombre que damos al primer tiempo del trauma, que no tiene representación en el psiquismo.

La compulsión a la repetición es el modo en que funcionan los procesos traumáticos, situándose más allá del principio del placer, y construyendo una identidad que opera como un auténtico encierro para el propio sujeto. Es la roca psíquica que petrifica un dolor insoportable y sin transformación, que queda fijado en una identidad de superviviente, en la que queda detenido el tiempo y el espacio para mantener sin quiebra la fidelidad a los muertos. En la «identidad del superviviente» está vigente la relación especular (dual) entre la víctima y su verdugo, siendo ésta el espectro del muerto. En la clínica, esta identidad con la madre se repite en la relación con los hombres. La compulsión a la repetición tiene un empuje inapelable, que hace cuerpo con una realidad no representada porque no está sometida a la represión del Yo, y queda alterado por la escisión-renegación. El psiquismo queda secuestrado por la intrusión forzada que continúa violentando al sujeto y su realidad en torno, transmitiéndose en las relaciones intersubjetivas en la identidad de percepción. ¿Con la regulación narcisista el sujeto crea vínculos que reiteran la herida de la que huye inconscientemente?

Es este funcionamiento en compulsión repetitiva el que transmite el traumatismo sin palabras, a través de una herencia encarnada, que al hacer cuerpo con la realidad escotomizada, provoca una ceguera de lo irrepresentable. Este recorte en la percepción e integración del principio que juzga la realidad, se produce porque la compulsión no se somete al principio de placer-realidad. Este empuje va más allá para descargar unas mociones pulsionales no domadas por los mecanismos que

proporcionan al Yo los filtros amortiguadores y este queda partido por diques anti traumáticos. El trabajo analítico en la clínica intenta invertir el empuje de la flecha que traza la identidad en el trauma, para hacer de ésta un reclamo para la elaboración de una posible simbolización. El modo de la supervivencia, o forma antitraumática de seguir viviendo, conlleva un espanto-fascinación por los orígenes, que generan un desamparo sin nombre frente a los lazos afectivos con el objeto. Helena se siente culpable por provocar la violación por un nazi y Dolores se siente responsable del suicidio del padre de su hijo. Esperanza siente que la fidelidad a su madre no le permite esperar nada de los hombres. La interpretación introduce el motivo inconsciente en la descarga, no una reiterada acusación que satisface a la pulsión. ¿Por qué buscan el sacrificio de una parte de su Yo para sentirse queridas? Porque no se han sentido significativamente elegidas por el amor materno, que sintieron como entregado por entero a sus rivales, a muerte. Esta convicción delirante de la realidad absolutamente excluyente de la escena primaria, es la que se repite compulsivamente en su funcionamiento de víctima-verdugo.

La herida narcisista impone su restauración compulsiva para no enfrentar el significado de las pérdidas, que busca en su hemorragia drenar un dolor impensable. La enfermedad es un refugio narcisista contra los riesgos de una elección de objeto sexual, que amenaza con reabrir las heridas no representadas. Sin embargo, la sumisión al dolor tiene fuerza de ley cuando el individuo se imagina dentro de un universo dual, en el que impera el tú o yo, víctima o verdugo. Así es como se puede hacer del sometimiento un argumento que legitime el avasallamiento. El atropello sufrido se equilibra y se restaura, transformándose de pasivo en activo, volviéndose contra uno mismo mecanismos de tramitación pulsional destinados por la compulsión de repetición a la evacuación de lo insoportable. El atropello a manos de otro impune, eso es lo insoportable. Cuando el abuso está respaldado por la autoridad, el sujeto siente vergüenza, por sobrevivir, porque la arbitrariedad le hace sentir merecedor del maltrato y culpable de no sucumbir. En los casos clínicos vemos cómo el destino, buscado por el modo de funcionar del inconsciente clivado, procura los sinsabores que obligan a las pacientes a permanecer presas de su desamparo. En el aquí y ahora de la relación transferencia, el paciente recupera el protagonismo del reiterado desamparo que sintió y que se volvió una autoimposición restauradora de su narcisismo.

El trauma psíquico, que produce una herida narcisista provoca una regresión a la identidad de percepción desde la identidad de pensamiento. El sujeto no acepta otro vínculo que no sea la adhesión incondicional. Cuando la víctima de un atropello logra reanimar la identidad narcisista de base, aumenta la posibilidad de sobrevivir al abuso. La identidad (superviviente) es la entidad a través de la cual se alcanza un reconocimiento. No es sentida como una opción (elección) sino como un destino del goce, es un imperativo del que cuesta desprenderse porque la fuerza de los muertos aborta toda apelación. La lógica de la identidad de víctima convierte al objeto de la pulsión en nuevo sujeto de atropello. Cuando se instala este modo de funcionar en la transferencia, su interpretación provoca una elaboración mediadora entre el Tú o Yo. Uno de los escollos de esta batalla se da entorno a la responsabilidad por la ausencia

en las sesiones. Es la ocasión que propicia la elaboración representacional de lo que se presenta por su ausencia. La interpretación intenta poner palabras al desencuentro, que se evacua en el encuentro analítico. El analista le da significado cuando éste es el vehículo de la descarga pulsional en la transferencia y señala las consecuencias en el impasse del proceso.

La identificación con el agresor es un simulacro de proceso identificatorio, porque no hay distancia, no hay separación, es una falsa alternativa; ser la víctima o el verdugo, disyuntiva frente a cuya violencia sin salida, sólo queda ocupar el lugar del verdugo. Se invierte la dinámica inconsciente haciendo padecer al otro en las mismas condiciones el daño, que no se ha podido soportar con el pensamiento y su representación. Es una identidad con el opresor que evoca el sometimiento a la humillación, tanto del sujeto a su propio desamparo, como del que viene del objeto, del que no cabe esperar sino un reiterado desamor. Es la repetición de la desgracia de no haber nacido al amor de la madre (Dolores). Este mutismo está ligado a la vergüenza de haber salido con vida de tanta devastación, mientras el otro amado ha sucumbido a su pasión. La vergüenza es un afecto que elude ser nombrado, porque evoca la humillación, contrariamente a la culpabilidad, que es una forma de aliarse con el otro, buscando una reparación y un perdón, para saldar la deuda con él.

La vergüenza encierra al sujeto en la lógica del usurpador y hace que se sienta la causa del desamor y del atropello. ¿Algo habré hecho? Es la pregunta retórica que la víctima se formula para esconder el dolor de su desamparo psíquico: ¡No soy deseable!

En Pegan a un niño (Freud, 1919) nos muestra que la posibilidad de cambiar de escenario significa que hay distintos lugares psíquicos para la identificación. La herida narcisista busca ser indemnizada por la reparación maniaca de la identidad damnificada, restauración omnipotente en la venganza de la vergüenza. Esta fractura del Yo deja de sangrar en la descarga, cuando es capaz de integrar el sentido perdido en una angustia señal de la castración (amenaza a la integridad). La elaboración del traumatismo, ligando su excitación a través de la angustia señal a los procesos de identificación, da lugar a la integración en el yo de las pérdidas y a la renuncia a su evacuación. Helena puede reconocerse humillada en su identidad femenina y transformar su indefensión de «rata» (en la incubadora) en anhelo por encontrar un hombre como su padre, a pesar de su rabia.

En la escucha analítica estos mecanismos no sometidos a la represión vuelven una y otra vez, en forma ruidosa como ataques y somatizaciones, o en forma silente, cuando la identidad con la madre muerta, desvitalizada. Esta ausencia de deseo de la madre toma la es cena psíquica secuestrando en una deuda impensable su funcionamiento, que a través de la mortificación rescata la unidad perdida. La posibilidad de ser albergada esta excitación en el Yo y por tanto en la relación transferencial, sin que el sujeto se vea forzado a reiterar la escisión, es el núcleo de integración del proceso de cambio Es hacer de los obstáculos al análisis, un motivo de reflexión de los componentes contratransferenciales de la erotización más

desligada de la transferencia. La comprensión del sentido doloroso-gozoso de estos mecanismos de desligación del objeto, que se repiten en la transferencia, son las urgencias pulsionales y los excesos a los que el Yo se somete para reiterar un desprendimiento que lo erige, como vemos en los sueños, en matriz preñada por el narcisismo de muerte.

El funcionamiento psíquico del superviviente enmudece la culpa elaborativa, que daría paso a la responsabilidad. Su expresión está ligada al omnipoder del destino. El superviviente descarga, en su imposibilidad de engendrar relaciones de deseo de vida, un masoquismo mortífero que le une indisolublemente a los objetos desvitalizados, o a sí mismo como objeto del autosadismo. Dolores dice que lo malo es que ella desee algo de un hombre, porque sabe que los hombres que ella valora se enamoran de otras, y que sólo puede esperar su desprecio. Ella coloca en el hombre su falta de aprecio por su sexualidad femenina vivida como despreciable. El trabajo del psicoanalista es comprender lo que se vuelve a poner en juego en la escena transferencial y representar en palabras la satisfacción pasional del estado de completud de la relación narcisista.

La construcción (representación) ¿el escenario del origen del sentimiento de desamparo en la relación actual con el analista permite salir del encierro de la acción-reacción y que la pasión del analista no responda a la de su paciente. A través del sacrificio de una parte del Yo se recupera el amor anhelado, es el amor a muerte de la seducción melancólica.

¿Qué queda cuando abrimos la caja de pandora? La esperanza,es reconocer lo que se pierde del Yo en la entrega melancólica.

Retomaré las palabras de mi paciente para tejer un entramado simbólico que dé cabida a los agujeros traumáticos en la historia y en el trabajo analítico.

Hace unos días, tras un fin de semana con múltiples desencuentros en la relación con su padre, Esperanza vino diciendo: «¡No puedo estar tantos días sin venir, se me ha caído el mundo!» Cuenta que, en una refriega con su padre, éste la conminó a dejar el tratamiento o, por lo menos, a que cambiara de terapeuta. Esperanza le pide que la deje hacer su vida, que no puede seguir viviendo sobre las ruinas, que él es el único con quien puede hablar de su madre y de su historia. El padre le contestó que él no puede hablar, que siente que tiene un hacha incrustada en la cabeza y que su vida está partida. Esperanza vio que su padre se quebraba y cómo temblando entre sollozos incontenibles se derrumbaba. Ella lo abrazó y, tras un largo silencio, su padre le dijo: «En diez años he perdido a mi hijo, a mi mujer, a mis padres y a mi mejor amigo, y me he encontrado solo contigo. Yo tengo 65 años y tú la mitad, yo soy tu pasado, no tu futuro.»

Escucho en el sufrimiento de Esperanza una advertencia acerca del riesgo de realizar un tratamiento que repita las fracturas traumáticas. Su llanto, colocado en su padre, y en la transferencia depositado en mí como figura de identificación, evoca la

brecha de la escisión que defiende a su yo de ser forzado a integrar lo difícilmente representado. Esperanza me reclama que atendamos a la señal de alarma de su angustia, para no reiterar una fidelidad al legado transmitido a través del trauma, ni forzar una falsa elección, que no puede ser sostenida.

Para finalizar daré la palabra a Esperanza, porque ella es portadora de un saber que habla de su transformación del inconsciente a través de representaciones de palabra que dan sentido a su historia.

> Por primera vez he dado algo de mi madre. Me ha costado mucho, pero me ha dejado un sentimiento reconfortante. Una amiga de mi madre me pidió hace mucho algo suyo. El otro día le llevé unos pendientes, que ella se ponía mucho y son muy representativos. Adán me dijo: «~Le vas a dar esos que son tan bonitos y te los puedes poner tú?» Yo le dije: «por eso». Nunca antes me había desprendido de algo de mi madre, porque para mí era desprenderme de ella, como un fetiche. Ahora me gusta poder entregar a su amiga algo de ella. Cuando se los di, se le saltaron las lágrimas. Después tuve un sueño que me despertó. Mi madre estaba viva pero oculta porque vivía como un testigo protegido. Yo la encontraba y la preguntaba cómo vivía. Me decía que vivía de la herencia mía y suya con 400 euros al mes. (Cantidad que representa el pago de las sesiones.)

La violencia pone en acto el odio por indefensión frente al abuso

Para rescatar el hilo del funcionamiento mental de los escombros que quedan de la devastación de los lazos de pertenencia a nuestra cultura, debemos pensar el odio al objeto que yace detrás de la violencia. Es un doloroso recorrido por los extravíos más perversos al canzados por una pulsión, que atenta contra el pensamiento, el saber del inconsciente, las palabras que lo vehiculan, y que nos impone el reino mudo de la acción («sálvese quien pueda»). La cultura transmite esta violencia en el silenciamiento de los desgarros que se sostienen por los mecanismos de renegación y la escisión consecuente a las pérdidas, negándose a realizar el duelo de su fracaso. La cultura de la supervivencia es una cultura de la fascinación narcisista en si mismada por la renegación del tercero (semejante), del soberbio odio contra si donde no alcanza la majestad de la identidad. Cuando el tiempo no pasa el sujeto lo pasa reclamando la vuelta al paraíso. Se mira en el espejo (dualidad imaginaria) de los que son como ellos, unidad identitaria, y repudia al extranjero.

La esclavitud, la segregación, las limpiezas étnicas... marcan el fracaso del vínculo social para imponer la renuncia al libre ejercicio de las pulsiones. La frontera que separa lo digno de lo indigno se construye en la cultura con leyes que impidan el desbordamiento pulsional, porque lo contemplan como propio e indomable. Cuando en la cultura se reniega de la condición humana de una parte de sus miembros, se produce una escisión impensable, que hace del semejante un mutante sitiado fuera del mundo. Esta renegación queda sellada por el silencio, o el uso de un neolenguaje que no evoca la vivencia repudiada: «solución final», «Sonderkomando» (cuadrilla

especial), «sin papeles».

Cuando en la cultura se desmantelan los lazos de identificación entre los hombres, estas fracturas se mantienen impensables y transforman la percepción de la realidad, convirtiendo la dependencia hacia el objeto en una relación de adhesión incondicional como fuente de valoración.

Hay un ejemplo que trae J. M. Ridao en su libro La paz sin excusas, que muestra la construcción del enemigo como proyección especular de lo renegado como propio.

> Cuenta el prestigioso periodista israelí Gabriel Stern que, mientras patrullaba en un hospital abandonado en el Jerusalén de 1948, se encontró cara a cara con un hombre armado y Stern, aterrado, disparó de inmediato... con lo que destrozó el espejo donde se había visto reflejado: se había anticipado a disparar contra el presunto enemigo que su miedo había construido.

Este episodio es en esencia diferente al relatado por Freud en Lo siniestro, cuando ve en el espejo del tren a un viejo intruso que le des agrada. Freud nos cuenta cómo, tras un primer tiempo de rechazo, reconoce en ese viejo al familiar (él mismo) que había convertido en extraño. Este proceso se gesta desde la represión, que permite el reconocimiento de los límites entre lo propio y lo ajeno.

La represión crea una frontera en el Yo que permite su retorno disfrazado, son las máscaras con las que se presenta. La renegación, sin embargo, traslada al exterior lo que quedó fracturado del Yo y de su aparato de representación. Esta es la diferencia fundamental en la construcción de un Yo con el filtro de la represión o de un Yo capturado detrás del muro de la renegación, que mantiene con la fractura, los barrotes de una prisión que tienen al Yo cautivo.

Los verdugos y sus víctimas no son animales embrutecidos, ni perversas alimañas carentes de afectos. Son terriblemente humanos en su más radical tendencia a la expropiación del otro, de su condición de objeto-sujeto de un psiquismo inconsciente reprimido queriéndolo desligado, por y paradójicamente no reconocerlo. La ejecución industrial, al amparo de la cultura, del exterminio, hace caducos a los seres legendarios como Drácula o Frankenstein y da vigencia al terror que violenta el lenguaje, pervirtiendo su potencial creador. El trabajo del duelo en la cultura debe responder frente a la violencia que se resiste a ser puesta en palabras, porque la pena por la devastación engendra una rabia vengadora que no quiere saber del odio al objeto que la impulsa. Las palabras también han sido objeto del odio y se han convertido en vanas y gastadas promesas de amor eterno. A las palabras no les podemos pedir que nos devuelvan el paraíso perdido, arrebatándoles su sentido.

La violencia arrasa la confianza en un lenguaje portador de una ley que preserve al sujeto psíquico de su destitución para convertirse en cosa.

Dar la palabra al psicoanálisis para responder frente a esta violencia es recrear un

espacio psíquico con potencial transformador de la cosificación, para amortiguar, entender y soportar la invasión irrepresentable y renunciar a su descarga, escuchando el odio al objeto de la perdición. Este trabajo de duelo debe estar soportado por la cultura, pues es desde ella desde donde se genera el lenguaje identificante y el contrato que protege el narcisismo. Hay daños tan insoportables para los deportados que, a pesar de su renovado esfuerzo por dejar un testimonio, el desgarro solo deja de sangrar dándose muerte. Los testigos que nos legaron estos testamentos y se dieron muerte, así como los que portan la muerte silente, nos interpelan para responder de ellos y de los millones de semejantes exterminados, o repudiados como tales.

El psicoanálisis tiene como objeto el pensamiento que emerge en la conciencia, para levantar el disfraz del dolor mental a través de las representaciones de palabras del preconsciente. Es un intento de articular con representaciones el colapso de los eslabones entre la representación de cosa y la de palabra. Y así poder transformar la violencia destinada a destituir el saber sobre el inconsciente del sujeto cosificado y convertirlo en saber del sujeto capaz de reconocerse perdido.

Freud (1915) en Lo inconsciente, cap. VII nos dice:

> El sistema lee. contiene las investiduras de objeto primeras y genuinas; el sistema Prcc. nace cuando esa representación-cosa es sobreinvestida por el enlace con las representaciones-palabra que le corresponden. Tales sobreinvestiduras, podemos conjeturar, son las que producen una organización psíquica más alta y posibilitan el relevo del proceso primario por el proceso secundario que gobierna en el interior del Prcc (...)
>
> (...) La representación no aprendida en palabras, o el acto psíquico no sobreinvestido, se quedan entonces atrás, en el interior del lee...

Pensamos que el psiquismo de los sujetos sometidos a la violencia en una cultura genocida, por la imposición de los ejecutores, queda fracturado por los eslabones entre la representación de palabra y la representación de cosa. En estos casos el lenguaje simbólico fracasa como fuerza de ley, creándose un neolenguaje perverso que sostiene el atropello mortífero de unos hombres hacia otros.

Nos preguntamos si el incremento en la clínica de las patologías que dan cuenta del funcionamiento desligado de la pulsión de muerte, tiene alguna conexión con esta violencia en la cultura.

Un esbozo de respuesta sería que el trauma psíquico muestra una acción paradójica: por un lado, el Yo se escinde y reniega del impacto sufrido evacuándolo, en la relación con la realidad y, por otra parte, queda en el inconsciente el objeto invasor cosificado por el investimiento de la pulsión mortífera que erotiza la desligazón. Lo repudiado en el sujeto se deriva hacia adhesiones culturales sostenidas como dogmas que son los baluartes, de creencias delirantes. Cuando el sujeto psíquico está sometido a la devastación de sus lazos identificatorios, sólo queda la

adhesión narcisista y la reivindicación vengativa, la queja constante de la desilusión, queriendo mostrar lo decepcionante de la realidad.

Es tarea del psicoanálisis que la fuerza del desprendimiento inconsciente que deja la pulsión de muerte desatada se entrelaze con el lenguaje simbólico que le da sentido. Por eso es preciso que la trans ferencia albergue en el tiempo-espacio psíquico del encuentro la historia libidinal del paciente. Que entrelace la restauración narcisista inalcanzable, con la posibilidad de hacer el duelo por las pérdidas y construir lazos de identificación edípica. La relación transferencial tiene que contemplar su potencial desestabilizador, pues en el funcionamiento paradójico del deseo hay un ataque envidioso despertado por los procesos primarios desligadores del Yo. Cada vez que la libido genital busca quedar satisfecha (relación de deseo), el componente pre-genital (desligado) se co-estimula y provoca un desprendimiento de excitación. Si el Yo no logra representárselo como amenaza de fracaso o miedo al derrumbe, se materializa en «los que fracasan al triunfan» o «los que triunfan fracasando». Este es el fundamento inconsciente de la reacción terapeútica negativa, que es el obstáculo que pone la pulsión de muerte a la gestación de procesos que impliquen un cambio psíquico.

El acoso y derribo de la defensa antitraumática de la escisión, sin la creación de un espacio de integración, conduce al trabajo analítico a la repetición desesperanzadora de las fracturas psíquicas. Si la interpretación no recoge estos obstáculos, que son fruto de la desligación de la pulsión de muerte, su fuerza abortará la relación transferencial y producirá un abandono o impasse del trabajo analítico.

Gracias a la construcción de una relación analítica donde poder escuchar los gritos que no están conducidos por la representación y que la desgarran, se puede crear un territorio tercero, para restablecer el hilo de una historia, acercando con la representación-palabra los bordes que se encuentran a ambos lados del abismo inconsciente.

El trabajo de duelo es el portador del saber del inconsciente que quedó desligado en la herida narcisista, la cual exige compensación, pero que sólo a través de las representaciones que organizan el complejo de Edipo recuperará la palabra. La hemorragia narcisista no cesa con paños calientes, ni con la «experiencia emocional correctiva», sino tejiendo con la imbricación pulsional los procesos identificatorios secundarios que dan sentido a la sexualidad violentada. Por eso la lección de Auschwitz no se aprende sólo conociendo la historia, sino reconociendo en su actualidad los restos que permanecen en el sujeto y en la cultura. Estos son síntomas de la pulsión de muerte desintrincada, que nos enmudecen. Estos restos procuran una expiación mortificadora en la entonación de un mea culpa conmemorativo del pasado. Sin embargo, estos restos nos conducen a pensar hoy, en la vigencia de las fronteras construidas para mantener el desconocimiento de nuestra implicación, en esta forma de funcionar antitraumática.

El trauma psíquico no es una línea que separa la fractura del Yo y la herida

narcisista que conlleva, sino la descarga enajenante de un contenido inconsciente, que en la repetición satisface el desprendimiento gozoso del objeto que despoja. El saber del inconsciente nos reclama la representación de las fronteras, como salvaguardas, de la satisfacción del más allá del principio del placer por el desprendimiento. Este inconsciente escindido deja las relaciones intersubjetivas sometidas a una renegación que perpetúa la dificultad en la integración del Yo. Son las perturbaciones del narcisismo el resto que impera en una cultura cuya violencia rompe las relaciones identificantes con el objeto. El efecto del trauma es doble: la herida que produce y la defensa frente a ella, que da lugar a una cicatriz que ciega al Yo. El Yo así cegado por el secuestro de una parte de su inconsciente se traslada a la relación con el entorno, en el que deposita las funciónes de las que reniega. Si «la cultura trabaja con los mismos medios que el individo», como escribía Freud, y numerosos autores postfreudianos insisten que el trabajo de duelo y el trabajo de cultura convergen, esto significa que se establece una relación de identidad en la pertencia mutua del sujeto y de la cultura. Por tanto las culturas, al igual que los individuos, ven primero y ante todo al otro, al semejante, a partir de la relación con la imagen de sí, cuyo punto ciego conlleva un fondo de ignorancia. ¿Qué implica la ceguera en la relación que instituye la subjetividad en el espejo que le devuelve la cultura? En estas relaciones se invierte la imperiosa restauración del narcisismo exigiendo vínculos incondicionales de adhesión al amo, dueño del psiquismo y del saber supremo. Pero esta renegación, para sostenerse, requiere de un pacto de silencio que implica la connivencia de la sociedad. Este pacto que aparece en lo manifiesto como en defensa de la libertad de cada individuo, no es sino una esclavitud que corrompe los principios morales de una sociedad que esconde y miente acerca de sus fundamentos. La supuesta Ley liberal del mercado no es sino la mercantilización del psiquismo, que está sostenida por el principio rector de «todo tiene un precio». Convirtiendo la herida narcisista en moneda de cambio, que se adhiere a la exigencia de unos vínculos que comercian con su dolor, porque se avergüenzan del sufrimiento o lo invierten en su contrario: reivindicación para compensar su pérdida en ideales de pertenencia totalitarios. Porque la melancolía y la manía son las dos caras de la misma moneda, falsa, que esconde su mentira envuelta en la verdad de un sufrimiento, que se satisface alimentando la delirante convicción del la soberanía del victimismo redentor.

¿De dónde extrae el odio su poder? Investigando la fuente del odio nos encontramos con el amor y con la figura de la madre, que es quien da la vida y también la muerte. Pero si no nos quedamos en el mundo de lo imaginario, comprendemos que la función madre es indisociable de la función padre. La diferencia que hay entre ambas funciones viene dada porque la función padre: tercero, ocupa un lugar distintivo entre los progenitores. Es el que dicta la Ley que censura y preserva, porque otorga un lugar propio al deseo en el hijo y señala un camino que seguir. Una indicación que retomamos cuando el obstáculo transferencial se nos presenta en el cruce de las vías narcisista y objetal, de satisfacer la pulsión. Este lugar de tercero sostiene la ética de la intervención psicoanalítica para no sucumbir a la seducción inherente al juego transferencial. Por eso el abuso es una forma de traición, que usa la necesidad amorosa del pequeño indefenso y la desprecia malversándola para darse poder y valor con su imagen especular. Y esto no deja de ser un aviso para

navegantes de las aguas pulsionales, pues la ganancia de satisfacción narcisista (imaginaria) y real que tiene nuestro trabajo terapéutico no puede cegar la función de paternidad simbólica del mismo. La tentación de abrazar el absoluto lugar incuestionado del inconsciente es prueba de ello para así recuperar el valor redentor.

El equívoco al que nos enfrentamos es transformar la indefensión del bebé por la indistinción que atraviesa su sexualidad, en fecunda diferencia, que se ampara en el enigma de las generaciones. Cuando atribuimos al saber el poder de salvarnos del/con el otro y/o restaurarlo, dejamos de navegar y permanecemos amarrados al puerto del fascinante saber-poder, con la razón como unica verdad. Así dejamos de trabajar en la encrucijada del enigma para colocarnos en la certeza. Es cuando nos quedamos atrapados en la fijación desligadora y repetimos el desencuentro fatal en el cruce de caminos, donde Edipo mató a su padre sin reconocerlo como tal. Si nos quedamos apresados en la fascinante unicidad de nuestro cuerpo doctrinal, repetimos ciegamente el mismo parricidio, porque seguimos el hilo regrediente, desligado, de la historia actuando como Layo, que manda ejecutar la muerte del hijo, porque no le puede dar ningún espacio psíquico propiamente distinto. Podemos actuar en la transferencia según la lógica narcisista de la configuración edípica, viendo en el retoño lo repudiado de uno, o según la lógica de la gestación de un espaciotiempo diferente que traerá una nueva vida psíquica (Neogénesis); apuntalando nuestro trabajo de duelo en una teoría analítica que de cabida a las transformaciones de la cultura.

VII

La meta es el trabajo de duelo

El hombre no nace con un psiquismo establecido, sino que su instalación depende de cómo se introduce la psicosexualidad desde los progenitores. El bebé, cuando recibe los cuidados necesarios para su supervivencia, recibe al mismo tiempo los fantasmas y las exigencias libidinales asociados a aquellos.

El afecto y la emoción en el psicoanálisis no pueden ser aprendidos con independencia de la pulsión y su capacidad de representación.

La pulsión es la base del funcionamiento mental y se diferencia del instinto en su desnaturalización, pues su causa no es biológica, del orden de la necesidad, sino del orden de la sexualidad, del deseo de ser amado.

La pulsión tiene cuatro componentes:

1. Fuente: surge por la coexcitación que provoca la satisfacción de la necesidad y la evocación que el bebé alucina para anticiparla, creando en el cuerpo las zonas erógenas.

2. Fuerza: energía libidinal que empuja al sujeto a la satisfacción, que puede darse por la evacuación, cuando la excitación es excesiva, o por la representación, cuando está ligada.

3. Objeto: es contingente. En primera instancia se introduce por los cuidados y luego pasa a ser la fuente de la pulsión. El objeto configura la constitución de la pulsión porque va ligando su satisfacción y organiza nuevas metas.

4. Meta es la finalidad que tiene la pulsión para satisfacer la psicosexualidad. La satisfacción sometida a la represión se trans forma en síntoma y, cuando inhibe su fin sexual, se sublima. La pulsión se sublima en la medida en que se deriva hacia una nueva meta, destinada a la valoración social.

La pulsión es un precipitado histórico de los efectos de las excitaciones externas en la historia de cada individuo.

La constitución del psiquismo se funda en la circulación de la energía pulsional entre las generaciones y se sostiene en el entramado social. En la cultura se crean mitos que regulan los intercambios pasionales entre padres e hijos, y se mantienen leyes que prohíben los atropellos. El bebé del hombre no es una posesión de sus padres y su destino está protegido por una red social que salvaguarda su integridad psíquica. Esta función se denomina contrato narcisista y, respaldada por la sublimación, procura un marco social que legitima el desenvolvimiento pulsional. El

psiquismo recibe el peso de una herencia genealógica con la que construimos una razón en función del alumbramiento de la verdad y una sinrazón de la oscura ceguera.

La circulación pulsional en las relaciones psíquicas tiene distintos registros: uno manifiesto, por donde se encauzan los intercambios conscientes, y otro latente, por donde bulle el inconsciente, en parte reprimido y en parte clivado. El funcionamiento pulsional es bifásico, hay un espacio-tiempo primario, que recibe el golpe del objeto, que entra en acción en un segundo momento de apropiación a través de la resignificación. En este cruce de caminos entre la historia de la humanidad y la de cada individuo, hay un abismo infranqueable que funda la paradoja del funcionamiento mental y constituye el núcleo del inconsciente incestuoso y parricida.

Si la pulsión nace en la diferencia, si ella surge de lo no-idéntico a sí misma, al mismo tiempo tiende a restaurar la identidad. Es la tendencia a despojarse de la tensión y volver al punto cero de excitación. La pulsión se anuda por sedimentación de los acontecimientos que dejan su marca como experiencias originarias, estas huellas solo cobraran sentido causal aprés-coup. Estas se resignifican en la relación transferencial, que gesta una nueva dinámica inconsciente, si se logra recupera de la identidad de percepción el pensamiento de los procesos primarios. La pulsión va integrando el funcionamiento secundario en un recorrido histórico y, después, intrapsíquico organizando las diferencias y reconociendo su origen.

En este recorrido el encuentro con la función paterna, su valor y el modelo que representa es esencial. Es la función simbólica del padre, la que permite reconocer el lugar y el tiempo propios que sugen del pla cer de la diferencia, el placer que extraemos por la diferencia de sexos y generaciones. Esto se representa en la tragedia de Edipo, cuando por falta de reconocimiento, que permanece renegado, se ejecuta el asesinato (filicidio-parricidio) en dos tiempos. El primero acontece cuando Layo reniega de su hijo y trata de eliminarlo y el segundo cuando Edipo le mata para apartarle de su camino. Es el padre quien da cabida al espacio de la psicosexualidad, desde la identificación primaria, que Freud formuló como identificación al padre de la horda primitiva, porque reconoce el placer sexual de antaño en la relación del bebé con su madre. Es una función identificante ya que sintiendo el gusto de ser el retoño de mama, renuncia a la satisfacción para dejar que, sea su bebé el que ocupe ese nuevo espacio y él disfrutar así del lugar paterno. La función padre es reconocer en el hijo el placer sexual que comparte con la madre y darle un lugar diferente: «Esta es mi mujer, tú no puedes ocupar mi lugar.» Freud la enuncia en negativo: «con tu madre no».

Esta metáfora paterna permite sobrepasar el goce de lo idéntico, el gusto por la repetición de lo mismo, esta prohibición es la que obstaculiza el retorno incesante a los imaginarios orígenes. Este obstáculo que representa la función padre, para la permanencia en el goce con la función madre, abre la vía al placer que surge de la diferencia. Si esta función paterna queda desautorizada, el bebé queda atrapado en un círculo vicioso, porque en la relación madre-hijo permanece coagulado el goce incestuoso y parricida. El padre puede así también satisfacer su pulsión participando

del placer de la relación madre-hijo sin distinguirlo del suyo propio. Quedan pues abolidas las diferencias de generación. En esta indistinción sexual prima el funcionamiento desligado del incesto y el parricidio. El padre puede gozar a través del hijo, de su propia relación regresiva desligada, con su madre y no distinguir la sexualidad adulta de la infantil. Cuando el sujeto queda prisionero del desbordamiento pasional, se rige por la compulsión de repetición que perpetua la dimensión economico-dinamica de lo originario. Como en el mito de Edipo, este modo de funcionar produce un pasado que no pasa, por el poder atractivo de su carga traumática.

Lo traumático de la pulsión en la clínica

El origen de la psico-sexualidad tiene un componente traumático, que se amortigua con el placer de la diferencia entre la función madre y la función padre, la matriz del psiquismo se gesta desde/por un obstáculo, que permite un crecimiento. Lo podemos resumir así: «La diferencia de sexos engendra una diferencia de generación, que a su vez engendra una diferencia en la psicosexualidad entre el componente infantil, pregenital, y el componente adulto, genital.»

La frontera psíquica, que delimita la diferencia de sexos y generaciones, permite una transmisión de la psicosexualidad fecunda, porque preserva la nueva vida, que no queda obstaculizada por el trauma. La matriz del psiquismo se gesta entretejiendo las diferencias, es el resultado de ellas al mismo tiempo que las organiza.

Es la causa del enigma que late en la curiosidad, deseo de saber del inconsciente, que busca descifrar los significantes reprimidos y los renegados de la seducción originaria. La psicosexualidad se procesa en dos tiempos separados por un período de latencia que organiza las cadenas asociativas. La temporalidad del psiquismo es dialéctica, no cronológica. El primer tiempo permanece como polo que desliga la excitación, porque remite a procesos primarios inagotables y dinámicamente portadores de los golpes traumáticos. El segundo tiempo resignifica a través de cadenas asociativas de representaciones de palabra, la angustia ligada al complejo de castración por obra de la represión.

Cuando los dos tiempos equilibran suficientemente la excitación, la energía psíquica circula por el retorno de lo reprimido, y la repetición tiende a elaborar las pérdidas ligadas a la angustia de castración. Si el tiempo primario deja un resto de excitación que desborda la capacidad de secundarización, los circuitos representativos quedan rotos y la evacuación va más allá del deseo en su traumática descarga. La consecuencia de este modo de funcionar es doble. Por un lado, el sujeto queda escindido (pérdida en el Yo) por procesos que lo enajenan, y por otro reniega de la realidad por la ceguera que produce el desgarro en su capacidad de simbolización, porque no se representa la ausencia que produce la pérdida.

El componente traumático de la pulsión impone una transgresión de los límites del sujeto, desborda el funcionamiento intrapsíquico, no se somete a la ley de la represión

y quebranta al Yo. En la clínica se manifiesta como un trastorno narcisista, y en las relaciones sociales se modifican las fronteras que se establecen entre lo tolerable y lo insoportable. En el equilibrio entre el sujeto y su entorno, se construye una realidad donde quedan excluidos los quebrantos impensables, que vulneran la capacidad de integrarlos en la consciencia y se reniega el dolor de las pérdidas irrepresentables, substituido por imperiosas actuaciones forzadas por la necesidad. Las relaciones intersubjetivas y el entramado social se inundan de exigencias traumáti cas, que recrean barreras para contener la excitación desbordante y sostener una imagen ideal que separa el bien del mal. La consecuencia de la implicación en la construcción de esta realidad compartida, que fragmenta y silencia, las heridas no pensadas, es la formación de estructuras defensivas «pseudo», que se parapetan en una férrea coraza frente al abismo de una indefensión irrepresentable. Los ideales y las identificaciones son los procesos psíquicos que establecen los vínculos de reciprocidad entre el individuo y la cultura para asegurar su transmisión. Los ideales ejercen un poder seductor sobre el propio Yo del sujeto, son herederos del narcisismo, que en su vertiente enajenante constituyen la fuente de la identidad. Sin embargo, las identificaciones son procesos secundarios a la resignación de la pérdida de un objeto y causan la transformación del Yo, por su capacidad para darse amparo con la representación de la ausencia.

P Grimal, en su Diccionario de mitología griega y romana, dice que Narciso es un hermoso joven que desprecia el amor. Representa al adolescente que, insensible al resto del mundo, se deja morir seducido por una imagen que lo completa.

Én el mito de Narciso escuchamos la fascinación mortífera de los ideales alienantes. Haydée Faimberg en su libro El telescopaje de generaciones, dice: «No olvidemos que, en la relación narcisista, el destino del objeto amado es perder su alteridad. La superación de la relación narcisista implica que el odio ha dejado de ser la única modalidad en que el analizando reconoce al otro como tal y así se diferencia; de este modo, también el amor puede sostener la alteridad.»

En los tres casos clínicos presentados nos encontramos que esta regulación narcisista que funciona en la relación madre-hija, construye una identidad femenina que busca la imagen en espejo que la completa, repudiando la alteridad.

El trasvase de lo traumático en la cultura

Cuando el reconocimiento de la pérdida se hace intolerable para el Yo, este exige al objeto que actúe como un tapón que obstruya la herida. Las relaciones quedan así marcadas por la exigencia de hacer del objeto un fetiche que recubra la ausencia, para restaurar un narcisismo quebrado y devolver al Yo una ilusión de completud enajenante. El repudio de la ausencia, debido a la renegación de la castración, vuelve desde la realidad porque la alteridad se invierte en imposición de un destino ya escrito, para sujetar al individuo a su entorno.

En el trabajo analítico creamos un espacio transicional donde la función

objetalizante es creativa, porque ampara con la representación el derrumbe del origen del trauma. Es posible crear nuevos lazos de investimiento objetal a través de la relación transfero-contratransferencia: función de génesis, de nuevos espacios y tiempos psíquicos. En el proceso analítico los obstáculos se transforman por las identificaciones en instrumentos para formular las interpretaciones.

A. Creen dice: «el Yo no se contenta con transformar el estatuto de los objetos con los que entra en relación, sino que crea nuevos objetos a partir de la actividad pulsional cuando estos le toman por objeto de investimiento libidinal».

Podemos pensar que, del mismo modo, esta función objetalizante que es la expresión de la pulsión de vida, permite al yo reencontrarcrear objetos a partir de la cultura que le ha tomado a él por objeto. Y en oposición, en la desligazón social que es obra del cultivo de la pulsión de muerte, cuando el sujeto se siente desinvestido por la cultura, el movimiento de desobjetalización atacará a la constitución de su yo.

Él equilibrio del contrato narcisista, en una cultura que reniega de sus faltas y no permite pensar los duelos, se establece con un neolenguaje perverso que mantiene la mentira como verdad absoluta. Este discurso de supervivencia es una impostura que se adueña de los muertos sobre los que funda la ley del más fuerte. La vida psíquica queda sometida a la exigencia maníaca omnipotente que emana de un fondo de melancolía. Los muertos están presentes sin sepultura, sin duelo, y sin posibilidad de escuchar lo que nos legaron, porque están sin palabras.

Vemos en la clínica presentada, que cuando los padres tienen una fragilidad narcisista y no sienten el respaldo de los lazos sociales, mantienen con sus hijos una relación que obtura las carencias; dificultando la separación o convirtiéndola en catastrófica (traumática). Esto vuelve a ocurrir en la relación de estas pacientes con sus hijos. El funcionamiento psíquico de la melancolía busca en la repetición alucinatoria de la identidad de percepción satisfacer la nostalgia de otro tiempo (fuera del tiempo) siempre mejor, y detener la gestación del tiempo nuevo que se distingue por dar cabida a la pérdida. Como el espacio psíquico se gesta en la relación con los objetos parentales, si estos no transmiten la capacidad de sostener la diferencia que supone la pérdida, queda el Yo del hijo secuestrado por el trauma de la excitación desligada, que hace que primen las exigencias ideales que impone la melancolía. Los ideales que no pueden soportar la pérdida ni la renuncia crean absolutismos, que no contemplan las diferencias, sino como enemigos desdeñables. Esta derivación de la energía pulsional hacia vías que actualizan su imperiosa descarga tiene consecuencias en la estructuración del psiquismo, que se inclina hacia la vertiente imaginaria en la búsqueda de un reflejo que restaure la imagen sin fisura de sí mismo. El Yo así construido en precario equilibrio narcisista, se aleja de la realidad hacia la vida representada en imágenes de plenitud. Cuando el sujeto no se construye en la dialéctica interna con los objetos que se le impusieron, queda atrapado por estos, rehén de sus exigencias y no logra apropiarse del destino de sus pulsienes. El legado transmitido por estas relaciones traumáticas es la necesidad imperiosa de hacer del otro depositario de los objetos de desecho, y perseguir una imagen purificada de sí

mismo. Esta búsqueda imaginaria está hoy facilitada por el espacio virtual en la red y en los medios de in-comunicación, como se da en el caso de las pacientes comentadas.

En la melancolía el Yo se deja apoderar por la locura de la mortificación. Sin embargo, a través del duelo se aligera la carga del pasado abandonando el objeto perdido para dar paso a uno nuevo, así se transforma la deuda para con los muertos en preocupación por los vivos.

Trabajo de cultura, trabajo de la cura

El duelo es inagotable en el funcionamiento mental, porque es el medio de escuchar las siempre renovadas fuerzas que buscan evacuar las pérdidas impensables de la melancolía. En la constitución del Yo se establece un equilibrio dialéctico entre la melancolía que lastra al Yo con la deuda por las pérdidas, y el duelo, que es un trabajo que permite la renuncia a la satisfacción derivada del objeto perdido. Esto supone reconocer su ausencia e introyectar por identificación una parte del objeto perdido como un rasgo de la apropiación del Yo. Cuando no se puede reconocer la pérdida, el Yo melancólico la tapa fragmentándose y permaneciendo esclavo de ella. El proceso de la melancolía hace al Yo rehén de sus heridas y le obliga a restituirlas, compensándolas con exigencias ideales. En estas tres pacientes, el duelo por la madre muerta está trabado por la relación precoz con el todo-madre, idealizada por un lado y persecutoria por el otro. Este duelo congelado, que dificulta la identificación femenina, está reforzado por el fracaso de la función paterna. La madre en estos casos no introduce al padre como pareja sexual y deslegitima su autoridad, obteniendo en su relación con la hija la satisfacción no resignada. La carga libidinal de la relación de la hija con la madre todopoderosa, quedó desligada en una seducción melancólica.

En este modo de funcionar nos encontramos con algo de la repetición fanática no ligada al orden social, que se manifiesta en la destitución de la autoridad paterna y, en consecuencia, materna, por no hallar significado a esta diferencia. Diferencia que engendra las generaciones y es donde surge la interpretación del modo de la satisfacción pulsional, que damos a la muerte del padre de la horda primitiva como acto fundador de la institución social. Para que surja una matriz social hay que admitir en su origen la existencia de un acto fundador, que por su violencia sostiene el pacto entre hermanos. Es en el origen de la posibilidad de establecer un orden simbólico donde hay una violencia no simbólica, dada por un acto que liga y fija el pacto, que instituye la legalidad en el grupo. El individuo, respaldado por la ley simbólica, puede apropiarse como sujeto psíquico de la muerte del padre mítico arcaico y renunciar a la completud narcisista primaria. Así es como la cultura se convierte en la nueva portadora de la formación del ideal narcisista. Freud sitúa el mito fundador del orden social fuera del tiempo y le concede un valor anacrónico, estructural. Busca en esta interpretación del mito de la muerte del padre de la horda primitiva escenificar el origen del Super-yo y de la estructura de la matriz psíquica. El asesinato mítico del padre da origen al «complejo paterno» y al Superyó como

instancia moral. La interiorización del Superyó como censor interno es el resultado de un acto de violencia, que se invierte y recoge en un tabú colectivo las características de la excepción paterna. Por tanto, el Superyó unifica y media en la relación del sujeto con la pulsión y con el grupo social. La identificación entre los miembros del grupo es producto del reconocimiento del lugar central del jefe, que representa el ideal del Yo y, luego, el Superyó.

Én toda relación entre un sujeto y el objeto de su satisfacción hay un componente libidinal que liga a ambos y otro que los desliga. Para contener ambos movimientos hay que someterse a una ley que salvaguarda y censura los excesos que la omnipotencia quiere destruir. Este es el exceso de la melancolía que hace que la deuda con los muertos prevalezca sobre el deber del presente hacia los vivos, hace sado que el no pase por la pesadumbre de su placer. pa

El reparto de responsabilidades entre el individuo y la sociedad legitima el trabajo de duelo, que por los extravíos sufridos en el yo se elabora en el trabajo analítico. Con la aplicación de la justicia social para reparar a los sujetos indefensos, que se vieron sometidos a una cultura que legitimó el exterminio, se asume la responsabilidad de la sociedad con aquellos. La responsabilidad significa asumir los errores y tratar de reparar el daño. Los remordimientos de la mortificación, en cambio, llevan a nuevos extravíos en el goce morboso por los delitos pasados para excusar los presentes. Es la sombra del objeto perdido lo que apesadumbra el presente del Yo persiguiéndolo hasta hacerle cargar con su falta.

El lugar del psicoanalista en la cura por la transferencia es interpretar los síntomas que evocan el sufrimiento y la satisfacción pulsional, para establecer nuevos lazos representacionales que liguen la excitación de los obstáculos traumáticos.

Este trabajo de duelo también revierte en la transferencia en la cultura donde se depositan por los mecanismos de transmisión traumática los silencios cómplices que dividen a los sujetos en legitimados de amparo (restauración narcisista) y deslegitimados (objetos de abuso). Para recuperar la representación simbólica de estas fracturas en la sociedad hay que hacer el duelo por las faltas y las pérdidas que conllevan, reformulando las Leyes que amparan a todos los semejantes.

Intentamos establecer, por lo tanto, un reparto de diferentes responsabilidades en las transferencias analíticas, interpretar las identificaciones en juego en la cura, yen la cultura, para exigir el respaldo del contrato narcisista, que procura la ley simbólica por el ejercicio de la autoridad ética. En ambos procesos subyace un ejercicio de la función identificarte, que es el de buscar un sentido nuevo a la perdida de legitimidad, de la palabra dada.

Hay un reconocimiento del objeto como fuente de satisfacción libidinal cuando se le pone un límite, se da un significado a su deseo y se prohíbe su descarga.

La invocación del destino como «sino» funesto en estos pacientes con fracturas

narcisistas es producida por la herencia del anhelo de una función paterna que otorgue otro lugar libidinal a la psicosexual dad infantil. Esta función padre se ejerce como ley que garantiza la legitimidad del deseo y de lo que diferencia cada espacio propiamente psíquico del sujeto, porque le autoriza al pequeño a ser y a tener, para hacerse dueño de su sexualidad.

Los atropellos psíquicos no pueden ser borrados ni vengados, el único modo de integrarlos es hacer el duelo. El duelo por la integridad perdida nos procura dolor y nos permite apropiarnos de un tiempo nuevo que deje atrás el quebranto, porque nos despoja de su vigencia. El duelo es fecundo porque devuelve al sujeto el protagonismo, depositado en la fuerza del destino.

El sujeto psíquico se construye conteniendo lo privado de su Yo y privándose del libre ejercicio pulsional para obtener un reconocimiento social (malestar en la cultura).

Cuando los obstáculos traumáticos privan al sujeto de su lugar (singular) y lo invaden con exigencias que lo convierten en objeto de un abuso que no le reconoce, la matriz psíquica se esteriliza (cautiva), y la destrucción recupera a través de la omnipotencia el objeto perdido, confundido con el sujeto.

Las descargas de los obstáculos traumáticos impiden la gestación de nuevos procesos psíquicos, porque buscan volver al punto cero de ausencia de tensión y no permiten reconocer la ausencia como fuente del deseo, porque el objeto perdido permanece fusionado con el sujeto. La búsqueda a cualquier precio de una restauración del narcisismo herido, deja al sujeto rehén de su desamparo, y el Yo capturado queda ajeno al sentido de su pérdida, en manos del destino.

Cuando el sujeto gira como una peonza en torno a su desamparo sin reconocerlo porque su coraza lo descentra, desconoce la fuente de su sufrimiento.

El trabajo de duelo y el trabajo de cultura responden retroactivamente al reconocimiento de los atropellos, por el exceso pulsional de la desligazón que conlleva pérdidas irreparables,tambien de la posibilidad de contemplar las diferencias como fuente de fecundo intercambio. Este trabajo de cultura reclama dar un sentido al saber del inconsciente deportado del interior del sujeto psíquico, y llevado fuera de la frontera del Yo herido y de la sociedad, por los diques antitraumáticos. La vulneración de los sujetos psíquicos por una sociedad que esconde y es cómplice del exterminio crea una desconfianza extrema acerca de la posibilidad de hacer el duelo por la pérdida de respaldo narcisista. Estas pérdidas, que no se encuentran sometidas a la represión, no se resignan y permanecen con toda la vigencia de su fuerza pulsional segregada bajo las ruinas y tratan de desmontar los diques erigidos frente al empuje de las demandas enajenantes. Cuando la cultura no responde frente a los sujetos de su responsabilidad frente al odio del exterminio y no hace que los ejecutores respondan frente a la Ley, no puede exigir la renuncia al libre ejercicio de la pulsión de muerte desligada.

Cuando se construye un sujeto que no puede soportar su sufrimiento psíquico, éste queda atrapado por la fuerza de tormentos psíquicos que precisan contrainvestimientos externos frente a la inde fensión de su Yo frágil e inconstante. Los mecanismos amortiguadores del Yo son los mecanismos de defensa que pone en marcha para reforzar la represión. Si el Yo no logra amortiguar los traumatismos y se quiebra, queda expuesto a una fuerza pulsional llamada de muerte, que evacua la excitación por vía de la descarga que otorga poder a la extinción, que no se somete a la represión, ni a la Ley. Este modo de funcionar pulsional no reconoce el principio de realidad y empuja al sujeto a la auto y heterodestrucción como forma de recuperar la omnipotencia. Si el individuo se siente en manos de sus pulsiones, sin que su Yo pueda mediar para amortiguar su fuerza, la omnipotencia destructiva se convierte en una forma de liberarse de su carga. Esto nos conduce a pensar la forma en que la relación psicoanalítica puede apropiarse en su escucha de la pulsión de muerte, que de otro modo llevaría al análisis a la extinción por descarga. Supone tratar de transportar al conflicto psíquico y a la representación de palabra la agresión desligada. Esto significa dar cabida en la relación transferencial al sentido que fuerza al odio al objeto incorporado y que se apropia del yo secuestrándolo como objeto de abyección que escinde al sujeto. Reconocerse internamente el odio a sí mismo por ser considerado impropio de valoración. La interpretación del odio al objetousurpador como odio al Yo y odio en la cultura construye una representación, que permite salir del absolutismo de lo real. Dar la palabra a este odio y escuchar su descarga es recoger en el saber del inconsciente lo deportado por una realidad absolutista que violenta al sujeto adueñándose de su espacio psíquico. Este queda atrapado en la necesidad de salvación: «el sálvese quien pueda de los grandes naufragios», cuando no hay Ley que instaure la prohibición que despierta el deseo.

En la relación tiránica con el objeto, la relación narcisista, el destino del objeto amado es perder su alteridad. La superación de esta relación implica reconocer que el odio no es la única modalidad de relación y dar cabida a la diferencia entre el Yo de la herida y el Yo integrador de la falta. Escuchándose el Yo a sí mismo en su dolor descubre el origen de su sufrimiento y del goce que subyace en su evacuación, a través del proceso de identificación-des identificación del trabajo de analítico. El psicoanalista busca representar el juego pulsional en el encuentro con el objeto para llevar la fuerza de la descarga al conflicto ligándola al Yo para satisfacerla. Esta meta implica una reorganización de las instancias psíquicas que de cabida a la representación palabra de las pulsiones, renunciando al ideal de un Yo purificado del odio en el que nace el objeto. En el trabajo de análisis no se trata de alcanzar la redención ni la restauración narcisista, tampoco de alimentar la venganza o la compensación, sino de aceptar la falta, el sinsentido radical de la desligazón que reitera el desamparo y sus consecuencias en el odio autodestructivo, como manifestación de la pulsión de muerte desimbricada. La especificidad del psicoanálisis es que, como terapia, legitima el conocimiento del inconsciente, a través de la interpretación de su repetición en la transferencia, y busca reconducir su carga a los lazos conflictivos ligados a la angustia de castración del Yo por la pérdida del objeto de amor incondicional.

El odio, derivado de la rabia por la herida narcisista infligida por el objeto intrusivo, se transforma en dolor por la pérdida y en ganancia de un Yo portavoz.

No podemos pretender que la clínica psicoanalítica dé acceso al individuo singular en la complejidad de sus determinaciones psíquicas e históricas; es pura ilusión la idea de que la monografía de un caso es el modelo de tal conocimiento. Tener en cuenta la historia social y política en el encuentro, con las condiciones en que surge cada historia singular, devuelve al psicoanalista a las coordenadas en que tiene lugar su encrucijada entre el paciente y la sociedad, sin descuidar el trabajo de cultura. La ley tercia para dirimir un conflicto que entre dos es irresoluble. El marco social también trasciende la relación del psicoanalista con su paciente, que sumergidos en una relación dual sucumbirían a la fascinación seductora del espejo narcisista. La historia no sucede desde fuera de nosotros, y conocer nuestra implicación es poder validar un saber capaz de comprender el odio por la exclusión. La ley desarraiga al sujeto y lo somete a un contrato que lo enajena, en la medida que le descentra del lugar de dueño de sí mismo. Como el descubrimiento del inconsciente supuso una herida narcisista que despojó al sujeto de su propio centro. La clínica contemporánea no deja de mostrar a los psicoanalistas que la transmisión de los límites simbólicos y la constitución del superyó postedípico no está asegurada. Lo que falta es la representación del abismo que se encuentra en el hiato entre los valores culturales y el psiquismo individual, en este espacio de transmisión, que es donde transita la prohibición debe sustentar la Ley que marca la frontera entre lo social y lo psíquico. El sujeto solo alcanza a apoderarse del funcionamiento de sus pulsiones cuando se resigna a ser uno más dentro del marco simbólico que lo sujeta.

La renuncia, por sometimiento a la ley que impone la abstinencia al libre ejercicio pulsional, procura un cambio en la meta. Esta inhi bición de la descarga transforma la meta en un proceso sublimatorio que recibe el reconocimiento social. Las prohibiciones se sostienen en el riguroso ejercicio de la Ley, para que los sujetos psíquicos resignen sus pulsiones al bien común, en su semejante consideración (Bienestar que trasciende el poder del dinero como único medio de intercambio anal en el mercado). El mercado no puede erigirse en Ley pues no contempla la igualdad de los individuos en su marco, sino el poder el más fuerte: la oferta y la demanda se convierten en el don fálico de la regresion anal.

En el tratamiento psicoanalítico, la abstinencia es dar satisfacción al deseo de la pulsión epistemofilica, sublimación, por la contención de la descarga que permite escuchar de otro modo el sentido de las pérdidas. Así es como intentamos que los pacientes no se escuden en su triste historia, y no hagan de la repetición en la realidad material la prueba de su destino funesto. Si el psicoanalista no se escucha en la contratransferencia que incluye su dimensión imaginaria, marcada por la realidad de su relación como terapeuta y por el lugar desde el que se encuadrada su intervención, en la cultura, reitera la exclusión de la que se hace eco. Cuando el analista no escucha el sesgo que introduce el lugar marcado por el mercado de la demanda que prestigia su trabajo, queda subyugado al valor que le dé y que se da con el paciente: ¿redentor o retaurador del narcisismo?

El estudio del modo en que se transmiten los traumas psíquicos nos lleva a reflexionar sobre la repetición como excusa, que despoja al sujeto de su responsabilidad. Pues el sujeto debe hacerse responsable incluso del funcionamiento de su inconsciente. Los casos presentados, en los que está indicado un tratamiento psicoanalítico, muestran, cómo el destino de los traumas es la repetición, que se libera al transformarse en la relación terapéutica, permitiendo al sujeto la reapropiación de éstos y deshacer así lo inexorable del determinismo psíquico. Para que este trabajo elaborativo se pueda realizar, el Yo del paciente tiene que ser capaz de albergar el dolor de unas pérdidas ya sufridas pero no sentidas como propias. Es muy difícil para el sujeto enajenado por un trauma devolverle a su yo la responsabilidad sobre un modo de funcionar que había encontrado una buena coartada en la acción, el exceso de la realidad y la imposición del destino. Por eso, la deriva de las neurosis de destino o de fracaso es la excusa que el yo se cuenta, porque no sabe como tener en cuenta su autodestrucción. De un modo simple, el Yo que siente un abandono radical (sin amortiguación) se abandona a sí mismo a la suerte que se guirán deparándole las relaciones basadas en la desconfianza, el rechazo y la exclusión.

Ayudar al paciente a verse y entender, cómo el mismo puede provocar el repudio que más teme, porque en su funcionamiento cuenta más la repetición del daño sufrido que su capacidad de escuchar el dolor de la perdida, es recoger los trozos o huellas que él busca evacuar. El paciente sólo es consciente de la respuesta que encuentra en los otros, no de los aspectos inconscientes de su desafío. Vemos que el dolor y el repudio se fijan en los pacientes con traumas en una repetición que provoca lo que tratan de eludir, para no pensar en lo que significa el objeto perdido, se pierden a sí mismos.

'La huida hacia delante, es un movimiento circular, en el que queda inmovilizado el espacio-tiempo en un eterno retorno a la fuente de la herida. En la repetición tanática el sujeto se encuentra confundido con el objeto de su atropello, que permanece inmovilizado como un cuerpo extraño introducido por el trauma. Ésta es la confusión de la identidad de víctima, que se descarga de su contraparte verdugo, buscando deshacer el origen, se deshace de su Yo. En la relación analítica, a través del espacio transicional, el sujeto va recuperando la ilusión y la desilusión con respecto a sus objetos, reconociéndose como portador de una realidad psíquica, la construida por sus fantasmas y los afectos ligados. Se puede reconstruir el escenario psíquico que rodea al trauma y reconocerse rehén de este suceso que dejó al Yo partido e inmovilizado, y recuperar así el diálogo entre todos los componentes del psiquismo.

Para realizar este complejo trabajo de duelo, el sujeto debe sentirse respaldado por un reparto y reconocimiento de las responsabilidades que garanticen su doloroso desprendimiento. El paciente puede hacerse cargo del dolor que antes evacuaba si se ve reconocido y salvaguardado a través de la relación terapéutica de la reiteración de la amenaza del derrumbe (Dolores). Esta repetición en la transferencia se expresa como temor-deseo de sentirse colocado en el lugar del desamparo infantil o en del rechazo que sufre el Yo desde la ferocidad de un Superyó persecutorio, que se

formula como «algo habrás hecho», para reiterar la causa que te encierra en tu destino. El contrato terapéutico contribuye a discriminar en el reparto de responsabilidades, para que el paciente no quede confundido por la violencia y pueda diferenciarse. El marco del encuadre analítico tiene un componente de contrato social, en que ambas partes se comprometen a garantizar el funcionamiento del orden simbólico. Para que no se perpetúe el trasvase evacuativo de las heridas no representadas, es preciso recupe rar el valor simbólico de la palabra (ley del padre), para dar a cada sujeto el lugar que le corresponde: recogemos en la transferencia el lugar de la pareja parental.

También debemos tratar los psicoanalistas con la fuerza desligadora de la pulsión de muerte, con la portación del saber inconsciente, que nos vulnera y nos hace responsables de las deudas sociales y de la ceguera de la implicación en una cultura determinada.

La transferencia en el psicoanálisis pasa por otro circuito, que va de la teoría a la práctica, y viceversa. La relación paradójica, que se establece entre teoría y práctica psicoanalítica, puede conjugar procesos desconstructivos y fundantes, que operan en la transmisión del psicoanálisis.

Transferir el psicoanálisis fuera del marco de la clínica no es aplicar la teoría a un objeto del campo cultural, es transformar con la interpretación sus fundamentos epistemológicos propios. El psicoanalista necesita interpretar la transferencia, que se da fuera de los muros del tratamiento, para transformarla en un proceso de identificación, pues no puede quedar encriptado en el supuesto saber de la identidad psicoanalítica.

¿Podemos los psicoanalistas interrogarnos acerca de la transferencia que hacemos sobre el psicoanálisis y las metas y premisas de su ejercicio? Debemos preguntarnos cuánto de la convicción y de la identidad secuestra nuestro capacidad de saber acerca del funcionamiento de nuestro inconsciente. Porque permanecemos seducidos por el componente traumático de un melancólico deseo de saber, creyéndonos que todo está dicho en el Freud que construimos a la medida de nuestro espejismo. Nuestro trabajo es reconocer la ficción de la realidad también en nuestro funcionamiento, para no repetir con la ilustrada razón los monstruos del absolutismo de la realidad, que nos devuelve el paraiso perdido. El saber del funcionamiento inconsciente nos lleva a preguntarnos si poseemos esa verdad o la soñamos con la mágica creencia que satisface nuestro narcisismo. La meta en el psicoanálisis actual es también escuchar el silencio y la ceguera de los actos de la pulsión desligada, para devolver al inconsciente su fuerza motora de representación. Para esta labor, el psicoanalista emplea la construcción de las conexiones rotas (asociaciones de palabra) y la reconstrucción de las lagunas mnésicas por el efecto de verdad de las representaciones de la relación transferencial. El psicoanalista trabaja para restablecer la represión del inconsciente, dándole un lugar productor de representaciones de contenidos latentes, que se generan en la relación analítica.

Paso de la identidad a la identificación

En este contexto la identidad sexual da forma a la paradoja de la identidad. La identidad sexual se construye desde las identificaciones que se fundan en las diferencias y en el encuentro con la alteridad. Lo sexual señala el placer que se extrae de la fuente de la diferencia y marca al sujeto desde la alteridad interna, que está allí desde el origen, pero no puede ser reconocida por el sufrimiento que con lleva su representación.

La dificultad de sostener una identidad sexual es debida a su carácter traumático, porque el despertar del deseo está en relación con la falta y la diferencia.

La especificidad del psicoanálisis es la creación de un espacio psíquico donde surja el deseo, tras desmontar las quimeras del poder de la razón y devolver al espacio inconsciente el tiempo de la sinrazón.

El trabajo de duelo tiene que estar sustentado en una instancia tercera que gratifique y reconozca la renuncia a la satisfacción inmediata, evacuadora del dolor. En este punto se construye una nueva mitología o novela analítica, pues si la pulsión de muerte (el aniquilamiento) es intrínseca al funcionamiento pasional, el poder que nos es dado alcanzar sobre ella, depende de la realidad psíquica y del saber del inconsciente para darle cabida representacional, y reducir su fuerza por sometimiento a las prohibiciones sociales por respeto a la Ley.

La meta de este trabajo de duelo es llevar al exterminio, y a la pulsión de muerte que lo sustenta, a la frontera simbólica que sus sombras proyectan. Así, el sujeto se apropia con su Yo del juego de luces y sombras, rescatándolo de la penuria de la melancolía.

El saber del inconsciente debe ser portado por los psicoanalistas al trabajo de cultura, para reconocer el sentido del sufrimiento restableciendo los lazos identificatorios. El psicoanalista se sitúa con su saber como terapeuta que cura con la palabra, cuando representa en la cultura y en el sujeto, el origen del sufrimiento y los obstáculos al crecimiento psíquico. Este espacio-tiempo del entrecruzamiento de los caminos entre lo privado del sujeto y lo colectivo de su cultura debe recuperar el ordenamiento simbólico que organiza un lugar transicional por donde transitan las representaciones en que nos reconocemos. Espacio transicional entre la fantasía y la realidad, entre los mitos y el sujeto, entre el uno y los otros que se recrea en cada encuentro y se desprende al mismo tiempo por el desencuentro.

Éste es el encuadre analítico del reparto de responsabilidades:

Cultura. Renuncia al libre ejercicio pulsional por el bien común que implica la renuncia por respeto a la ley.

- Privado. Entender el odio vuelto contra el sí-mismo, como fuente de la rabia narcisista, porque el dolor psíquico rompe el Yo del sujeto.

Escuchar en la repetición tanática de lo idéntico el odio al objeto enajenante, que se funde con el objeto-deshecho que desprecia al Yo por su diferencia. El potencial tiránico del individuo, entregado a la lucha fraticida, sólo encuentra un freno en lo colectivo.

Conclusiones.
Los obstáculos traumáticos en la gestación de la matriz psíquica

Lo elemental: Hay que poder ser pequeño para crecer y poder convertirse en adulto. Para permitirle al niño ser pequeño, hay que reconocerse ahora mayor y otrora infantil. Para establecer la frontera que marca estas diferencias hay que renunciar a serlo todo y tenerlo todo. Eso significa poder reconocer el deseo sexual genital como respuesta a la separación que lo distingue por su renuncia del deseo pregenital. La psicosexualidad del adulto se define por su posición diferencial frente a la sexualidad infantil.

El odio (actuado) en la cultura corrompe sus principios morales, y produce una doble moral que sostiene un funcionamiento distinto para «los nuestros» (deudores de los muertos) frente a «los extranjeros» (bárbaros). Esta cultura de supervivencia en la que prima el lema «sálvese quien pueda» no respalda los lazos intersubjetivos ni procura un contrato narcisista que garantice el desarrollo libidinal de los retoños indefensos. Las consecuencias sobre el psiquismo son las dificultades para vivir los duelos y crear procesos de identificación. El psiquismo del niño no puede por sí mismo ligar lo que le falta y contener su descarga, precisa de otro sujeto distinto del objeto, un sujeto tercero.

Cuando la cultura reniega de la responsabilidad que tiene respecto a las víctimas de los atropellos surgidos en su seno, deja al sujeto privado del respaldo que garantiza su funcionamiento pulsional. Sin las restricciones al libre ejercicio pulsional, la cultura pierde su papel de mediador y limitador que salvaguarda a los hombres de la desligazón de la pulsión de muerte. Esta pulsión nos fuerza al aniquilamiento, es la forma de descargar la excitación para llegar al punto cero de ausencia de deseo. En el origen de la cultura y del individuo está la escena que representa el asesinato del padre, del sujeto o de la horda, es el símbolo que instaura un nuevo orden que prohíbe y valora (Tótem y tabú).

La Ley marca la frontera entre lo humano y lo inhumano de los hombres, los límites impuestos a sus pulsiones para gobernar sus excesos. Esta Ley es ejercida por una instancia social que separa lo moral de lo inmoral, y que el psiquismo incorpora y excorpora como instancia superyoica, que se transmite en la relación intergeneracional y constituye el marco social del contrato narcisista. Los agentes sociales que garantizan el buen funcionamiento de la ley trabajan en ese marco simbólico como instancia que tercia, y los psicoanalistas también están sometidos a él para poder ejercer su función.

Entre el individuo'y la sociedad hay lazos conscientes que se manifiestan en leyes y derechos, y otros inconscientes que pueden estar reprimidos o clivados. Los procesos inconscientes descargados son los que se transmiten de modo traumático sin mediación de la representación de palabra. Expropian al sujeto de su capacidad de pensamiento y lo empujan a un frágil equilibrio narcisista en doble, que no se funda en la privacidad de su constelación psíquica, sino en la pertenencia a un poder externo a él mismo que lo salvaguarde como miembro del clan. El papel de la autoridad social es preservar que la igualdad entre los hermanos o semejantes frente a la ley quede garantizada. De este modo la fuerza pulsional que se manifiesta en las luchas fratricidas por la envidia y la rivalidad encuentran una frontera insalvable que organiza la renuncia y los procesos identificatorios. Por tanto, el grupo y sus leyes sociales deben estar suficientemente desexualizados para que la excepción del vínculo amoroso no sea la regla. La función padre tiene que procurar una relación simbólica que de cabida a la igualdad, para que el Yo se construya desde la renuncia pulsional que es tolerable por identificación y sienta como legitima su sexualidad.

V Cuando el individuo queda apresado en la indefensión de su sexualidad infantil y no encuentra un respaldo que le permita hablar de su sufrimiento, se vuelve contra sí mismo y busca la adhesión incondicional a un amo-dueño de su psiquismo. El sujeto permanece hundido en la irrealidad, en tanto la significación permanece en poder de un otro. El reparto de responsabilidades entre el ámbito cultural e individual posibilita compartir el placer y hacer circular el reconocimiento mutuo sin otra exclusión que la de la sumisión a la Ley. El Yo así constituido se apropia de su psicosexualidad poniendo en escena los fantasmas originarios, que se derivan de la división de funciones padre-madre, que dan origen al sujeto con una matriz psíquica propia.

En el origen del desencuentro del individuo con la realidad del entorno situamos el desamparo de la psicosexualidad, que es un estado de impotencia para representar la ausencia y es vivido como pérdida de identidad. La confrontación con una fuerza pulsional, que rebase la capacidad del sujeto para integrarla a través de la representación, produce un desligamiento del Yo que le lleva a construir una coraza protectora de pseudo-self (cautiverio). El Yo para intentar salvaguardar su ideal narcisista de la herida, que sangra por la brecha abierta del desamparo, lo proyectará en la persona de un líder capaz de recomponer su integridad. En la cultura que ejerce una pseudomoral, los individuos no se sienten amparados frente a la indefensión del psiquismo y se construyen ideales o superyos feroces, para mantener controladas las exigencias pulsionales, que no alcanzan a amortiguar con mecanismos de defensa del yo, sino con defensas extremas antitraumáticas. El sujeto con un yo frágil es más vulnerable a las exigencias pulsionales y más dependiente de una valoración externa-extrema que él no puede conquistar intrapsíquicamente. Este abismo irrepresentable entre el núcleo y la corteza funda la doble moral (doble narcisista) en cuyo seno nada se somete al compromiso de integración; por lo tanto lo que se dice nada tiene que ver con lo que se hace. El abismo de lo no representado, se presenta, como adicción a relaciones con un

objeto que no es otro sujeto; debido a la desconexión entre el núcleo (traumático) y la corteza (falso revestimiento). La escisión del sujeto es producto de la renegación de la castración lo que provoca el trauma y su contrainvestimiento que lo recubre con la identidad, que restaura la herida del narcisismo, dejando al sujeto confundido con el objeto.

Los procesos traumáticos son desligadores del tejido social y del yo del sujeto psíquico; su modo de transmisión es por la fuerza que violenta la alteridad. Esta violencia se contiene sólo por la fuerza del sentido ético: Ley, que para la psicosexualidad es la función padre. Cuando ésta se corrompe deja al sujeto desprotegido, y su vulnerabilidad se expresa en un miedo al derrumbe, que exige un apuntalamiento exterior cada vez mayor, por la fragilidad del Yo as¡ constituido. De ahí la incrementada demanda de sistemas de vigilancia y represión policial, que cercan progresivamente la intimidad y la externalizan, por el poder otorgado a un control ajeno frente al descontrol pulsional propio. La desigualdad, en la que surge la matriz del psiquismo, debe ser contenida y amortiguada por la mutua pertenencia a una cultura, que ampare al sujeto, que depende de este apuntalamiento. Para que se construya la matriz psíquica, que refleja la mirada del objeto primordial, tiene que darse un reparto afectivo, en el que el adulto se haga cargo del desamparo del niño y deje que éste sea su portador. Si no se da este amparo precoz, por la capacidad de representarse la propia indefensión de la sexualidad infantil, la expresión primaria del afecto (en «todo o nada») no encuentra la forma de ser integrada. Una vez arrinconado en la prisión de su fragilidad el sujeto no puede salir de la desesperada soledad, en la que queda encerrado por la ruptura traumática, sometido a la violencia contrainvestida que es la descarga.

Los obstáculos traumáticos en la gestación del psiquismo nos señalan:

a) Como extremos enfrentados (la frontera entre el individuo y la sociedad): los excesos de un narcisismo transgresor individual, versus los excesos de una legislación social contrapuesta, devaluada de Ley intercesora a instancia defensiva.

b) Lo profundo (frontera entre instancias intrapsíquicas): la dinámica de la dualidad pulsional de vida y de muerte, y la tensión entre los procesos primarios y los que por la resignificación se llegan a secundarizar a través de representaciones-palabra.

c) La interdependencia entre ambos (a y b), que se alimenta retroactivamente. Es una dialéctica entre el espacio-tiempo del sujeto capaz de responder de su psiquismo, y la ley simbólica que le salvaguarda para poder hacer sus duelos y las renuncias pulsionales. La psicosexualidad surge de la seducción y esta matriz debe poder pensarse seducida.

Para que el sujeto psíquico se construya en lo privado de su espacio intrapsíquico y

reconozca la virulencia de sus pulsiones, requiere que la frontera que lo separa del abuso quede firmemente garantizada. Es decir, la función padre unida a la función madre da lugar a otro sujeto diferente y singular. Los trasvases entre lo público y lo privado, ligados a las promesas falaces de restauración de un narcisismo herido, están en la base de la corrupción muy al uso del mercado del sufrimiento (victimismo). El reconocimiento del dolor de la pérdida, solamente bajo el amparo de la ley como soporte sine qua non, permite la construcción de la subjetividad y es la vía de identificación con el semejante (súbditos). Compartir y repartir el funcionamiento de las diferentes responsabilidades permite la distinción sujeto-objeto, que es otro sujeto de derecho.

Las fronteras intrapsíquicas de la represión se establecen para censurar los extravíos de lo más pulsiónal desligado y ligarlo a la angustia de castración para construir un yo. Si el yo no conquista esta consistencia reclama de modo tiránico mirarse en el espejo de un mundo que es su reino exclusivo, al que exige la perfección ideal.

El yo fracturado se manifiesta como un personaje reconstruido en su coraza heroica, que reniega de su fragilidad. Para que la asimetría inicial no se convierta en abuso, que instituye la desigualdad en fundamento, precisa ser contemplada en el lenguaje y reconocida como propia del desamparo de la psicosexualidad por la fuerza pulsional, que para ser integrada requiere un espejo amoroso (si el niño no recibe amor, no puede amarse a sí mismo). Para canalizar el componente traumático, que la dependencia extrema provoca por la impotencia que con lleva, el sujeto debe transformar el ataque en placer por la diferencia apoyandose en la función padre y madre. Cuando esta diferencia se borra nos encontrarnos con la melancolía tan sabiamente representada como Saturno devorando a sus hijos.

Cuando nos acristalamos en la fragilidad, ésta cobra una fuerza monstruosa, que sólo cederá mirándola de frente. La maternidad es el espejo que refleja de otro modo esta imagen terrorífica; para que no quede atrapada en el espejismo de la identidad, que no reconoce su reflejo. La maternidad rompe el secuestro que ignora la diferencia porque se vive como amenaza.

La vocación melancólica es un sacrificio para recuperar el ideal del paraíso

En los casos de Helena y Dolores este secuestro está figurado en la incubadora, cripta, que es un seno materno virtual, donde permanece refugiada y aterradora la sexualidad infantil, apresada en el desamparo.

En la clínica expuesta vemos, que estas mujeres atraviesan en la relación transferencial el dolor de la desolación, al amparo de unas identificaciones edípicas, que les permiten reconocer sus deseos, que con llevan su sufrimiento. Este trabajo les lleva a sentirse de otro modo en su sexualidad femenina renunciando a la tirana soberanía de la sexualidad infantil, lo que hace posible cuando en la relación transferencial se creen nuevas identificaciones adultas. Este proceso de elaboración

transferencial está favorecido por la instalación de un espacio transicional, donde es posible reconstruir la psicosexualidad, que quedó atrapada en la excitación del trauma. La palabra cura la herida por la fractura al Yo, cuando le ofrece un lugar de reconocimiento de la parte capturada por el trauma, y abre una vía para escuchar el dolor de la ausencia que quedó secuestrado. La palabra cura porque da un significado nuevo a la pérdida que petrifica al sujeto y da acceso a un proceso de identificación que surge del funcionamiento intrapsíquico, que se ha visto reflejado por que se reconoce en la interpretación de la relación transferencial.

Si el Í'o del sujeto encuentra en la relación transferencial con el analista un sentido a sus pérdidas y puede así apoderarse de su destino, logrará escuchar de otro modo su sufrimiento, porque no le extravía al punto del no-reconocimiento del sacrificio melancólico (Mito de Narciso). El trabajo de duelo en la relación analítica implica la neogenesis del funcionamiento de ambos sujetos psíquicos. Así es como en la matriz del sujeto se logra establecer un compromiso entre la singularidad de su espacio psíquico (específico de su inconsciente) y la pertenencia legítima a una cultura (universal de la ley simbólica).

Lo singular en el encuentro del sujeto con la fuerza de la pulsión

Ser reemplazable, pero único, es lo específico del individuo. El lugar del trabajo analítico en la singularidad de cada encuentro no puede hacerse olvidando el trabajo de cultura, que es el marco que nos significa. Este trabajo de cultura supone un movimiento de ida y vuelta desde la teoría psicoanalítica, que trata de representar los movimientos pulsionales, hasta las transformaciones que estas teorías han producido en la cultura.

Esta doble experiencia de reconocimiento cultural e individual está en el origen de la posibilidad de ser creativo en la vida del grupo. Aunando la tradición (herencia) con la capacidad de crear algo nuevo a partir de ella, se pueden superar dándoles cabida representacional los obstáculos traumáticos, en la gestación de la matriz psíquica. Es la vía sublimatoria para elaborar la fuerza de la pulsión de muerte y su impulso transgresor, para así romper las resistencias a lo nuevo y crear nuevas fronteras, que simbolicen el trabajo de una cultura en evolución, capaz de integrar la dinámica del inconsciente que siempre tendrá un resto desligado.

La sublimación supone a la vez y de un modo paradójico reconocer la ley social para buscar su aprobación y al mismo tiempo transgredirla desgajándose de ella para crear algo diferente. Pero no al servicio privativo de la satisfacción exclusiva del individuo, sino en función de una transformación de los límites culturales. Para conseguir alcanzar otra meta distinta al punto 0 de descarga de la pulsión de muerte, hay que aceptar el estado de desamparo en la soledad que representa la ausencia del objeto. La construcción de la subjetividad atraviesa el desierto de la indefensión propia y ajena, para reencontrarse con las representaciones que reflejan la polaridad desesperanzaesperanza de otro modo. Se trata de establecer la continuidad del flujo

libidinal que va de lo colectivo a lo individual y retorna, en un movimiento de resignificación retroactivo.

La capacidad para escucharse en la soledad frente a un grupo no es un logro que permanezca inamovible una vez conquistado, es una posición limítrofe del sujeto que pertenece a una cultura. Esta frontera está sometida a las representaciones de lo renegado y clivado, así como lo reprimido que va desde el individuo hasta la construcción de la realidad compartida. Estas representaciones beben en la fuente del dolor, de la pérdida de la representación de la ausencia y de su respuesta traumática frente a la indefensión; son el fruto del trabajo de duelo, que renueva el reconocimiento del individuo y su inserción en la cultura. Sin este trabajo de cultura la construcción de la subjetividad no puede soporta la pesadumbre de una carga sostenida por mecanismos de clivaje y renegación, que ofrecen un espejismo denegador del dolor y restaurador del narcisismo omnipotente.

El rechazo que provoca la palabra duelo se debe a que es traducida por luto, llanto, muerte. En cambio duelo significa renovación, despedida y reencuentro, representa la posibilidad de una identificación diferente, porque sujeta la conquista de la creatividad individual. Es el modo de distinguirse como sujeto que posee un deseo singular frente al grupo, la subjetividad es consecuencia del apoderamiento de la carga libidinal para realizar la elección de las relaciones de objeto.

En el sujeto psíquico hay dos compromisos ineludibles debidos a su funcionamiento pulsional:

1. Intrapsíquico: llevar la fuerza del goce de la descarga al principio del placer-realidad.

2. Intersubjetivo: sostenerla renuncia pulsional en la ley simbólica por el reconocimiento de la autoridad paterna y de la función materna.

La meta es que los sujetos psíquicos acepten la renuncia porque el marco social les reporta amparo y reconocimiento y les permite conquistar fines culturales que alimentan un narcisismo integrador del Yo.

El individuo no alcanza a construir una matriz psíquica fecunda sin sostener su compromiso con la cultura, a la que no podemos pedir respaldo y darle la espalda cuando se trata de obtener una ganancia narcisista fuera de la Ley.

Con la elaboración del duelo por la omnipotencia, que es ¡tan infantil!, se logra una ganancia en la paraexcitación del Yo, al rescatar algo de lo que perdido y transformarlo por la represión en una parte de la matriz psíquica. De este modo la fragilidad melancólica queda desterrada de su soberanía como único amo del narcisismo, que tiene en la mortificación, un poderoso baluarte de control omnipotente del Yo-herido.

El duelo es el trabajo que aúna el sufrimiento a la alegría del saber quiénes somos,

que pérdidas nos engendraron y quiénes queremos devenir. Legitima nuestro saber sobre el funcionamiento psíquico como fuente de reconocimiento desde el dolor de la pérdida. Tiene como meta recordar el pasado, darle otro sentido para dejarlo atrás y saber que disfrutamos del placer de encontrarnos en otro lugar. Así despejar nuestro futuro de la pesadumbre de un legado traumático.

Si el desamparo se convierte en el eje del sujeto, le deja clavado en un movimiento circular de eterno retorno de lo idéntico. Para que este desvalimiento pierda su radical potencia de ideal enajenante, tie ne que verse reforzado por otra expectativa legitimada por la cultura, que sostenga el ideal común de esperanza en los logros del hombre, que es un sujeto con inconsciente, sometido a la inerradicable fuerza pulsional.

Este trabajo intenta acercarnos a una faceta de la realidad, que es la dimensión de la dualidad pulsional, donde se juegan las pasiones. La verdad no es una, sino múltiple y plurideterminada y una de las determinaciones es el funcionamiento del inconsciente. Nuestra tarea es rescatar a la pulsión de la deportación y atraerla a la reconstrucción psicoanalítica que representa la dinámica sujeto-cultura; éstas son las propuestas:

- La ausencia de la función padre produce el obstáculo traumático al no legitimar al nuevo sujeto psíquico.

La Ley (función padre) censura el libre ejercicio pulsional del sujeto y respalda su singular encuentro con la cultura.

El Yo-herido por el trauma se acoraza con la identidad de víctima, que perpetúa su repetición.

- La palabra cura cuando crea lazos de representación del dolor de la pérdida, que se acoge en el Yo como una nueva forma de identificación.

- El reconocimiento de atropello por parte de la instancia legisladora contribuye al esclarecimiento de la conflictiva verdad del sujeto.

El saber del inconsciente aporta a la cultura una dimensión psíquica, que contribuye a la identificación del sufrimiento como señal del funcionamiento pulsional.

Anexo. Todesfuge

PAUL CELAN, 1945

FUGA EN MUERTE

Negra leche del alba al atardecer bebemos
la bebemos al mediodía y a la mañana a la noche la bebemos
bebemos y bebemos
a paladas abrimos una fosa en los aires donde no se está estrecho
Un hombre habita la casa juega con las serpientes escribe
escribe cuando oscurece a Alemania tu cabello de oro Margarete
lo escribe y sale a la puerta de la casa y las estrellas centellean
silba a sus mastines que acudan
a sus judíos silba que salgan hace cavar una fosa en la tierra
nos ordena tocad ahora para el baile

Negra leche del alba en la noche te bebemos
te bebemos por la mañana y al mediodía te bebemos al atardecer
bebemos y bebemos
Un hombre habita la casa juega con las serpientes escribe
escribe cuando oscurece a Alemania tu cabello de oro Margarete
tu pelo de ceniza Sulamith a paladas abrimos una fosa en los
aires donde no hay estrechez

Grita ahondad más en la tierra los unos y los otros cantad y tocad
echa mano al hierro en el cinto lo blande tiene azules los ojos
ahondad más con las palas los unos y seguid los otros tocando para el baile

Negra leche del alba en la noche te bebemos
te bebemos por la mañana y al mediodía te bebemos al atardecer
bebemos y bebemos

un hombre habita la casa tu cabello de oro Margarete
tu pelo de ceniza Sulamith con las serpientes juega

Grita tocad más dulce la muerte la muerte es un maestro
que viene de Alemania
grita tocad más oscuramente los violines y subiréis luego como
humo en el aire
y tendréis una tumba en las nubes donde no se yace estrecho

Negra leche del alba en la noche te bebemos
te bebemos al mediodía la muerte es un maestro venido de Alemania
te bebemos al atardecer y en la mañana bebemos y bebemos
la muerte es un maestro venido de Alemania tiene azul el ojo
te acierta con bala de plomo te acierta a su antojo
un hombre habita la casa tu cabello de oro Margarete
nos azuza a sus perros nos regala en el aire una tumba
juega con las serpientes y sueña la muerte es un maestro venido
de Alemania

tu cabello de oro Margarete
tu pelo de ceniza Sulamith

(Versión de Carlos Martín y Carmen González,
en J. Felstiner, 2002)

Las obras de arte siguen insistiendo en hacer oír lo que el exterminio intentó borrar de la faz de la tierra. Los poemas de Celan, la obra plástica de A. Kiefer, los filmes de Lanzmann y A. Resnais..., tantas y tantas representaciones que vuelven inagotable el esfuerzo de pensar en la vigencia de la frontera de Auschwitz.

Celan recitaba estos versos sin relajar el ritmo ni la tensión. Tenemos aquí el gesto elemental del poema: una cadencia de la degradación, una repetición tanática, carente de sentido, como el que Nietzsche llamara el «más temible» aspecto del eterno retorno. El ciclón que genera el poema nos engulle con su fuerza para transmitirnos la insignificación del sujeto.

'«Bebemos y bebemos», un ritmo animado que recuerda las canciones infantiles alemanas que a la gente le gusta cantar entrechocando sus jarras de cerveza, porque les hace olvidar el desamparo.

Cuando Celan, en su lectura del poema, llega a la frase «tocad a danzar», su voz, casi a su pesar, se entrecorta, como si la reproducción de las palabras de las SS despertara en él algún recuerdo que le domina.

Si Todesfuge no consiguiera ser más que una repetición compulsiva, no haría otra cosa que volver sin remedio, una y otra vez, a reproducir el trauma. Sin embargo, lo sublima transformando la palabra en poema.

Así pues se quiebra la estructura semejante a la fuga. Nuevamente comienza una estrofa con «negra leche». Pero en lugar de decir «la bebemos», la voz habla ahora directamente a la «negra leche»: «te bebemos». Para quienes aquí hablan, enfrentarse a la leche negra (tse trata acaso del humo del crematorio?) parece un comienzo de resistencia. La resistencia al trauma comienza por no sucumbir a la atracción que ejerce.

Para Celan, como para la mayor parte de los supervivientes, la dificultad de prestar

testimonio genera la necesidad de hacerlo.

En el agradecimiento al recibir el premio de la ciudad hanseática libre de Bremen, su discurso termina:

> Y creo que reflexiones como ésta no sólo acompañan mis propios esfuerzos, sino también los de otros poetas de las nuevas generaciones. Son los esfuerzos de aquel a quien sobrevuelan estrellas, obra del hombre, y que son amparo en un sentido inimaginable hasta ahora, terriblemente al descubierto, va con su existencia al lenguaje, herido de realidad y buscando realidad.

El fin o el sentido de la sublimación está en ligar a la posibilidad de representación en el lenguaje simbólico, el ataque pulsional que supone la realidad de la indefensión, cuando se hace un uso perverso de la seducción.

Bibliografía

AA.VV, Le Traumatisme Psychique, Monographies de Psychanalyse (R.EP.) París, PUF, 2005.

- El Traumatismo, Revista de Psicoanálisis de la A.P.M., 44.05, 2005.

ABRAHAM, N. Y TORROK, M., L'ecorce et le noyau, París, Flammarion, 1987 (ed. esp.: El núcleo y la corteza, Amorrotu).

AGAMt3t=.N, G., Lo que queda de Auschwitz Valencia, Pre-textos, 2000.

- El lenguaje y ll muerte, Valencia, Pre-textos, 2003.

A1:rouNIAN, J., La survivance, París, Dunod, 2000.

- L'intraduicible, París, Dunod, 2002.

AMraiv, J., Levantar la mano sobre uno mismo, Valencia, Pre-textos, 1999.

- Más allá de la culpa y la expiación, Valencia, Pre-textos, 2001.

- Revuelta y resignación, Valencia, Pre-textos, 2001.

ANISSIMov, M., Primo Levi o la tragedia de un optimista, Madrid, Editorial Complutense, 2001.

ANrE.LME, R., La especie humana, Madrid, Arena libros, 2001.

AI'Ea.EELD, A., Historia de una vida, Barcelona, Ediciones Península, 2005.

Aar.ND-r, H., Eichmann en Jerusalén un estudio sobre la banalidad del mal, Barcelona, Lumen, 1999.

AU[.AGNIER, P., La violencia de la interpretación, Amorrortu, 1975.

Un intérprete en busca de sentido, México, Siglo XXI Editores, 1994.

BAIER, Cl., La violence en abyme, Le fil rouge, PUF, 2006.

BAUMAN, Z., Modernidad y Holocausto, Toledo, Ediciones Seguitur, 1997.

Biw :KNER, P., La tentación de la inocencia, Barcelona, Anagrama, 2005.

BuoN, W. R., Volviendo a pensar, Buenos Aires, Ediciones Horme, 1997.

BoROwsKI, S. L., Nuestro hogares Auschwitz, Barcelona, Alba Editorial, 2004.

B1EICHMAR, S., La subjetividad en Riesgo, Buenos Aires, Tapia Editorial, 2005.

- La fundación de lo Inconsciente, Amorrortu, 1993.

BorEa.i.n, C. y S., La figurabilidad psíquica, Buenos Aires, Amorrortu, 2003.

CANlIS, S., Sobre temporalidad psíquica, trabajo para miembro titular de la APM, 2005.

CASI'ORIAI)IS, C., Sujeto y verdad en el mundo histórico-social, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

CEJAN, P., Obras completas, Madrid, Trotta, 1999.

CELAN!, G., Anselm Kiefer, Guggenheim.Bilbao.Skira, 2006.

CERTEAU, M. de, Histoire etPsychanalyse, Folio Gallimard, 1987.

CHIAN!ARE1TO, J. E (dir.), Témoignage et trauma, París, Dunod, 2004.

Cin, M., «El mito de Cronos y la lucha generacional», en Revista de Psicoanálisis de la A.P.M., núm. 37, 1994, pág. 165.

Coqueo, C., Parler des camps, penser les génocides, textos reunidos por Catherine Coquio, París, Bibliothéque Albin Michel Idées, 1999.

CRUZ, M., Las malas pasadas del pasado, Barcelona,

Dnvin, Ch., Le mélancolique sans mélancolie, Editions de 1'O1ivier, 2007.

Drni-HuiwviiN, G., Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto, Paidós, 2004.

DORAY, B. y LouzouN, C. (dirs.), Les traumatismos dans lepsychisme et la culture, París, Érés, 1997.

Doiuy, R. (y otros), El inconsciente y la ciencia, Buenos Aires, Amorrortu, 1993.

Esc2UJRioi., J. M., El respeto ola mirada atenta, Barcelona, Gedisa, 2006.

FAINiiiio, H., A la escucha del telescopaje de las generaciones: Pertinencia psicoanalítica del concepto, 1996.

Transmisión de la vida psíquica entre generaciones, Buenos Aires, Amorrortu, 1996.

FELSIINER, J., Paul Celan. Poeta, superviviente, judío, Madrid, Trotta, 2002.

FERENCZI, S., «Carta 30 julio Diario clínico», 1932.

FIF:u[, S., La interpretación del os sueños, O.C., vol. V, Amorrortu, 1900.

Tótem y tabú, O.C., vol. XIII, Amorrortu, 1912.

- Introducción al narcisismo, O.C., vol. XIV, Amorrortu, 1914.

- Recordar, repetir, elaborar, O.C., vol. XII, 1914.

- Deguerra y muerte, O.C., vol. XIV, 1915. 1 1, 1 1 1 11-1

- Duelo y melancolía, O.C., vol. XIV, 1915.

- Lo inconsciente, O.C. vol., XIV, 1915-

- Lo siniestro, O.C., vol. XVII, 1919.

- Pegan a un niño, O.C., vol. XVII, 1919.

- Más allá delprincipio delplacer, O.C., vol. XVIII, 1920.

- Psicología de las masas y análisis del Yo, O.C., vol. XVIII, 1921.

- Fetichismo, O.C., vol.XXI, 1927.

- El malestar en la cultura, O.C., vol. XXI, 1930.

- Análisis terminable e interminable, O.C., vol. XXIII, 1937.

- Moisés y la religión monoteísta, O.C., vol. XXIII, 1939.

- La escisión en elproyecto defensivo, O.C., vol. XXIII, 1940.

- Esquema del psicoanálisis, O.C., vol. XXIII, 1940.

FRANCO, Y., Magma Cornelius Castoriadis: psicoanálisis, filosofía, política, Ed. Biblos, 2003.

GANrHERET, E, Parler avec l'étranger, Editions Gallimard, 2003.

GARCÍA ORTEGA, A., El comprador de aniversarios, Madrid, Ollero&Ramos, 2002.

Gr:IuEl, D., Elpsicoanálisis en el malestar en la cultura, Buenos Aires, Ed. Lazos, 2006.

GREEN, A., La diacronía en psicoanálisis, Amorrortu, 2002.

- Le travail Psychanalytique, París, PUF, 2003.

- Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2005.

- (dir.), Unité et Diversité, París, PUF, 2006.

JANIN, C., Figures et destins du traummatisme, París, PUF, 1999.

La honte, ses figures et ses destins, PUF, 2007.

KADISHMAN, M., Shalechet, Milán, Edizioni Charta, 1999.

KAHN, L., Faire parler le destin, Klincksieck, 2005.

KEartsz, I., Un instante de silencio en el paredón, Herder, 1999.

- Kaddish por el hijo nacido, Barcelona, Narrativa del acantilado, 2001.

- Sin destino, Barcelona, Narrativa del acantilado, 2001.

- La lengua exiliada, Taurus, 2006.

- Dossierk, Barcelona, Acantilado, 2007.

K~.EMIEaiER, V., LTI, La lengua del Tercer Reich, Barcelona, Editorial Minúscula, 2001.

KI.o;EI, R., Seguir viviendo, Barcelona, Galaxi o Guthenberg, 1997.

KoFMAN, S., Un métrier imposible, París, Éditions galilée, 1983.

- Calle Ordener, calle Labat, Madrid, Cuatro Ediciones, 2003.

LANZMANN, C., Shoah, Madrid, Arena Libros, 2003.

LA]'I.ANcH1,, J. y PoNTni.is, J. B., Diccionario de psicoanálisis, Ed. Labor, 1971.

LE BRio'ON, D., El Silencio. Aproximaciones, Argentina, Seguitur, 1997.

LEvI, P., Si esto es un hombre, Barcelona, Muchnik Editores S.A., 1995.

- Los hundidos y los salvados, Barcelona, Muchnik Editores S.A., 1995.

MAYOR, R., Estados generales del psicoanálisis, Perspectivas para el tercer milenio, Siglo XXI editores Argentina, 2005.

MR.MANIENF, J., Elgocey la ly, Paidós, 1995.

NANCY, Jéan-Luc, L'art et la mémorire des camps. Représenter exterminer, 2001. - Le Genre Humain, París, Seuil, 2001.

- La representación prohibida, Amorrurtu/Editores, 2003.

NisslM, G., El jardín de los justos, Madrid, Kailas Editorial, 2004.

NovICK, P., judíos, ¿vergüenza o victimismo? Marcial Pons, 2007.

REYES MATE (dir.), «La filosofía después del Holocausto», Revista de Filosofía Moral y Política, núm. 23, Isegoria (Madrid), 2000.

RIDAO, J. M., La paz a cualquier precio, Barcelona, Tusquets, 2004.

RosE.M1 ERC, B., «Tiempo e historia. Su relación con el trabajo psíquico y las pulsiones», en Revista de Psicoanálisis de la A.P.M., núm. 37, 2002, págs. 29-37.

RosoLAro, G., El Sacrificio. Estudio Psicoanalítico, Buenos Aires, Nueva Visión, 2004.

RossEI', C., Lejos de mí, Barcelona, Marbot ediciones, 2007.

Rossii', C., El objeto singular, Sexto piso, España, S.L., 2007.

Rou[rINESCO, E., La familia en desorden, Anagrama, 2004.

- y DFPJUI)n, J., ¿Ymañana qué?, EC.E. Argentina S.A., 2002.

RoussILLON, R., Leplaisir etla répétition, París, Dunod, 2001.

SOFSKY, W., Tiempos de horro. Amok, violencia, guerra, Siglo XXI de España Editores, 2004.

o rata sobre la violencia, Madrid, ABADA Editores, 2006.

S1EINER, G., Lenguaje y silencio, Barcelona, Gedisa, 1994.

STERN, A.-L., Le savoir-déporté. Camps. Histoire. Psychanalyse, Editions du Seuil, 2004.

TISMA, A., El libro de Blam, Barcelona, Editorial Acantilado, 2006. T1ssERON, S., El psiquismo ante la prueba de las generaciones, Amorrortu Editores B.A., 1997.

Totxwizov, T., Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX, Barcelona, Península HCS, 2002.

ToRNER, C., Shoah, cavar con la mirada. Claude Lanzman, Barcelona, Gedisa, 2005.

TOR'I', M., El deseo frío, Nueva Visión, 1994.

TIznvt;iiso, E., La historia desgarrada (Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales), Barcelona, Herder, 2000.

- El pasado, instrucciones de uso, Madrid, Marcial Pons, 2007.

WAINTRATFR, R., Sortir du génocide témoignerpour reapprendre á vivre, París, Payot, 2003.

WINNICo'rr, D. W, Realidad y juego, Barcelona, Gedisa, 1979.

- Exploraciones psicoanalíticas L, Paidós, 1991.

--f --- ZA1:wMAN, N., De la guérison psychanalitique, PUF/Epitres, 1998.

- (dir.), La résistance de l'humaine, París, Petit-Bibliotheque, 1999.

- L'esprit du mal, Editions de 1'Olivier, 2007.

ZIZEK, S., Violencia en acto, Buenos Aires, Paidós, 2004.

COLECCIÓN PSICOANÁLISIS BIBLIOTECA NUEVA/APM

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

Libro anual del Psicoanálisis (1). Selección de los mejores artículos de la Revue Francaise de Psychanalyse, por Varios Autores.

Libro anual del Psicoanálisis (2). Selección de los mejores artículos de la Revue Francaise de Psychanalyse, por Varios Autores.

Libro anual del Psicoanálisis (3). Selección de los mejores artículos de la RevueFrancaise de Psychanalyse.

Libro anual del Psicoanálisis (4). Selección de los mejores artículos de la Revue Francaise de Psychanalyse.

Libro anual del Psicoanálisis (S). Selección de los mejores artículos de la RevueFrancaise de Psychanalyse.

El rechazo de lo femenino. La Esfinge y su alma en pena, por Jacqueline Schaeffer.

La cupa. Consideraciones sobre el remordimiento, la venganza y la responsabilidad, por Roberto Speziale-Bagliaca.

Acerca de los niños y los que ya no lo son, por Paula Heimann. Edición de Margret Tonnesmann.

Volver a los textos de Freud. Dando voz a documentos mudos, por Ilse Grubrich-Simitis.

El vértigo entre angustia y placer, por Danielle Quinodoz.

Los sueños que vuelven una página. Sueños de integración de contenido paradójico regresivo, por Jean-Michel Quinodoz.

La vida operatoria. Estudios psicoanalíticos, por Claude Smadja.

La adopción. Un tema de nuestro tiempo, por Milagros Cid y Silvia Pérez Galdós (Coords.).

El cuerpo como espejo del mundo. Una mirada psicoanalítica sobre nuestra sociedad, por Janine Chasseguet-Smirgel.

¿Porqué 7 pasa el pasado? La desmemoria melancólica, Milagros Oregui.

Psicoanálisis y «malestar» del hombre en el mundo actual, por María Hernández y Manuela Utrilla (Eds.).

Los modelos psicoanalíticos de la psicosomática, por Claude Smadja.

Índice

PRÓLOGO, Milagros Cid	7
INTRODUCCIÓN: EL TRAUMA EN EL ORIGEN DEL PSIQUISMO	10
1. EL TRAUMATISMO EN EL PSIQUISMO Y EN LA CULTURA	12
Concepto de trauma psíquico en psicoanálisis	15
Premisas de la teoría analítica	21
Pulsiones de vida y de muerte	23
El complejo de Edipo	24
II. DAR LA PALABRA A LA PSICOPATOLOGÍA: LAS NEUROSIS TRAUMÁTICAS	26
III. DAR LA PALABRA A LOS TESTIMONIOS	35
Cultura y violencia	37
La cultura es el marco que significa los intercambios entre los hombres	39
Cómo se transmite el trauma psíquico	42
¿Qué significa la deportación del saber inconsciente?	51
IV. OBJETIVOS	54
V. Los OBSTÁCULOS TRAUMÁTICOS EN LA CLÍNICA (LOS TRASTORNOS NARCISISTAS)	55
Helena	58
Dolores	72
Esperanza	79
VI. EI.'I'RABAJOPSICOANALÍTICO A LA ESCUCHA DE LA PULSIÓN DE	85
El colapso narcisista enfrentado al reconocimiento del objeto perdido	90
La violencia pone en acto el odio por indefensión frente al abuso	95
VII. LA META ES EL TRABAJO DE DUELO	101
Lo traumático de la pulsión en los síntomas clínicos	103
El trasvase de lo traumático en la cultura	105
Trabajo de cultura, trabajo de la cura	107

Paso de la identidad a la identificación 113
CONCLUSIONES: LOS OBSTÁCULOS TRAUMÁTICOS EN LA GESTACIÓN DE LA MATRIZ. PSÍQUICA 115
ANEXO: TODESFUGE 122
BIBLR)GRAFÍA 125